

Carmina D.



CONTIGO

es todo

Cuando el amor cae en tu regazo

Contigo es todo

Cuando el amor cae en tu regazo

Carmina D.

*Titulo: Contigo es todo.
Copyright ©: Carmina D.
Registro de la Propiedad Intelectual
Cubierta: Imagen utilizada con licencia Depositphotos.com
Segunda edición: Septiembre 2019.*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



Ésta es una obra de ficción en su totalidad. Tenga en cuenta qué, los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo:](#)

Capítulo 1

Mila

Odiaba esto.

No había nada peor que hubiera experimentado en toda mi vida que tener que visitar a mi hermano en el hospital. Ni siquiera sabía -nadie sabía- si Julián iba a salir adelante o no. Cada vez que venía aquí, era un gran signo de interrogación sin respuesta aparente.

Y aun con todo eso, amaba a mi hermano. Creía en él y quería que mejorara. Así que seguí viniendo a verlo, a pesar de que estar aquí era muy difícil, por no decir otra cosa.

La vista del vestíbulo del hospital se cernía sobre mí mientras la gente iba y venía, algunos en camillas y otros en sillas de ruedas.

Julián no merecía este destino, no merecía tener que estar aquí. Mi hermano era grande, ruidoso y cariñoso, era de los que hacía una broma de todo, su alegría llenaba los espacios, nada lo perturbaba, nada lo sacaba de su centro. No pertenecía a un lugar como éste, sin importar cuán amables fueran las enfermeras o cuán vanguardista fuera la tecnología. No debería estar quieto, con tubos entrando y saliendo de él, luchando por su vida. Este no debía ser su destino. Pero lo era, y ese era un golpe demasiado duro para mí.

Me tragué mi depresión y reuní todo el coraje que pude, pero aún así arrastré los pies cuando entré al hospital y volví a subir a su habitación por lo que me pareció la milésima vez.

El ascensor hubiera sido más fácil, pero necesitaba mantenerme en movimiento hasta que lo viera. Los ascensores estaban empezando a sentirse un poco claustrofóbicos.

Llegué a su habitación y atravesé la puerta con determinación y una actitud fabricada para disimular mi verdadero estado.

—Julián, no creerías esta nueva...— Su cama estaba vacía. Oh, Dios, ¿qué había pasado?

—¡Enfermera, enfermera!— Corrí a la pequeña estación de enfermeras a unos pasos de la puerta de Julián. —¿Qué le pasó a mi hermano? ¿Por qué no está en su habitación?

—Oh, Mila, cálmate—, dijo una de las mujeres, levantándose de su

escritorio y abrazando mis hombros.

Su tono y la forma en que me dio palmaditas en la espalda como si fuera una niña me hizo saber que todos aquí estaban hartos de la frecuencia con la que me asustaba y sobre reaccionaba. Pero no era algo que podía evitar, se me conocía por decir lo que pensaba y por estar un poco nerviosa e hiperactiva sin importar la ocasión, y ¿quién podría culparme por estar preocupada en una situación así? Me alegré de que las enfermeras fueran amables, pero empezaba a darme cuenta de que les estaba poniendo los nervios de punta.

—Está bien—, continuó la enfermera. —Acaba de ser trasladado a otra habitación del hospital.

Respiré un tembloroso suspiro de alivio y me limpié los ojos.

Me llevó a otra estación en un costado. Mientras yo me quedaba parada esperando, haciendo todo lo que podía para ser paciente -lo cual ciertamente no era mi fuerte-, ella hojeó algunos papeles y se puso a hacer clic en su computadora.

Mila, deja de ser débil. Tienes que ser fuerte. Si algo hubiera pasado, habrían llamado a la familia. Respira. Julián estará bien. Luego podrás regañarlo de nuevo por su molesta tendencia a dejar la tapa del inodoro levantada. -Me dije mentalmente para tratar de calmarme.

Esto no era justo. Julián era un buen tipo, y un hermano increíble aun que dejara el baño hecho un desastre.

—Aquí vamos, está en el ala norte del hospital, en la habitación 24B. Te llevaré allí. Puede ser confuso tratar de llegar a esa ala del hospital. Vamos cariño.

Ella me sonrió, su humanidad la hizo ver suave-o tal vez estaba feliz de deshacerse de mí- pero, de cualquier manera, yo estaba agradecida.

Le devolví la sonrisa. —Gracias.

En el camino, la enfermera empezó a hablar de su familia. Supongo que fue para calmar mis nervios. Cada palabra que decía me entraba por un oído y salía por el otro. Traté de prestar atención mientras ella me contaba algo sobre sus planes para el fin de semana, incluyendo una barbacoa familiar, y luego me preguntó cuáles eran mis planes. Tuve una visión de túnel, pensando que estaría aquí todo el fin de semana, por supuesto.

Todo lo que me importaba era mi hermano.

Ya era bastante difícil que mamá y papá estuvieran demasiado ocupados para venir a verlo. Pero si tuviera que cuidar de él yo sola, lo haría. El Señor sabía que me cuidaba con suficiente frecuencia, era un hermano muy protector

conmigo. Y siempre necesitaba de él para sentirme mas segura de mis acciones, así que, era habitual vernos juntos o que yo le pidiera consejos, sobre todo.

—Bien, estamos en el ala norte, y su habitación está al final del pasillo.

Avancé rápido siguiendo la dirección que me indicó, contando las habitaciones a medida que pasaba por cada puerta. Allí. Lo encontré.

Le hice señas a la enfermera y ella se despidió con su mano antes de girarse para volver a su puesto. Tal vez nunca se había enfadado conmigo, y todo estaba en mi cabeza. Parecía que me estaba volviendo loca debido a la ansiedad últimamente.

Tiré de la puerta y entré. —¡Julián! Ahí estás.

No respondió. Sabía que estaba en coma, pero cada vez que hablaba con él, sentía que era mas cercana la esperanza de que se despertara y me contestara.

Despierta, por favor, despierta pronto.

Le limpié el pelo de la frente a un lado. Los moretones estaban bajando, y parecía tranquilo. Dijeron que no tenía ningún dolor, y me aferré a esa tranquilidad. Moriría si supiera que estaba sufriendo.

Me acomodé en la silla junto a su cama, poniéndome cómoda para una larga visita. —Así que, quería que supieras que estoy probando algunos trucos con los tragos en la barra—

dije, tomando su mano. —Es en un club de striptease raro, pero no soy una de las chicas que baila. Lo juro.

Su mano estaba caliente, un buen recordatorio de que estaba vivo y que aún podía volver a mí.

—No gano dinero como ellas, pero la paga es decente y las propinas también. Pero tuve que dejar la universidad. El dinero ha estado un poco escaso en la casa. Pero volveré, ¿de acuerdo? Así que no me grites por abandonar. Es sólo temporal.

Le froté la mano y miré los monitores y las máquinas que estaban conectadas a él. —Estamos demandando a la persona que te chocó—, continúe, —pero los tribunales se están tomando su tiempo. Hacemos todo lo que podemos. Pero estarás bien. Y si ganamos tal vez tengamos una casa más grande y tú tengas tu propio baño para estropear todo lo que quieras— Sonreí.

¿A quién estaba engañando? No había forma de que pudiera sentarme aquí y fingir que era la Srta. Risitas. Tenía un corazón, y estaba siendo apuñalado repetidamente.

Ojalá hubiera podido evitar que saliera esa noche. ¿Pero cómo iba a saber

que lo iban a chocar?

Comencé a tararear y luego a cantar una canción. —Don't worry, be happy...

La canción era tanto para mí como para él. Necesitaba recordarme a mí misma que preocuparse no servía de nada.

Pero mientras continuaba cantando, no pude evitar sonreír nuevamente.

Era raro tratar de no reírme en una habitación de hospital, en una de mis horas más oscuras. Sin embargo, también era gracioso que yo estuviera cantando, porque Julián siempre se burlaba de que yo no tenía oído para la música. Cuando éramos pequeños me gritaba: <<No cantes>>, y yo seguía adelante, sólo para seguir molestándolo, que era mi trabajo como su hermana.

Era un juego que hacíamos a veces, en largos viajes en coche cuando estábamos aburridos, o mientras pescábamos en el arroyo. Me decía que dejara de cantar porque ahuyentaba a los peces, decía que tendría que alejarse de mí porque mi voz era muy mala y le daría dolor de cabeza. O le diría a mamá y papá que me echaran del auto por someter a todos a mi horrible voz.

Aunque era una broma exagerada y desproporcionada, sabía que tenía razón, que no podía cantar para salvar mi vida. Pero ahora esperaba poder cantar para salvar la suya. Sabía lo ridículo que sonaba, pero tenía que concentrarme en algo para no volverme loca.

De repente, hubo algunos golpes suaves en la puerta. Me relampagueé -otra frase que Julián me decía que hacía mientras cantaba- y me di la vuelta para ver a un hombre de mediana edad con un traje de tres piezas entrando.

—Tú debes ser uno de los Foster. Esta relacionada con Julián Foster, ¿correcto? ¿Cómo estás?—, preguntó.

—Sí, soy Mila. Su hermana. Y supongo que estoy bien.—

Miré hacia atrás a Julián y a su gran cantidad de máquinas, queriendo preguntarle al tipo cómo pensaba que yo estaba, pero no dije nada. A veces se necesitaba todo lo que tengo para contener mis comentarios sarcásticos.

—Lo siento, acabamos de mudarnos a esta ala—, le dije. —¿Quién eres tú?.

—Soy de la administración del hospital—, habló bruscamente. —Srta. Foster. Me gustaría que me diera más información sobre el seguro de su hermano, si es que sabe.

—Ya tienen su información— Me puse un poco nerviosa

—Lo sé—, dijo, frunciendo el ceño, —pero ese seguro nos ha llamado recientemente, para decirnos que ya no podía cubrir sus necesidades médicas.

Salté de mi silla.

—¡Eso es imposible! ¡Todavía está en el seguro de nuestros padres! ¿Qué hay del hombre que lo chocó? También lo trajeron aquí, ¿verdad? ¿Por qué no le preguntas a él?.

El hombre revisó su portapapeles.

—Lo siento, Srta. Foster. Pero él falleció esta mañana.

No podía comprender porqué estaba pasando todo esto, mi corazón comenzó a latir fuertemente en mi pecho, quería gritar y llorar, pero en el fondo de mí sabía que este no era el lugar para actuar de esa forma, y tampoco frente a mi hermano. Tenía que salir de aquí.

—Permiso— dije, mientras intentaba dar cabida al mar de emociones que tenía en mi pecho. El otro conductor había muerto y yo lamentaba eso, por su familia, pero mi hermano estaba donde estaba por su culpa y eso no era todo, ahora resulta que el seguro no cubriría.

Pasé al lado del hombre y caminé tan rápido como pude por el pasillo. ¿Por qué tuvo que pasar toda esta mala mierda? Este era mi hermano, un hombre bueno con todo el mundo y todo lo que le importaba al hospital era el maldito dinero.

Me topé con gente, tropecé con la pierna de una persona, pero no importaba el obstáculo que se interpusiera en mi camino para frenarme, tenía que salir de este hospital. No podía sentarme allí con Julián sabiendo que él pensaría que era una cuenta más que teníamos que pagar. Que frívolo era todo cuando su vida estaba en juego y todo se resumía a la cantidad de dinero que podíamos conseguir.

Por primera vez desde el accidente, esperaba que no pudiera oír lo que sucedía a su alrededor. No quería que se enterara de que no había dinero para ayudarlo a mejorar, porque entonces podría darse por vencido.

Capítulo 2

Mila

Cuando llegué a la parada del autobús, me puse a llorar.

Saqué mi teléfono celular y a través de mi visión borrosa, presioné el botón de marcación rápida para mi padre.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?—, preguntó él.

—¡Papá! El hospital dijo que el seguro ya no cubre lo de Julián. Dijeron que el seguro lo dejó. Y el tipo que lo chocó está muerto.

Suspiró, dejando un momento de silencio entre nosotros antes de responder.

—Mila, querida, ya lo sabía. Estamos tratando de llegar a un acuerdo, tu madre y yo.

Mi agarre alrededor del teléfono se intensificó. —¿Qué? ¿Lo sabías y no me lo dijiste?— Mi voz tembló. —Lo visito todos los malditos días. ¿Soy la única persona que viene a verlo y no me lo dijiste?

—Mila, por favor—, dijo cansado. —Tu sabes...

Colgué. Odiaba cuando mi padre tenía ese tono condescendiente, y sabía que no valía la pena pelear con él. Me dolió que no confiara en mí para informarme sobre las cosas importantes que pasaban, pero ya había aprendido que no podía hacer nada al respecto.

El autobús llegó y abrió sus puertas. Lo miré en blanco. Todavía no podía superar toda la información, había estado protegida por Julián y ahora estaba sin él, mis padres no me incluían en esto y mi hermano necesitaba dinero, necesitaba tener todas las condiciones para vencer a la muerte. Dios, todo esto era demasiado. Era una mujer adulta, pero siempre al alero de la protección de mi hermano. Nunca tuve la necesidad de enfrentar las cosas, de ser fuerte o de tener que solucionar algo tan grande.

Me arrastré en el autobús y pasé mi tarjeta de transferencia por la máquina.

Mi cuerpo se sentía sin vida. Mi familia se había desmoronado después del incidente del coche, y estaba empezando a pensar que no iba a volver a se la misma nunca.

En lugar de regresar a casa, me detuve en los servicios sociales locales y obtuve un montón de papeles que contenían información de lugares que ayudaban con las facturas médicas. Una breve reseña, sin embargo, no hizo

sino aumentar la tristeza y la perdición ante mis ya terribles noticias. Medicaid no iba a cubrirlo, no podíamos permitirnos una nueva póliza privada, y las iglesias que estaban en la lista sólo ofrecían atención médica de hasta cien dólares.

Tiré los papeles y opté por ir caminando al trabajo para despejar mi mente. *Todo va a estar bien. Julián podría despertarse y salir de esto. Siempre ha sido un bastardo con suerte. Realmente necesita hacer una de sus acrobacias más grandes de la vida ahora.*

Estaba recordando cuando éramos pequeños y Julián me llevó a dar un paseo en la ATV de nuestro primo. Iba demasiado rápido y se estrelló contra una valla. Ambos salimos volando del vehículo, pero Julián permaneció ileso, mientras que yo terminé en el hospital con un brazo roto.

En ese momento, yo había estado enojada con él por ponerme en peligro sin experimentar ninguna consecuencia. Siempre pensé que nunca aprendería. Pero ahora, mirando hacia atrás, no puedo evitar sonreír un poco por su suerte, y espero que continúe ahora en su edad adulta, cuando más lo necesita.

Diez minutos más tarde había llegado finalmente a mi trabajo, lo que me dio un poco de consuelo. Al menos tenía algo más en lo que concentrarme. Tan pronto como entré en el bar, mi jefe me miró, levantando una ceja.

—Bueno, hola, Mila. Llegas media hora antes. ¿Puedo ayudarte en algo?.

—Hola Sr. Elliott. Sólo quería venir temprano—, le dije. —No tengo nada más que hacer.

—Hmm, bueno, está bien. Sabes que no pago horas extras.

Señaló con su cigarro, y unas cenizas cayeron al bar. Mi jefe era un tipo duro, por así decirlo, al que le gustaba declarar con orgullo que se había registrado en la ciudad con su bar de puros para obtener una licencia especial, para que nadie pudiera decirle que no podía fumar su cigarro en su propio establecimiento. Una tontería que solo para él parecía importante.

Agité la cabeza y busqué un trapo para limpiar las cenizas. —Sí, lo sé.

Trabajé en el bar, limpiando botellas y vasos de chupitos. Al Sr. Elliott no parecía importarle, siempre y cuando yo no fichara todavía. Una vez que mi turno comenzó oficialmente, comencé a preguntar a los clientes qué les gustaría beber.

Al final de la tarde me acomodé mientras caminaba de un lado a otro, sirviendo cerveza, mezclando cócteles y tratando de conversar un poco con los clientes. Era difícil en un lugar como éste, donde el tipo de charla que querían hacer incluía las palabras: <<Muéstrame tus tetas>>.

Por más que lo intente, no podía olvidar la situación de mi hermano. La cara pacífica de Julián en mi mente me destrozó. *¿Cuánto tiempo pasará hasta que lo saquen de la máquina? ¿Podrían hacer eso? ¿Era legal?* No podía ver en qué se diferenciaría esto de un asesinato si mi hermano moría por falta de dinero.

Mientras mi mente se perdía en un montón de interrogantes, una de las bailarinas se sentó en la mesa del bar y sacó un fajo de billetes.

Comenzó a contarlos, y no pude evitar mirarlo como si fuera un faro de luz. Sabía que ganaban dinero. Pero automáticamente lo asocié con la cantidad de dinero suficiente para pagar las cuentas médicas.

—Karen—, le pregunté, dándole un trago de tequila, que sabía que era su favorito. —¿Es eso lo que puede hacer una bailarina en una semana?

Ella empujó sus labios a un lado, pensando, y lanzó su trago por la garganta.

—En realidad no. Quizás si eres nueva. Hice esto anoche, estaba demasiado ocupada para contarlos. El Sr. E. saca doscientos por noche y nosotros nos quedamos con el resto.

Se me salieron los ojos de las órbitas. —Espera, ¿él se lleva doscientos y todavía te queda todo eso?.

Ella se rio. —Sí. Así no tenemos que preocuparnos por un porcentaje.

Mis ojos se detuvieron en el dinero por un segundo.

Sacrificio. Fue lo primero que pensé. Había que hacer un sacrificio.

Ahora, lo que pasaba por mi mente era una solución a todos mis miedos. Yo sabía que tenía que hacer algo y justo ahora esta en mi mesa la respuesta. Al menos esta era la única solución rápida que tenía en mis manos. Sin pensarlo mas y convencida por la cantidad de dinero que vi en las manos de Karen.

Le di un ultimo trago a cuenta de la casa y fui a la oficina del Sr. Eliott.

—Oiga, ¿jefe?— Le pregunté, espiando con mi cabeza en su oficina.

—Adelante, Mila.

Entré y me senté frente a su pequeño escritorio.

—¿Qué pasa?—, preguntó. —Sabía que algo te pasaba hoy.

—Quiero ser bailarina— solté. Lo dije con prisas, antes de que pudiera cambiar de opinión.

—¿Quieres bailar para mí?— Sonrió y se volvió a meter el cigarro en la boca. —Ya era hora de que me lo pidieras. ¿Quieres saber cuántos hombres han preguntado si ibas a salir de detrás de esa barra y subirte a un poste?

—Tal vez prefiera no saberlo... Pero me encantaría empezar cuanto antes. Esta noche si usted quiere.

Se levantó e hizo un gesto para que lo siguiera. Me llevó a otra parte del edificio en la que nunca había estado antes; era el área de las bailarinas. Había armarios y mucho espacio en el mostrador con espejos en la parte superior, con el maquillaje derramándose sobre todas las superficies. Los diminutos y brillantes pedazos de ropa que llevaban estaban colgados en bastidores, así como colgados en las sillas. Los que ya habían usado en el escenario habían sido claramente arrojados a favor de un nuevo atuendo, y llenaron el piso, junto a toneladas de tacones altos. Quiero enfatizar, tacones muy altos.

—Vístete con la menor ropa posible, puedes usar cualquier cosa aquí. Ya que eres nueva, me quedaré con el 15% hasta que des un paso adelante y mejores.

Me agarré a mi camisa. —Gracias, Sr. Elliott. Realmente aprecio esto.

Asintió con la cabeza. —Dime, siempre has sido la dulce chica de modales suaves aquí, la chica a un costado y todo eso, ¿qué te hace querer hacer esto?

—Bueno, el seguro médico para mantener a mi hermano en el respirador dejó de cubrirlo, así que....

—Ya veo— Agitó la cabeza, su cigarro se tambaleó de un lado a otro. — Malditos hijos de puta codiciosos. Les gusta recaudar dinero, pero no quieren pagarlo. Mi abuelo falleció así—, me dio una palmadita en el hombro. —Estarás bien. Sal y baila un poco. Eso te ayudará a alegrar tu estado de ánimo y a llenar tu cuenta bancaria.

Y la suya también.

—Gracias, Sr. Elliott.

Se fue a su oficina y yo me quedé quieta en medio de la habitación como un poste fuera de lugar.

—Esto es muy poco—, murmuré para mí misma, recogiendo una tanga. Pero no era diferente a un traje de baño, ¿verdad?

Bien, sigue diciéndote eso....

—Hola, ¿qué haces aquí atrás?— preguntó Karen, apareciendo detrás de mí.

—Ahora soy bailarina—, dije, encogiéndome un poco de hombros.

—¿En serio? ¿El Sr. E. te dejó entrar, así como así? Vaya, qué rápido. Me hizo una audición para él y me dijo que engordara un poco. Dijo que a los chicos de aquí les gustan las mujeres con carne en los huesos y que yo era demasiado flaca. Qué maldito, ¿verdad?—

—Sí, eso es grosero—. Respondí con autentica empatía. Me sentí mal por

ella. Pero por una vez, ese peso extra que nunca pude bajar parecía haber funcionado a mi favor y no en mi contra.

Karen se sentó en su estación de maquillaje. —No importa. Nunca subí de peso porque mi metabolismo es bueno sin importar cuántas hamburguesas coma.

—Debe ser duro—, dije, riendo.

—Lo sé, ¿verdad? Lo bueno es que el Sr. E. parece haber olvidado sus instrucciones. Creo que hay hombres a los que les gusta todo tipo de cuerpos diferentes. Una vez que vio que estaban felices y seguían comprando bebidas y mirándome, dejó a un lado todo el asunto.

—Eso es bueno—, dije. —Te ves muy bien tal como eres.

Me sonrojé al decir eso, ya que implicaba que había estado observando su cuerpo desnudo en el escenario. Sólo quería decir que me gustaba su figura y admiraba su confianza. Pero tenía miedo de haber sonado espeluznante. Sin embargo, si ella pensaba que sí, no dijo nada y en vez de eso dio unas palmaditas en el banco a su lado.

—Ven a sentarte aquí, puedes tener este lugar a mi lado. Puedo enseñarte cómo funciona todo—. Me miró hacia arriba y hacia abajo, y luego agitó la cabeza. —Alguien tan inocente como tú va a necesitar algunos consejos.

Me senté al lado de Karen y me miré en el espejo mientras me maquillaba y peinaba y elegí un traje con un par de zapatos a juego.

—Hay algunos chicos aquí a los que les gusta la apariencia inocente, así que no te estoy haciendo muchos retoques—, dijo, como una madre de escuela encargada de entrenarme en las formas de baile exótico. —Pero la mayoría de los hombres afuera piensan que somos malas chicas y que, si nos pagan lo suficiente en propinas, cuando estamos en el escenario, haremos cosas extra por ellos cuando les demos bailes privados. Así que no es bueno parecerse a un par de zapatos de gamuza. Sin ofender.

—No me ofendí—, le dije, encogiéndome de hombros. —Agradezco tu ayuda en verdad. No tengo idea de cómo hacer esto...

Tenían una barra de ensayo en el área de cambio y Karen me mostró cómo agarrarla y hacer movimientos básicos.

—¿No te preocupa romperte el cuello?—, le pregunté.

—No, yo he estado en gimnasia desde que era pequeña. No me asusta nada de esto, solo requiere confianza y tener un buen agarre.

—Guau. Tengo que poder lograr algo que no termine en desastre. Solo eso espero.

Yo era atlética y también podía hacer algunas elongaciones de gimnasia, pero los movimientos de Karen estaban en una escala completamente diferente.

Después de un poco de entrenamiento en el baile del caño, hice encadenar los elementos básicos para un buen espectáculo. Tal vez no ganaría tanto como Karen en mi primer día, pero era un comienzo, tenía que soltarme, y eso era difícil, de solo pensar que debía salir al escenario me temblaban las piernas.

Pero mi objetivo estaba claro, había armado una coreografía simple que me haría no parecer un desastre y lo que sea que ganara sería mucho mejor que los miserables trescientos cincuenta dólares a la semana sirviendo tragos aquí.

Ni siquiera sabía cuánto dinero se necesitaría para mantener a Julián con vida, pero eso no significaba que pudiera quedarme sin hacer nada hasta entonces. Ahora tenía la oportunidad de ahorrar dinero para cuidar de mi hermano y hace un par de horas no tenía ningún plan. No era exactamente lo que me había visto haciendo como carrera a futuro, pero los tiempos desesperados exigían medidas desesperadas.

La música comenzó y el resto de las bailarinas del turno de noche llegaron. El bar se estaba llenando de gente, hombres mayores que no querían irse a casa todavía, y chicos de fraternidad que empezaban temprano el sábado por la noche bebiendo.

El Sr. Elliott golpeó fuerte y atravesó la cortina con la cara. —¡Hora de comenzar, señoritas! Mila, tú primero.

Trague fuerte. Esto era todo. Aquí se pondría a prueba mi coraje y determinaría el futuro de mi hermano.

Capítulo 3

Josué

No había sido una buena semana, por decir lo menos.

Estaba cansado, adolorido y me sentía como un anciano a la edad de treinta y cinco años.

Yo era un padre soltero, separado de hechos y que pronto se divorciaría oficialmente, y también era el dueño de una empresa lucrativa. Ahora mismo, debería haberme sentido como un billón de dólares o más, porque eso es lo que valía, pero trabajar todo el día del sábado mientras te preocupas por tu hijo hace que cualquiera se sienta desinflado.

Sólo estaba dando una vuelta. No estaba listo para ir a casa sin mi hija, pero estaba oscuro y no había nada que hacer. Finalmente me volví hacia la calle del centro de la ciudad que me llevaría a casa, pero mi ojo captó una señalética que había visto antes.

Era un bar que había pasado innumerables veces en mi trayecto, pero que no conocía muy bien. Por lo general, no era muy bebedor, ya que tenía que cuidar a mi hija.

Su nombre era Peaches and Cheeks y no había manera de que no supiera que era un club de striptease sórdido, además del hecho de que a los empleados solteros que trabajaban para mí les gustaba contarme historias sobre las bailarinas calientes que trabajaban allí.

Siempre pensé que no me importaba que ellos exploraran ese tipo de cosas. Pero que no era lo mío.

Sin embargo, esta noche, de repente la idea de estar allí, donde nadie me conocía, era muy atractiva. No quería ser el gran millonario exitoso esta noche. Iba a ser un tipo que iba a salir a tomar unas copas y olvidar sus problemas durante un par de horas.

La música estaba alta y el olor a alcohol barato estaba en el aire. Lo inhalé y me senté en el bar a pedir un trago. Lo necesitaría para estar en un lugar como éste, que no era ni siquiera mi escenario habitual.

—Oye, ¿me das un whisky en las rocas?— Le pregunté al joven camarero.

—No hay problema.

Me sirvió la bebida y me la deslizó por el mesón.

Bajé la mezcla picante y saboreé la picazón que se convirtió en calor en mi garganta.

Mirando por encima de mi hombro, vi a una bailarina en el poste. Su clara y pálida piel brillaba bajo las luces que resplandecían sobre ella.

Llevaba puesto un conjunto de lencería roja. Yo diría que lo llevaba con confianza, pero - aunque debería haberlo hecho, porque su cuerpo era jodidamente hermoso, con curvas en todos los lugares correctos- parecía tímida y cohibida. Ella tropezó un par de veces lo que era otra indicación de su improvisación e inocencia, lo mas probable era que fuera una novata aquí.

De repente, me sentí culpable por estar en este lugar. Mi mente me dijo que era triste que las mujeres fueran sometidas a este trato por un poco de billetes. Pensé en Ariel, mi hija. Tenía suerte de que no tuviera que mirar a los ojos a este tipo de vida.

Pero yo también era un hombre con sangre en las venas y esa bailarina era lo más ardiente que había visto en mucho tiempo. Me dije a mí mismo que no me sintiera mal. No podía evitar que mi pene se me pusiera duro con sólo mirarla y pensar en lo que quería hacer con ella.

Ella movió su curvilíneo trasero y pensé en agacharla y follarla por detrás. Se quitó el bikini y sus pechos eran grandes y redondos que todo lo que quería hacer era jugar con ellos.

Por ahora, viendo a esta bailarina sexy pero inocente en el escenario, decidí que no me iba a preocupar por nada. Dejaría en el fondo de mi mente la custodia y toda esa mierda y me olvidaría de los acontecimientos estresantes que estaba pasando últimamente.

Estaba aquí para pasar un buen rato, así que me acerqué al escenario donde la hermosa rubia de cintura pequeña y caderas grandes y bonitas bailaba. A los hombres pareció gustarles cuando ella tropezó, mirándose el uno al otro con asentimientos y sonrisas. Su torpeza les gritaba sangre fresca.

Busqué en mi billetera y vi que tenía un manajo de cientos. Nada menos. — Qué diablos—, murmuré para mí mismo.

Saqué unos cuantos, y estaba dispuesto a entregárselos a ella, bueno, meterlos en su liga o donde ella quisiera. Ella dio unas vueltas en el poste, y luego comenzó a caminar hacia mí para recoger el dinero. Al principio parecía indecisa, pero luego pareció tener una resolución renovada, alargando su ritmo con sus tacones muy altos. No debe haber estado acostumbrada a caminar sobre ellos porque algo pasó y perdió su agarre, desplomándose sobre mí.

—¡Ah!— gritó, cayendo de cabeza a mi mesa.

—¡Te tengo!— Dije al atraparla.

Ambos caímos al suelo y los hombres gritaron y aplaudieron. —¡Lo siento mucho!— se disculpó, revisando mi chaqueta.

Su voz era dulce, pero fuerte. Me capturó en un estado de cámara lenta. Me sacudió con sus largas pestañas mientras sus inocentes, pero aún así sensuales, ojos azules me miraban.

De repente, me sentí tan deshecho y no era por el golpe de su cuerpo, algo de ella me golpeó.

Es sólo una stripper, me dije a mí mismo. Y ni siquiera una buena. Podrías tener cualquier stripper que quisieras, así que no te encariñes con ésta. Pero no pude evitarlo. Parecía que tenía algún tipo de hechizo mágico sobre mí.

—¿Estás bien?—, preguntó.

Me froté el cuello y sonreí. —Estoy bien. ¿Y tú?

Otra chica salió al escenario y los hombres dirigieron su atención hacia ella, obviamente mucho más experimentada, con lencería negra y botas altas de látex hasta los muslos.

—Estoy bien. Soy una bailarina terrible—, se lamentó. —Mi jefe se arrepentirá de su decisión de dejarme subir al escenario esta noche.

Así que, era su primera vez haciendo esto. ¿Cuáles eran las probabilidades? Debe de necesitar dinero de verdad.

Saqué los billetes que tenía para ella antes y los puse en sus manos.

Gran error. No debí haberla tocado. Por supuesto, ella estuvo sentada sobre mi, pero esto era piel con piel.

Esa piel sedosa y fría hizo que mi sangre se precipitara. Al igual que los pezones rosados y erguidos que me miraban desde sus pechos. Desearía poder tomarlos en mi boca y besarlos, chuparlos, complacerla de la manera que mejor la hiciera disfrutar. Y estaba tan cerca de ella ahora mismo.

—¿Oh?—, dijo ella, mirando el dinero en sus manos. —¡Gracias!— añadió sonriendo con sus ojos iluminados.

Qué inocencia. ¿Qué mierda hacía ella aquí?

Salió corriendo hacia atrás y vi sus nalgas perfectamente redondeadas rebotar mientras desaparecía detrás de una cortina.

Si no fuera por el guardia que estaba allí, la habría seguido y le habría rogado que viniera conmigo. Era como si hubiera sido una hada mágica que había revoloteado en mi vida y se había ido en tan poco tiempo que no sabía qué me había golpeado.

No sabía qué me llevó a quedarme allí. Pero me encontré en el rincón, apartando los ojos de las bailarinas actuales hacia la puerta con cortinas custodiada por unos gorilas para ver si la chica sexy que literalmente se había caído en mi regazo mientras usaba lencería roja volvía a salir.

Los minutos se convertían en horas, y luego esas horas se convirtieron en las primeras horas de la mañana. Apenas bebí mi whisky. Los guardias ahuyentaron al resto de los hombres y me levanté para irme.

Era un idiota. Pudo haberse ido hace horas por la puerta trasera o algo así.

Justo cuando me dirigía a la salida, la vi salir con su ropa normal. Dos hombres que habían salido del bar después de ella continuaron siguiéndola de cerca. Corrí hacia ellos y los seguí hasta un callejón.

—Hola, cariño, estábamos esperando verte en el caño. O caminando por la pista para que pudieras bailar en mi regazo. No seas una provocadora. Déjanos llevarte a nuestra casa para pasar un buen rato—, dijo un hombre con dificultad.

—Sí, nos queda mucha acción—, soltó el otro, con voz demasiado alta.

Ella agitó la cabeza. —Lo siento, tengo que irme a casa.

Cuando uno de los hombres fue a agarrar su brazo, me puse delante de él y le di un codazo en la cara.

Ella gritó: —¡Detrás de ti!.

Su amigo trató de atacarme y le puse el pie en la cara. Recogiendo a mi chica curvilínea en mis brazos, salí corriendo con ella a la calle principal, donde había mucha luz.

La senté y revisé para asegurarme de que estaba bien.

Era hermosa de cerca con esos grandes ojos azules y pestañas oscuras y gruesas.

—¿Estás bien?— Le pregunté.

—Tú. Te recuerdo.— Sus mejillas se volvieron rosadas en la luz de la calle —Gracias. Estoy bien.

Hizo un barrido a su alrededor y miró a la parada del autobús que estaba al otro lado de la calle.

—¿No conduces tú?— Le pregunté.

—No, yo tomo el autobús.

—Déjame llevarte a casa, mi coche está justo aquí. No es un horario para que una joven ande sola por la zona—. Me miró y luego miró a la parada nuevamente.

Estaba sopesando sus opciones. Luego se me acercó y sonrió. —Vale. No

creo que seas como los otros.

—No, por supuesto que no.

Al principio me sentí un poco insultado de que ella pudiera pensar así. Entonces me di cuenta de que había estado en un club de striptease toda la noche y ella había pasado esa situación con esos tipos y no tenía porqué diferenciarme si apenas me conocía.

La acompañé hasta mi Lamborghini y abrí la puerta del lado del pasajero. Se deslizó como un suave trozo de seda, y luego bajó al asiento como si perteneciera allí, como parte del coche, como parte de mi vida.

Me subí al otro lado y encendí la luz dentro del auto.

La miré bien otra vez. El aroma de su perfume floral perduró en el aire.

No, no lo hagas, Josué. Recuerdas esa cláusula. Sin citas ni relaciones sexuales. ¡No arriesgues la custodia de Ariel!

No era como que esta situación se me presentara siempre. Esta chica era diferente, algo de ella me cautivo desde que la vi y eso no es algo que sucede todos los días. Pero este no era un momento de mi vida como para estar pensando en mi o en encantarme con una mujer hermosa que podría valer mil veces la pena. Este momento de mi vida, era precisamente lo opuesto, mi atención completa debía estar con mi hija.

Aceleré el motor y salí del estacionamiento.

Me dio su dirección y la llevé hasta allí. Fue desalentador escuchar que no tenía una manera más segura de llegar a su trabajo.

Antes de que se fuera, le toqué el hombro. —Deberías conseguir un coche.

Agitó la cabeza y se mordió el labio. —No puedo. Si tuviera el dinero para un auto, se lo daría a mi hermano, él realmente lo necesita. Pero muchas gracias por la preocupación y el viaje.

—¿Cómo te llamas?, si no te importa que te pregunte.

—Mi nombre es Mila.— Se rio un poco. —Antes de que preguntes, sí, ese es mi verdadero nombre. Aún no he pensado en un nombre apropiado para una bailarina.

—Soy Josué—, le dije. —¿Cómo es que nunca volviste a salir al escenario?.

Tan pronto como hice la pregunta, me di cuenta de que sonaba como los cretinos que intentaban seguirla a casa. Pero no quise explicar que había estado sentado ahí fuera con el propósito de querer verla de nuevo. No sólo su hermoso y casi desnudo cuerpo en el escenario, sino su esencia misma. ¿Cómo podría un hombre explicar eso de una manera que sonara realista? Así que ni

siquiera lo intenté.

No parecía ofendida por la pregunta.

—Oh, Dios mío—, soltó. —Me metí en muchos problemas por haberme caído sobre ti. Mi jefe dijo que no se me permite volver hasta que pueda probar que no soy una torpe. Así que pasé el resto de la noche viendo videos de YouTube en mi teléfono, para enseñarme a ser una stripper. Y practicando en la barra en la parte de atrás, con algunas de las otras chicas tratando de enseñarme. Aunque dudo que lo consiga.

La forma en que agitó la cabeza cuando explicó todo y la forma en que se movía era tan linda. No pude evitar preguntarme por qué quería aprender a ser stripper. Pensé que no era asunto mío. Y que no podía saber más de ella sin hacer cosas estúpidas que no podía estar haciendo. Así que, era hora de que nos separáramos.

Mila se inclinó y me dio un beso en la mejilla. —Gracias por traerme. ¡Quizás nos volvamos a ver pronto!.

Ella sonrió y salió del coche. La vi caminar hasta su casa y no me fui hasta que estuvo a salvo adentro.

Un beso tan inocente me prendió fuego.

Eso no es lo que dice el celibato, traté de decirme a mí mismo. Pero en el fondo sabía que ella había encendido en mí una pasión que ni siquiera me había dado cuenta de que podía existir.

Capítulo 4

Josué

Por mucho que lo intentara, no podía sacarme a Mila de la cabeza. Traté de dormir la mona, pero eso tampoco funcionó. Me metí en la ducha, queriendo lavar el hedor del humo del cigarro y el perfume demasiado fuerte de mi cuerpo.

Tan pronto como el agua caliente golpeó mi piel, cedí a las fantasías de la bailarina que había caído en mi regazo. Mi pene se puso duro y erguido sólo de pensar en ella. Lo tomé y sentí su circunferencia, deseando poder ponerlo entre los pechos perfectos de Mila, o incluso mejor, dentro de su vagina.

No había llegado a ver tanto, sólo era un club de striptease y ella estaba en topless. Pero los chicos del trabajo decían que cuando las mujeres daban bailes de regazo te dejaban tirar de sus bragas hacia un lado para que pudieras ver sus vaginas justo enfrente de tu cara. Si pagabas lo suficiente, puede que hasta te dejaran tocarlas.

Fue suficiente para agarrar mi miembro y empecé a acariciarme. Nunca había tenido el deseo de pagarle a una mujer para que me dejara tocarla. Pero me encontré deseando poder tocarla a ella, sin importar el costo o el riesgo. En mi mente, podía hacer lo que quisiera y gratis.

Pensé en lo que se sentiría al verla mirándome con esos hermosos e inocentes ojos mientras le daba duro por todos lados y ella se contoneaba en un baile prohibido con algunos beneficios adicionales. Quería sentirla frotar su culo en mi pene.

Como era sólo una fantasía, podía tener todo lo que quisiera. Así que imaginé sacándome el pene de los pantalones y hacer que se deslizara sobre ella, subiéndola y bajándola mientras sus jugos mojados se empapaban sobre mí.

No pude evitar preguntarme si alguien se la había follado alguna vez. Parecía lo suficientemente inocente como para ser virgen, a pesar de que la idea de que una virgen trabajara desnuda parecía un poco difícil de creer. Quería ser el primero en cogérmela. Quería poner mi miembro dentro de ella, llenarla completamente, hacerla estallar de placer mientras la hacía gritar mi nombre con ella montada en mi y dejándome hacer lo que yo quisiera con ella.

Al pensar en todo eso, sentí que mis pelotas se tensaban en la vida real y luego tiré mi semen por toda la ducha como si deseara poder disparar por todo su cuerpo.

Una vez que salí, me sentí un poco más relajado para intentar descansar. Pero aún así me di la vuelta, deseando poder estar con ella en la vida real. Finalmente me dormí, sólo para despertarme un poco más tarde y girarme una y otra vez intentando acomodarme.

Así que, después de una noche inquieta, me ahogué en trabajo en la oficina de mi casa y miré el reloj hasta que salió el sol. En días como este prefería no estar con otras personas. Tuve la extraña sensación de que alguien en el trabajo podría haberme visto en el club de striptease. No sabía qué podían hacer al respecto más que burlarse de mí, pero no era algo con lo que quería lidiar.

Finalmente, ya casi era hora de recoger a mi hija Ariel. Me estaría esperando en casa de su madre. Y como de costumbre, su madre no estaría en ninguna parte, eso lo sabía de ante mano.

Terminé de firmar algunos papeles para que mi compañía pudiera poner en marcha estos nuevos contratos. Entonces el teléfono de mi oficina sonó.

—Um, jefe— La voz de mi ama de llaves se oyó por el altavoz. —Hay un sheriff que quiere hablar con usted.

¿Un sheriff? ¿Qué demonios...?

—Hágalo pasar—, le dije, sentado en la silla de mi computadora.

Esperaba que no tuviera nada que ver con ninguna de las personas con las que estaba trabajando en mi proyecto actual. Cuando el dinero estaba en juego con los clientes más grandes, no se lo tomaban con calma.

Un hombre corpulento entró por la puerta con un sobre en la mano. —Sheriff, ¿en qué puedo ayudarle?— Le pregunté, mirando su ceño fruncido y luego el sobre.

—Estoy aquí para entregarle esto—, dijo, sosteniendo la carta en mi dirección. Me levanté de mi silla y se lo quité.

—¿Me están citando?— Le pregunté. Agitó la cabeza y giró el talón para salir.

Rompí el papel y vi el nombre de mi ex esposa Margot en la parte superior del documento.

Antes de seguir leyendo, me froté la frente y suspiré. ¿Qué carajo estaba haciendo ahora?

Tomé la pila de papeles hasta el final del sobre y escanéé la primera página.

—¡Custodia completa!— Grité, agarrando los escritos tan fuerte que mis nudillos se volvieron blancos.

¿Por qué estaba haciendo esto? Ariel era sólo otra herramienta para que me mantuviera unido a ella, para poder conseguir una pensión alimenticia o compasión. Ella no quería a Ariel en absoluto.

Saqué mi teléfono y empecé a marcar su número, pero me detuve antes de terminar. No me serviría de nada gritarle, por muy gratificante que eso se sintiera. Encontraría la forma de usar mi ira, perfectamente justificada, contra mí.

Me aferré a mi temperamento y metí los papeles en el sobre de vuelta.

Tendríamos que pasar primero por una audiencia en la corte, y no había forma de que un juez fallara en mi contra. Yo era célibe, no había salido con nadie, y había sido un buen padre para mi niña.

Recogí los papeles para ver cuándo era la fecha del juicio. Mientras por mi mente tenía un torrente de dudas y preguntas. Margot estaba intentando conseguir la custodia completa, y había un motivo oculto para esto.

¿Era para hacerme daño?

¿Para darme mala prensa?

Sea lo que sea que fuera, no iba a funcionar. La fecha del juicio era dentro de un mes.

Hasta entonces, necesitaba seguir haciendo lo que mejor sabía hacer, que era dirigir mi empresa y cuidar a mi hija. Esta vez, cuando levanté el teléfono, era para llamar a mis abogados. Puede que ya supieran que Margot estaba tirando de esta última hazaña, pero cada pequeña cosa estaba entrando en el archivo, y el archivo se estaba volviendo bastante grande.

No quería tener que compartir a mi hija con alguien que no se preocupaba por ella. Tal vez era hora de discutir esto en la corte.

Dios sabía que la mediación y la negociación y toda esa mierda que yo había estado tratando en vez de litigar no estaban funcionando. Estaba acostumbrado a luchar por lo que quería, y estaba empezando a pensar que era la mejor manera de hacerlo.

Arreglé mi escritorio antes de salir por la puerta.

Esa chica del club, Mila, tendría que permanecer en mi imaginación, una fantasía que nunca se haría realidad. Ariel era mi mundo, y yo estaba demasiado cerca de conseguir ese divorcio para cortar legalmente cualquier y todo trato con su madre.

Por lo que yo sabía, nadie en el mundo de los medios de comunicación

sabía lo que estaba pasando en mi vida privada, y yo planeaba que se quedara así. Yo había pedido que se sellaran los registros, y de alguna manera mis abogados habían hecho que sucediera- ellos habían discutido algo acerca de poner en peligro a Ariel al exponerla al escrutinio público.

Cuando llegué a la casa de Margot, Ariel estaba sentada en su lugar habitual en las escaleras. Miré a mi alrededor y no vi a su madre en ninguna parte. Como de costumbre, tomé una foto con mi teléfono y se la envié a mi abogado antes de salir del auto. Tuve cuidado de poner rápidamente el teléfono en mi bolsillo. Tener evidencia de que Margot no era apta para la custodia a pesar de ser la que decía que yo no lo era, era algo que tenía que equilibrar sin dejar que Ariel supiera lo mucho que su madre y yo estábamos en desacuerdo. Era sólo una niña, y no necesitaba ser sometida a la discordia.

—¡Ven con papá, princesa!— Dije, extendiendo mis brazos.

—¡Papá!— Corrió hacia mí con el pelo al viento y su hermosa sonrisa brillante en la cara

Era doloroso enviarla de vuelta a casa de su madre cada fin de semana. Pero al menos podía esperar con ansias estos momentos en los que me di cuenta de que Ariel se alegraba de verme.

—¿Cómo ha estado mi ángel?— Le pregunté, mirándola a los brazos y a la cara para asegurarme de que no había ningún pelo dañado en mi niña.

—Estoy bien, papá.

Tomé su pequeña mochila y la puse en el auto y luego le abroché el cinturón de seguridad en su asiento booster. Se movió y sonrió un poco más. Algunos días realmente debatí si tomar a Ariel y dejar el país para que Margot no se la llevara.

Entré al auto y me fui, contento de no haber visto a Margot merodeando. No sólo había hecho evidente que nunca me había amado, sino que, a estas alturas, obviamente mostraba un odio abierto.

Para ser honesto, yo tampoco la había amado. Eso lo sabía ahora. Pero la había tratado bien, y me había apuñalado por la espalda.

Suspiré y mantuve mi atención en el camino. A veces me preguntaba cómo sería si encontrara a alguien que valiera la pena.

Alguien como... bueno, Mila. Suave, amable y gentil, pero también valiente e inteligente....

El teléfono integrado en mi coche sonó y pulsé el botón para contestar.

—Hola, jefe—, dijo Chávez, mi secretaria. —Sólo quería recordarle la reunión que es dentro de dos horas.

—¿En dos horas? ¿Qué reunión?

—Delaney y Hoff, vendrán a discutir unos nuevos contratos con usted hoy a las cinco en punto.

—¿Planeé eso para hoy? ¿Un domingo?

Normalmente no programaba reuniones cuando tenía a mi hija cerca. Ella iba a una escuela privada durante el día, y yo dedicaba las tardes a la familia.

Las cosas se habían puesto tan agitadas, que debo haber perdido la cuenta. Pero los contratos de Delaney y Hoff eran vitales para mi compañía, y no podía dejar pasar eso.

Esos negocios iban a ser la razón por la que Ariel nunca tendría que preocuparse por la deuda de los préstamos estudiantiles, o preocuparse por cualquier cosa financiera, punto. Iban a empujarnos a un nivel en el que yo podría trabajar aún menos y pasar aún más tiempo con ella.

Fue entonces cuando su rostro pasó por mi mente. Mila. Puede que haya sido una forma inconsciente de volver a verla pero honestamente la parte consciente de mí lo único que necesitaba era alguien que cuidara de mi hija.

Me acordé de dónde vivía, y se veía bien para el papel de niñera. Algo en ella era...saludable... a pesar de la manera loca en que la había conocido.

Mirando por el espejo retrovisor, vi a Ariel pateando sus piernas y mirando por la ventana.

Sin embargo no puedo negar que un montón de cuestionamientos pasaron por mi mente también. No conocía a Mila desde hacía más que unas horas. Ella cayó en mi regazo, literalmente, y luego la llevé a casa. Y era una stripper, apenas la profesión más sana.

Pero si era una stripper eso significaba que necesitaba dinero. Podría darle eso, y ella podría darme la sensación de seguridad que necesitaba en una niñera.

Ya estaba decidido.

—Ariel, papá va a hacer un rápido desvío. ¡No te muevas, estaremos en casa pronto!

—¡Está bien, papá!

Con su espíritu de niña, estaba dispuesta a dar el paseo, cualquiera que fuera el resultado. Y yo también.

Capítulo 5

Mila

Uno pensaría que me sentiría emocionada, o avergonzada, o...algo... sobre el hecho de que me acababa de convertir en una stripper. Y tengo que admitir que anoche, lo estaba. Pero para ser honesta, no se trataba tanto de haber hecho el ridículo en el poste como del hecho de que había conocido a alguien tan guapo y amable. Después de que Josué me dejó, no pude dejar de pensar en él toda la noche.

Le dije que me habían prohibido volver a entrar, lo cual es cierto. Pero honestamente, podría haber salido a bailar de nuevo. Después de una hora de práctica, Karen y las otras chicas me habían dicho que tenía mis movimientos en orden y que hablarían con el Sr. E. acerca de dejarme ir a trabajar en la pista al menos, si no quería que bailara en el escenario.

Pero no me había sentido bien al respecto. Cuando estaba en el regazo de Josué sólo quería quedarme allí. No juzgaba lo que los bailarines que se estaban convirtiendo rápidamente en mis amigos hacían para ganarse la vida, pero no se sentía bien para mí.

Quería encontrar alguien que me abrazara, me protegiera y estuviera conmigo para siempre. No quería tener que quitarme la ropa por dinero.

Era una forma de obtener un resultado, pero una forma a la que me costaba acostumbrarme, por que el resultado era lo necesario para que mi hermano pudiera recuperarse.

El punto seguía siendo, que tenía que hacerlo. Necesitaba el dinero.

Josué era evidentemente alguien con los medios económicos para darse la vida que quisiera, lo note en su traje y en su auto, por otra parte, yo no, y nuestros dos caminos no estaban destinados a juntarse en esta vida. Así que podía dejar de idealizar nuestro encuentro, qué aun que muchos lo pueden catalogar como poco romántico, para mi fue de novela romántica. ¿Quién cae en los brazos de un tipo guapo cualquier día y termina siendo un tipo realmente agradable y caballero? Eso solo pasa en las películas, claro, esta seria la versión para adultos por mi vestimenta de anoche.

En fin, traté de no pensar en Josué y me fui a dormir. Pero no podía quitármelo de la cabeza. Alcancé mi mano debajo de mi edredón y sentí los

pliegues húmedos de mi vagina, y supe que seguía goteando por haberme rosado cerca de su pene. Se había sentido tan grande y fuerte debajo de mí.

Me estaba frotado el clítoris mientras abría las piernas, deseando abrirlas para él. —Oh, Josué—, había respirado, girando mi cara para poder gritar en mi almohada.

—Quiero tu miembro dentro de mí.

Nunca había tenido el pene de alguien dentro de mí. A pesar de haber sido una stripper durante todo un baile, no tenía experiencia con el sexo. Pero podía adivinar lo bien que se sentiría si era Josué quien me abriera las piernas y se metiera en el interior de mi vagina dispuesta y en espera.

Apuesto a que se sentiría tan bien, deslizándose dentro y fuera de mí. Apuesto a que me agarraría las tetas mientras rebotan al ritmo de sus estocadas. Apuesto a que el juego de nuestros dos cuerpos juntos sería mejor que cualquier vibrador.

Había llegado en mis dedos pensando que Josué me quitaría la virginidad. Y luego caí en un sueño profundo.

Si señores, las vírgenes también nos masturbamos y deseamos nuestro momento con demasiado deseo, solo qué no se nos ha presentado el indicad. Pero, al menos yo, disfruto dándome placer hasta que el momento llegue.

Bueno, hoy, sin embargo, no tuve tiempo para pensar en el hecho de que acababa de empezar una nueva profesión, ni siquiera mucho tiempo para pensar en Josué. Hoy fue sólo otro día para estar peleando con mis padres por el tema de mi hermano.

—Entonces, ¿crees que es justo dejarme fuera de estas conversaciones?— Les dije con brusquedad, después de una interminable conversación que no llegaba a nada.

Estaba tan cansada de esta misma conversación, y supongo que ellos también lo estaban, porque esta vez los había pillado hablando de decisiones relacionadas con Julián y su cuidado de salud sin que yo estuviera presente.

—Mila, no queríamos estresarte. Somos la cabeza de la...

Le corté el paso a mi madre, irrumpiéndola en el pasillo desde la sala de estar. —¡Teníamos un acuerdo! ¡Acordamos que tomaríamos todas sus decisiones médicas juntos! ¡No puedes dejarme fuera de estas cosas!

Mi padre se sentó en su sillón con la cabeza colgada.

Se quejaban de lo difícil que era para ellos tener a Julián en el hospital, pero ¿qué querían? ¿Desconectarlo y que muera? ¿Sería más fácil para ellos?

Sé que no era eso, pero para mí se sentía como que se estaban dejando

vencer, como que estaban bajando los brazos. Todos estábamos cansados y no se trataba de algo físico, era algo emocional. La rabia, la incertidumbre y la pena se apoderaban de mi a cada minuto. Tener a mi hermano nos devastaba a todos.

Abrí la puerta principal y caminé fuera de la casa, últimamente solo quería correr de los lugares para no terminar perdiendo el poco control que me quedaba, sin embargo, mientras miraba el piso con mis pensamientos bombardeándome la cabeza me topé de frente con alguien. El encuentro me hizo tropezar hacia atrás, levanté la vista y vi esa cara familiar. Sus manos se acercaron a mis hombros para estabilizarme.

Era Josué. El hombre que me había sujetado cuando caí en el bar. El hombre que me hizo venir anoche en mis fantasías. ¡Dios! No estaba preparada para esto.

—Tú— Dije, tratando de encontrar mis palabras.

—¿Estás bien?—, preguntó.

—Sí, Yo... ¿por qué estás aquí?— Lo miré fijamente y luego bajé la voz. — No hago bailes privados y, bueno, mis padres no deben saber que...

Agitó la cabeza y movió la mano en negativa. —No, no estoy aquí para eso. Necesitaba pedirte un favor.

—¿Un favor? ¿Qué necesitas?— No estaba realmente segura pero mis palabras fluían con confianza. Era raro, pero no me asustaba este hombre, por el contrario, me atraía.

La discusión con mi madre había dejado una gran cantidad de adrenalina corriendo por mis venas.

Me giró y puso su mano sobre mi espalda como un caballero y me acompañó hacia su coche. Había una niña sentada en el interior.

—Esta es mi hija, Ariel.— Todo su rostro se suavizó mientras saludaba a la niña por la ventana trasera. —Necesito que la cuides por un tiempo. Tengo una reunión importante en una hora que no puedo reprogramar.

—¿Cuidarla aquí?— pregunté, señalando la casa de mi familia.

Mis padres se meterían en mis asuntos. Al menos tendrían la duda de saber como él llegó hasta nuestra casa, y honestamente, no necesitaban saber como lo conocí, y estaba tan molesta que ni siquiera me interesaba que supieran que estaba ganando dinero extra, incluso si ser niñera era una forma más honorable de hacerlo que desnudarse.

—No, en mi casa. Tiene todo lo que necesitas. Y te pagaría bien.

—¿Cuánto tiempo necesitas que la cuide? ¿Y por qué me lo pides a mí?—

Bajé la voz. —¿Quién le pide a una stripper que cuide a su hija?

En su mayor parte, eso era sarcasmo, pero tenía curiosidad. No se comportó como el resto de los locos que frecuentaban el bar.

Era más maduro, como un hombre de negocio, compuesto y educado y el aroma de su perfume, esa mezcla de sándalo y café maldita sea, no era nada de las colonias baratas que había sentido.

—Bueno...— Dudó. —Digamos que me gusta tu onda para cuidar a mi hija. Eres gentil, simpática y obviamente nueva en todo eso de los bailes exóticos.

Me ardía la cara. No tenía que recordarme lo torpe que había sido la noche anterior. Mi único intento de ser stripper había sido un desastre total; ni siquiera tuve el valor para volver.

No lo entendería, por supuesto. Una buena mirada a su elegante y deportivo coche y supe que él no sabía lo que era estar justos con el dinero. Sin añadir que ahora tenía a un hermano en coma que debía mantener con vida a como diera lugar porque el seguro se aprovechaba de la gente como nosotros. En definitiva, yo estaba en un aprieto con el que él nunca se identificaría.

—Sí, sé que fui un desastre—, dije, cruzando los brazos delante de mí. —Pero...

—Pero ¿qué?— preguntó

—Ser bailarina paga bien, mejor que ser bartender. Y necesito el dinero.

Él suspiró —Claro, por tu hermano. ¿Cuánto?— estaba inquieto, pero estaba realmente interesado en lo que yo decía.

—¿Te refieres a cuánto me pagan?— Él asintió con impaciencia, y yo me encogí de hombros. —No lo sé. Quiero decir, no es algo fijo, pero mi primer día me trajo como trecientos dólares.

No mencioné que la mitad de eso habían sido los cientos que él me había empujado después de que yo había aterrizado encima de él.

—Te pagaré seiscientos si cuidas a mi Ariel.

Esa mirada en sus ojos me hizo difícil rechazarlo. Sin mencionar esa gran cantidad de dinero. No podía negar que todo esto era difícil de creer, pero también me animaba a querer entender por qué me pedía a *mi* que hiciera esto. Realmente parecía un padre preocupado, y sentí que su súplica era genuina.

Moví la boca para decir que sí cuando mi madre abrió la puerta y se acomodó para ver quién era el hombre guapo, que estaba de pie frente a su casa y con su hija.

—¿Mila? ¿Es amigo tuyo?—, preguntó.

—Sí, mamá.

—Soy su jefe—, añadió. Le dio la mano. —Mi nombre es Josué, he contratado a tu hija para que cuide a mi hija hoy.

Me miró con una sonrisa.

Asentí con la cabeza. Un día libre teniendo que desnudarme en el bar estaría bien, ya que sólo pensarlo me llenaba de pavor, especialmente si Josué no iba a estar allí para sentirme protegida. Además, cobrar seiscientos dólares era una suma demasiado buena para aumentar mis ahorros. Tal vez podría hacer una diferencia en el cuidado de la salud de Julián después de todo.

—Me encantaría quedarme más tiempo para charlar, pero tengo una reunión muy importante a la que ir—, le dijo Josué a mi mamá, y me hizo un gesto para que me subiera al auto.

—Adiós, mamá—, dije, mientras me agachaba para recoger mi bolso, y luego me giré para subir al auto.

Parecía bastante aturdida cuando me fui, y no podía culparla. Nunca había sido del tipo que quisiera cuidar niños. De hecho, pensaba que los niños eran molestos. Pero, ¿cómo iba a saber que estas serían mis alternativas? Esto era mejor que ser stripper y definitivamente mi jefe era completamente un sueño.

Ya estando en el coche. Miré en el asiento trasero y vi a la pequeña mirándome con curiosidad.

—Mila, te presento a Ariel, mi hija.

Ella habló con voz alegre, —¡Hola, encantada!.

Wow, era tan pequeña e intentaba ser una niña educada. Su gracia me llegó al corazón, era verdaderamente una dulzura.

—¡Hola, Ariel! ¡Tienes nombre de princesa!

—¡Siii!— Se rio, agudo y dulce. Tenía que admitir que era muy linda y agradable, nada como lo que imaginé cuando pensaba en lo difícil que era ser niñera.

Recorrimos muchos caminos sinuosos, y el paisaje que nos pasaba era un torbellino de tonos verdes y amarillos que no hacía otra cosa que tranquilizarme. Yo estaba bien consciente de que no conocía a Josué en absoluto, pero ¿cuántos asesinos psicópatas andaban por ahí tirando billetes de cien dólares y recogiendo a la gente con su hijo en el auto?, creo que una corazonada me decía que este hombre no era malo.

Me hubiera gustado no parecer tan interesada en el dinero para conocerlo mejor, porque en serio el dinero no era algo que influyera cuando conozco a la gente, pero mis prioridades eran definitivamente otras. Mi hermano.

Le eché un vistazo mientras conducía en el costoso vehículo por un

vecindario donde los patios no sólo estaban vallados, sino también cerrados. Era guapo, con una mandíbula fuerte y pestañas gruesas, y su mano en el volante era grande y fuerte. Me preguntaba si vendría de un entorno más parecido al mío, donde el trabajo manual y el esfuerzo eran lo que daban las recompensas, mas que solo andar por la vida de camisa y corbata. Si era así, esa etapa de su vida ya la había superado. Obviamente, ahora no le importaba el dinero, ahora debía estar disfrutando las recompensas.

Pero como tenía una hija, eso significaba que también tenía una esposa o novia, ¿no?

No quería parecer demasiado curiosa, así que mantuve la boca cerrada. Dios sabía que no quería que ese atributo de mi madre se me pegara. Pero no pude evitar preguntarme todo acerca de este hombre misterioso que me había ayudado tanto, por razones que ni siquiera podía discernir.

Capítulo 6

Mila

Después de otros quince minutos de viaje, llegamos a una gran casa que parecía una mansión.

Bueno, tal vez no tan grande, pero su casa podría fácilmente albergar toda una fila de casas de la ciudad como en la que yo vivía con mis padres.

—Dios mío, ¿cuántas habitaciones hay en tu casa?.

—Siete— Se encogió de hombros. —Eso no incluye mi oficina y mi sala de conferencias.

Levanté una ceja y me volví hacia él. —¿Desde cuándo las casas necesitan salas de conferencias?.

—Desde que empecé a usarla la mayoría de los días para mi negocio—, respondió, sin perder el ritmo. —Me permite trabajar más a menudo desde casa, así puedo estar disponible para Ariel.

—Oh.— Eso tenía sentido, y era algo muy lindo de su parte querer estar tan presente en la vida de su hija.

Josué me miró a los ojos por unos segundos más y sentí que el calor me subía por las mejillas.

—¿No vas a preguntar en qué negocio?.

—No. No quiero parecer entrometida.

Se rio. Y miré por la ventana para ocultar mi cara.

—Soy el dueño de Crawford Enterprise. Hacemos muchos contratos para empresas de tecnología e ingeniería informática para empresas de alto nivel.

—¿He oído hablar de Crawford Enterprise!— En cuanto lo dije, me sentí tonta por estar tan emocionada, pero no podía creerlo.

Mierda, ¿era el dueño de Crawford? Eso significaba que este hombre sentado a la distancia de mis brazos era probablemente un multimillonario.

¿Cómo alguien como yo terminó sentada en un auto a su lado?

Supongo que a veces incluso los multimillonarios van a los clubes de striptease, me respondí inmediatamente, en mis pensamientos.

—Pareces sorprendida—, dijo.

Sólo meneé la cabeza.

Salimos del coche y Ariel corrió a mi lado, agarrándome de la mano para

llevarme con ella.

Unos segundos después, estaba en la puerta de la casa... de un hombre muy rico, de ensueño. Iba a echar un vistazo a la vida personal que casi nadie podía ver, la vida de los súper ricos, que no tenían preocupaciones ni problemas en el mundo real....

Me distraje mirando hacia la parte superior del arco de piedra tallada, hasta que Josué apretó un rollo de billetes en mi mano, junto con un juego de llaves de la casa.

—¿Eh?— Era todo lo que se me ocurrió decir. Aparte de los pocos minutos que pasé anoche cerca de Josué, no estaba acostumbrada a que me dieran dinero de esta forma.

—Tengo que irme. Dejaré que Ariel te enseñe el lugar. Es una niña inteligente. El almuerzo estará en unos treinta minutos. El personal pondrá la comida en el comedor.

Me pilló desprevenida el hecho de que tuviera chefs. Pero todo sobre este hombre me tenía en un estado de sorpresa. El calor de su voz se mantuvo a mi alrededor, haciéndome sentir débil ante toda esta novedad.

Basta, Mila. Él es tu jefe. Nada más. Obviamente tiene una mujer escondida en alguna parte. O un montón de ellas.

—De acuerdo. Gracias, Sr. Crawford.

Levantó la mano. —Es sólo Josué.

—¿Adónde vas, papá?— Preguntó Ariel.

Se arrodilló y se pusieron de acuerdo. —Papá tiene una reunión súper especial con algunos clientes. ¿Recuerdas lo que hablamos, respecto del trabajo de papá?.

Ariel puso los ojos en blanco como sólo un niño de siete años podía hacer. —Yo soy lo más importante—, recitó con voz de canto, —y la mayoría de tus noches son sólo para mí, pero de vez en cuando tienes que irte a hacer algún estúpido trabajo.

Josué se rio. —No se suponía que debías citarme en esa parte, pero sí, eso es todo.

La acercó y le besó la frente.

—Sé una buena chica y no te alejes demasiado de la Srta. Mila. Es una buena mujer.

Josué me mostró una sonrisa más antes de dar la vuelta y se dirigió a su auto.

Ariel y yo lo despedimos desde el porche.

Después de perderlo de vista, Ariel se volvió hacia mí con una mueca en su pequeña boca. —No serás mala conmigo, ¿verdad?

—No, por supuesto que no—, dije, riendo. —¡Nos vamos a divertir mucho! Vamos, muéstrame el lugar, y tal vez en vez de un almuerzo normal, pidamos una enorme pizza con queso.

Ariel saltó arriba y abajo. —Siii, ¡Pizza!—

Capítulo 7

Mila

Esta casa era increíble, no había ningún lugar sencillo o humilde, todo era esplendoroso.

Ariel y yo pasamos por los pasillos, espiando en todas las habitaciones, pero la mejor parte fue el patio trasero. La piscina estaba cubierta, pero había árboles frutales y un jardín atrás con todas mis flores favoritas.

—¡Me encantan las flores moradas!— Ariel dijo mientras escogía una para entregármela. Me arrodillé y se la pasé por la oreja sosteniéndola entre su pelo.

—Esto se llama lila—, le dije. —Es muy linda y huele muy bien. Incluso hace juego con esos lindos ojos marrones claros tuyos.

—¡Eres muy amable!— se rio.

—¿Cuántos años tienes, Ariel?—

Me levanté y caminé de vuelta hacia la casa.

—Tengo siete años, ¡Papá dice que soy muy madura para mi edad!— Le tomé la mano.

—Me parece que eso es muy cierto...— En ese momento se me escapó de las manos y se topó con unos arbustos.

—Hey, espera— Miré, pero los arbustos la cubrieron y no vi adónde iba. —¿Ariel?

Ella no respondió. Le di unos segundos para responder —¿Ariel?

Ahora mi tono tenía una leve pizca de preocupación. No conocía el lugar y la niña puede haberse metido incluso en un problema. Una abeja podría haberla picado, pudo haberse escapado. Llevaba apenas unas horas como su niñera oficial y ya la había perdido.

—¡Ariel!— Grité. —Esto no es...

Tiró de mi cintura por detrás y extendió sus manos, con tres fresas enormes dentro de ellas.

Suspiré y la abracé con mis brazos. —¡Me preocupaste! No huyas así a menos que yo sepa adónde vas.

—Lo siento—, dijo ella, haciendo pucheros. Sabía cómo hacer esa mueca.

—¡Bueno, vamos, es hora de almorzar!— Dije, tomando la mano de Ariel y

metiéndome una fresa en la boca.

—Solo quédate donde pueda verte, ¿de acuerdo?— Se lo recordé.

—¡De acuerdo, Srta. Mila!

Saltó a mi lado mientras entrábamos a la casa.

Ariel corrió a su mini-patio de juegos y se sentó en algunos columpios. —
¡Empújeme, por favor, Srta. Mila!—, me pidió.

Suspiré y me acerqué para empujarla. Cuidar de Ariel fue como un sueño. Ella me trajo paz en un tiempo muy difícil para mi.

El cabello rubio y brillante de esta pequeña se balanceaba con el viento mientras ella subía y bajaba.

Sus risitas al aire me alegraron el día. Josué tenía una hija hermosa y dulce. Caminar de su mano, jugar con ella, y ver que nada de esto era tan difícil ni tan horroroso, me hizo preguntarme si alguna vez sería madre.

Nunca me había cuestionado eso, siempre pensé en los niños como una molestia, pero jamás en los míos, Ariel era educada, inteligente, simpática, alegre y eso me hacía sentir a gusto con ella. Por supuesto, con ese pensamiento en mi cabeza, no estaba prestando atención, y cuando Ariel regresó hacia mí, me golpeó. —¡Agh!— Grité.

Oops, esto fue mi culpa. Ahí estaba yo, siendo la torpe de siempre otra vez.

—¡Srta. Mila!— Ariel saltó de su columpio y se arrodilló a mi lado. —
¿Está bien?

—Sí—, dije, levantándome. Ariel me tiró del brazo.

—Vamos—, dijo ella. —Después de una caída como esa, necesitas comer. Papá siempre dice que si alguna vez te lastimas, debes asegurarte de comer para recuperar tus fuerzas.

Puso sus manos sobre sus caderas, claramente confiada en la sabiduría de su padre. Pero esa explicación solo me causo risa.

—Bueno, entonces, ¿será mejor que comamos!.

Ariel me llevó al comedor. Parecía salido de una revista de decoración de interiores. Moderna y elegante, luminosa y apacible.

Era una locura. Tenía muchas habitaciones, pero sólo él y su hija vivían acá. A menos que algunos de sus trabajadores también lo hiciera, pero aun no veía nada que indicara que una señora Crawford estuviera en la casa.

Me senté junto a Ariel, y ella señaló el asiento al final de la mesa.

—¡Ahí es donde se sienta papá!—, dijo ella. —Él es como el rey, y yo soy la princesa.

—Definitivamente todo esto parece algo digno de la realeza— concorde

con ella.

Los chefs salieron con sus platos de comida y los pusieron en la mesa frente a nosotros. Les di las gracias, pero apenas asintieron mientras volvían rápidamente a la cocina.

Había olvidado que la comida de verdad olía así. Con mi vida tan loca últimamente, todo lo que había comido eran hamburguesas baratas y papas fritas.

Tomé mi tenedor y estaba lista para comer, pero mi teléfono sonó y vibró contra mi cadera.

—¿Hola?— Yo contesté.

—Hola, ¿hablo con la Srta. Foster?.

—Sí, ¿quién llama?— Le pregunté.

—Hola, Srta. Foster, estamos comunicándonos desde el Hospital Adventista, la llamamos para notificarle que los gastos que se le cotizaron estaban equivocados. Esa cantidad sólo era aplicable a la cobertura del seguro.

Me enderecé en mi asiento y moví la ensalada en mi plato mientras Ariel masticaba. En realidad, no había escuchado ningún número real, pero probablemente pensaron que yo era mi mamá. No los iba a corregir; creo que esta era la manera de conseguir información.

—¿Eso significa que es más barato?

—Bueno, en realidad resultará ser un veinte por ciento más alto.— Se me cayó el tenedor. —¿Qué?

Esto estaba mal. Ella mencionó una lista de cifras al teléfono, cosas sin mucho sentido para mi, montos que restaba y otros que sumaba, supongo que quería explicarme, pero era demasiado. Tendría que desnudarme veinticuatro horas al día, siete días a la semana para poder conseguir esa cantidad. Y eso probablemente no sería suficiente.

Luego me dijo que, si no recibían el primer pago de 8.000 mil dólares en dos semanas, entonces ya no podrían mantener conectado a Julián.

¿Dejarían morir a mi hermano? ¿Por dinero?

—Tendré que pensar en esto y llamarte más tarde—, le dije a la mujer del teléfono.

—Está bien—, dijo ella, sonando más como una pregunta que como una frase.

Estaba segura de que estaba pensando: *¿Para qué me va a llamar?*

Realmente no había nada que decir. Odiaba sentirme tan impotente, y seguía

esperando que alguna nueva respuesta que no había pensado me viniera a la mente.

—¿Está bien, Srta. Mila?— preguntó Ariel, mirándome con grandes ojos, su tenedor congelado en el aire donde lo sostenía delante de su boca después de haber tomado un bocado.

—Eso espero—, le dije, y quise ser fuerte por ella.

Capítulo 8

Josué

Pasé unos minutos en mi auto, mirando a la puerta de mi casa como si tuviera miedo de entrar.

Ella estaba ahí dentro.

Algo en ella me había cautivado y no importa que apenas la conociera, tenía algo que me encantaba. Y no podía tenerla, lo que no era una sensación a la que estuviera acostumbrado. Normalmente conseguía lo que quería, por todos los medios necesarios.

Pero mi niña también estaba ahí, y yo sabía que me echaba de menos. Así que salí del coche y cogí mi maletín del trabajo. Antes de que pudiera llegar a la puerta, Ariel salió de la casa y me asfixió con un abrazo. Estaba vestida con su camisón, y aún un poco húmeda de un baño reciente.

—¡Papá, llegaste! Bienvenido a casa—, dijo entusiasmada. —¿Se quedará la Srta. Mila? Ella es tan agradable. Nos divertimos mucho juntas.

—Ya veremos. La Srta. Mila es una persona maravillosa, ¿no?.

Mila seguía de pie en la puerta con las manos juntas, esperando pacientemente. Subí las escaleras y sonreí. —Espero que las cosas hayan ido tan bien como Ariel dice.

—Sí, ella es la niña más respetuosa que he visto en mi vida. ¿Cómo lo hiciste?.

No me contestó, probablemente pensando que era una pregunta retórica en forma de cumplido. Pero me estaba preguntando seriamente. ¿No había una madre en la foto?

Caminamos por el pasillo de entrada y Ariel se adelantó e hizo una línea de abejas para las escaleras.

—¡Estaré en mi cuarto de juegos!

—¡Espere un momento, señorita!— espetó Mila, arrodillándose para hablarle a mi hija. —¿Recuerdas lo que dijimos sobre esperar a tu papá?

Ariel se acercó mas a ella. —¿Que sólo podía quedarme despierta esperando hasta las nueve?

—Correcto—. Mila asintió solemnemente. —¿Y qué hora es?

—Um... ¿20:40?— dijo mi niña mirando el gran reloj en la sala.

—Correcto. Entonces, ¿cuánto tiempo tendrás para jugar?

Ariel arrugó la cara, pensando en ello —¿Veinte minutos?

Me crucé de brazos y miré a Mila, que miraba a Ariel con tanto cuidado, y contemplé la escena mas curiosa que pude imaginar.

—Así es. Buena respuesta. Veinte minutos hasta que se apaguen las luces—, dijo Mila estando de acuerdo con mi hija. —¿Pero quieres que tu papá te lea un cuento?

—¡Sí, sí, sí, sí!— Ariel se teletransportó hacia mí saltando con sus manos juntas en suplica.

—¿Y si decimos diez minutos para jugar, y diez minutos para un cuento y acurrucarse en la cama?

—Está bien, Srta. Mila.— Volvió a Mila y la besó en la mejilla, y luego me dijo por encima del hombro: —¡Nos vemos en diez minutos, papá!

Levanté una ceja mientras Mila se enderezaba desde su posición. — ¿“Acurrucarse a la hora de dormir”?

Mila se rio. —Abrazos, besos, ese tipo de cosas.

—Por supuesto. Sé lo que significa eso y me encanta— le dije —Pero, ¿como lograste esto?

—Yo... um, no me dijiste cuando era su hora de dormir, o que tan tarde llegarías, y como mañana es día de escuela, pensé que no debería quedarse despierta más tarde de las nueve.

Ella me miró con indecisión, a través de sus gruesas pestañas. —¡Intentó que le prometiera que la dejaría quedarse despierta hasta que llegaras a casa, pero yo no iba a caer en esa trampa!

Sonreí irónicamente. —Sí, a veces puede ser demasiado lista para su propio bien.

—No la culpé por intentarlo—, dijo ella riendo. —¡Pero pensé que sería mejor cerrar el trato!

Podía verlo ahora, mi pequeña abogada en formación tratando de negociar una hora de acostarse inespecífica, y la imagen me hizo reír también. Y luego me hizo recobrar el aliento, porque ¿cuándo había tenido un placer tan simple, disfrutando de mi hija con alguien que también disfrutara de ella?

No quería que Mila se fuera. No solo por las emociones que me daba a mi, sino por que resultó ser lo que esperaba: alguien buena para mi hija.

Era cierto que solo había sido un día pero me bastaba y me sentía pagado al ver a mi hija feliz. De conversar con alguien de las trivialidades de ser padre sin sentir que todo era formal.

Mis ojos miraban la silueta de su cuerpo. No pude evitar recordar cómo se veía mientras estaba de pie en el escenario o sentada en mi regazo, usando sólo sus bragas rojas.

Hacía tanto tiempo que no hacía el amor con alguien. E incluso cuando tenía una pareja, era más una lucha de poder que un acto de amor. Pero aquí, frente a mí, había un manantial de juventud, una mujer sin motivaciones ocultas, sin ningún juego que quisiera ganar.

La imagen de su cuerpo casi desnudo, de piel pálida resaltada por la lencería roja, bailando cautelosamente frente a todos esos hombres, volvió a mi cerebro y no se me fue. Quería reclamarla, con fuerza, justo aquí. Quería ser el único hombre que se la llevara, que la tuviera, que se la quedara.

Capítulo 9

Josué

—Mila—, dije. Mi voz era áspera y un poco tosca. Tuve que aclararme la garganta. —No quiero que vuelvas a bailar en ese lugar.

Una mirada de tristeza cruzó su rostro, pero todo lo que hizo fue levantar una ceja. —¿Disculpa?.

—Yo- ah.— Me metí las manos en los bolsillos. Probablemente no debería haberle dado una orden como esa para comenzar esta conversación. —Quiero decir, no creo que debas hacerlo. Eres demasiado inocente y sana para estar ahí. Un lugar así puede arruinarte.

—Ojalá no tuviera que hacerlo—. Se encogió de hombros y se volvió hacia la sala de estar. —Pero necesito el dinero. Es verdad, no es por darte lastima, ni tampoco es una excusa para ir a ese lugar y sacarme la ropa por gusto, es solo por el dinero.

No es que necesitara los detalles, pero entendía que eso era lo que la motivaba a hacer las cosas como las estaba haciendo. Me moví para alcanzarla.

—¿Por qué? ¿Cómo puedes necesitar tanto el dinero?

—Ya te lo he dicho— Se movió por la habitación, recogiendo los pocos juguetes que aún estaban tirados por ahí. —Mi hermano está en el hospital y mantenerlo conectado es muy caro. Y los hospitales lo dejarán morir si no les pagamos.

—Mila, quédate...

Maldita sea, estaba yendo demasiado lejos, quizás debía pensar esto mejor, pero había formado una empresa exitosa en base a mi buen juicio y presentimientos sobre las personas, y con ella me parecía que estaba en lo correcto. Debía tenerla cerca, quizás hasta la salvaría de un final horrible en ese bar. O quizás ella me entregaría la paz que no he logrado tener, después de verla manejar a mi hija, estaba seguro que esta chica era especial.

—¿Qué?—, dijo ella, retrocediendo. —¿Quedarme? ¿Aquí?

—Déjame pagarte, tendrás un buen sueldo por el trabajo. Amo a mi pequeña y no escatimo en gastos cuando se trata de su cuidado. Dime lo que necesitas.

Me miró fijamente por un momento, y luego agitó la cabeza.

—No puedo dejarte hacer eso, es demasiado. Puedo hacerlo con mi... ¡Woah! ¿Qué estás haciendo?— La tomé del brazo llevándola por las escaleras lo suficientemente rápido como para no dejarla pensar mucho mas. Una vez que llegué a una habitación libre, la más cercana a mi habitación, la dejé frente a la puerta y la abrí.

—Esto será tuyo. Te pagaré cuatro mil dólares a la semana. ¿Es eso suficiente? Puedes quedarte aquí.

—¡No, no puedo!

La jalé por la cintura y ella jadeó. Su esbelta espalda contra mis manos me quedaba tan bien.

—Mila. Quédate.— Mis ojos estaban puestos fijamente en los suyos, necesitaba convencerla de que no se fuera. Ya me había decidido y no me daría por vencido.

Ella permanecía quieta en mis brazos, mirándome a los ojos, suspiró y relajó sus hombros.

—¿Por qué no vas a acostar a Ariel y lo discutimos?— Ella me alejó, suave pero firmemente —Nos vemos en la cocina.

Parpadeé. —¿La cocina?

—Bueno, ¿en qué estabas pensando? ¿La sala de conferencias?— Ella resopló una carcajada. No pude evitar apreciar su sentido del humor, incluso en un momento tan loco como éste.

—Bueno, por eso la tengo, para tener conferencias.

—Um, no. Cocina. Tómate tu tiempo. ¿Has comido?

—Sí.

Sacudí la cabeza ante el recuerdo de mis nuevos clientes que pedían bebida tras bebida en nuestra llamada cena de negocios. Había conseguido los contratos, pero también había tenido que llamar a un taxi para llevarlos de vuelta a su hotel. Me sentía cansado, pero no lo suficiente cuando se trataba de mi hija.

—Bien. Ve con Ariel. Estaré esperando en la cocina.

Ella me dio la espalda y camino un poco mas antes de parar a recoger algunos lápices de colores que estaban por el suelo, así que salí para buscar a mi hija.

Un cuento y varios mimos más tarde, Ariel estaba durmiendo en su cama y yo me dirigía al lugar de encuentro.

—Cuatro mil dólares—, comenzó. —Eso es mucho. Tengo algunas preguntas.

—Por supuesto.

No conocía los detalles de su hermano, pero ya sabía que era lo más importante para ella en este momento y no quería aprovecharme de eso, pero tampoco quería que ella por esa razón vendiera su cuerpo o hiciera cualquier cosa, yo la quería para bien, y me esforzaría para que ella lo supiera y se quedara.

—Lo primero ¿Cuál es el horario?— soltó con preocupación —Tengo disponibilidad, pero ¿tendré tiempo de ir a ver a mi hermano todos los días?.

—Por supuesto. Ariel estará en la escuela la mayor parte del día, así que ese tiempo es tuyo hasta que ella salga. La mayoría de las veces, tendrás los fines de semana libres, a menos que tenga que ir a un viaje de negocios. Si estoy en casa, eres libre de tener tu privacidad.

—Y tú querrías que yo... ¿qué? ¿La recoja de la escuela, vigilarla después, asegurarme de que coma y dirija las actividades nocturnas hasta que llegues a casa?.

—Más o menos. El personal viene solo por horas, no necesito más de ellos, así que esencialmente ellos se encargan de la mantención de esta casa, pero no permanecen aquí. Tú sin embargo deberías estar para Ariel todo el tiempo, en cualquier momento y suplir cualquier necesidad que ella tenga—. Me levanté y fui al armario donde se exhibía una jarra de whisky.

Ahora que estaba en casa, podía disfrutar de un trago. Tal vez me aliviaría la quemadura que sentía cada vez que pensaba en tener a Mila en mi casa, sin poder hacer lo que realmente quería. No era un imbécil, respetaba a la chica, pero era una mujer de todo mi gusto.

—No tengo coche.

Oh, sí. Lo había olvidado. Ella estaba acostumbrada a andar en autobús, pero no podía exponer a mi hija a lo mismo, no por un tema de clases, sino por qué mi hija no estaba acostumbrada a ese ritmo, podía ocurrir un accidente o caerse y nadie iba a responder, no quería que les ocurriera nada, además, yo tenía un par de autos en la cochera que no usaba.

—Tengo un par disponibles. Puedes elegir uno de esos y haré que te agreguen al seguro. Quiero que compres un asiento booster nuevo para Ariel, para que haya uno en cada auto en el que ella se movilice.

—Oh, claro—. Ella asintió sarcásticamente. —Escogeré uno de tus autos extra.

La miré fijamente, con el ceño fruncido. —¿Hay algún problema? ¿Quieres que te compre uno nuevo?

Lo haría, por supuesto, solo para ver su cara.

Ella se rio. —¡Por supuesto que no! Es sólo que, la mayoría de la gente no vive así.

—¿Cómo?

—Como ser capaz de decir que tienes unos cuantos coches extra por ahí, y luego dárselos a la gente como caramelos.

Sonreí irónicamente. —No, supongo que no. ¿Alguna otra pregunta?.

—Sólo una. Vale, bueno, tal vez dos.

—Ve al grano. ¿Qué es?

—¿Realmente esperas que viva aquí?.

Dudé. No era estúpido, no podía tener una relación con Mila sin arriesgar a mi hija, así que tenerla cerca sería una tortura. Deliciosa y excitante tortura... Ella sería mi deliciosa tentación, no había como describirla de otra manera. Pero esto no solo se trataba de mí. Mi hija era principalmente el tema, yo estaría pagando una buena suma por sus cuidados (eso le ayudaría a ella con los gastos de su hermano que era algo que también quería hacer), así que por lo menos necesitaba el compromiso de contar con su servicio siempre que fuera necesario. La última niñera, era una mujer vieja y ya no tenía la energía para tratar con Ariel, mi hija se aburría demasiado y finalmente la mujer se retiró. Dejé pasar el tiempo y cubrí la falta de la mujer, pero no siempre puedo estar, tengo un negocio que dirigir y no puedo contratar niñeras cada vez que salgo a última hora, uno no sabe quien puede llegar.

—Sí—, dije, tratando de sonar más como un macho alfa exitoso y menos como un adolescente enamorado. —Mi horario puede ser irregular, y si me llaman tarde, o incluso temprano, no quiero dejar sola a Ariel, y puede que no tenga tiempo para esperar a que llegues aquí. Quiero que sepa que uno de nosotros siempre estará con ella.

—Es justo—, dijo ella, su boca se retorció un poco. Me preguntaba qué más estaba pasando en su cabeza.

—¿Una pregunta más?— le dije, intentando abrir la puerta para que me dijera lo que fuera.

—De acuerdo. ¿Cómo encaja la madre de Ariel en la foto de la familia?

Exhalé en mi vaso de Whisky —Eso es complicado.

Levantó las manos. —No estoy tratando de ser entrometida. Quiero decir, tu negocio privado es tu negocio privado. Eso está bien. Pero probablemente necesito saber un poco para cuidar de Ariel, y responder a las preguntas si ella las hace.

—Sí, tienes razón.— Pensé en servir otro whisky, pero en su lugar puse la copa de cristal cuidadosamente en el fregadero y regresé al taburete junto a Mila

—Así que...— insistió ella.

—Su madre y yo estamos en las últimas etapas de nuestro divorcio. Ambos estamos demandando por la custodia completa, pero ella...— Dios, ¿cómo decirle algo de esto sin involucrarla en el tema? Me metí las manos por el pelo. —De todos modos, Ariel va a su casa todos los viernes por la noche y vuelve aquí el domingo por la mañana. A veces nos coordinamos cuando ella no la puede tener y Ariel se queda en casa. Intentaré ser yo quien la lleve o la recoja para que no tengas que lidiar con eso.

Me miró durante un largo minuto. Cuando empezó a jugar con sus manos, lo supe. Ella iba a estar de acuerdo.

—Claro, está bien. Veamos cómo resulta esto.

—Bien—. Soplé un gran aliento. Al menos esta parte de mi vida se estaba juntando. —Genial, Ariel se sorprenderá gratamente al saber que te vas a quedar por un tiempo. ¿Por qué no vamos a mi garaje y elegimos un coche para que puedas moverte mañana?

Capítulo 10

Josué

Me impresionó mucho que Mila eligiera el Audi, uno de los coches más seguros del mercado, y no el coupé o el Jeep, ya que la mayoría de las chicas probablemente pensarían que eran más lindos. Después de situar a Mila, me encerré en mi oficina y me obligué a trabajar. Ella me pidió el espacio para poder comunicarse con su familia respecto que no dormiría en casa por su nuevo trajo y claramente la dejé.

Saber que Mila estaba al final del pasillo, prácticamente al alcance de la mano, era demasiado. La noche se había instalado y hacia que las cosas se volvieran de alguna manera un poco mas sensuales.

Quería acercarme a ella y vigilarla. Quería presionar mi oído contra su puerta y escuchar todos esos sonidos que significan que una mujer estaba en la habitación - su voz baja y dulce, su respiración...

Me froté la entrepierna y suspiré. Después de Margot, pensé que había perdido todo el gusto por volver a amar a una mujer. Mucho menos para el sexo, lo que me facilitó aceptar la insensata estipulación de Margot de que no saliera con nadie mientras Ariel vivía conmigo. En ese momento pensé que sería un pequeño sacrificio por tener a mi hija.

¿Pero Mila? Esta chica había devuelto el calor a mi mundo, me provocaba, era tentadora y cautivante. Sentía que quería mas de ella y no poderlo tener me volvía loco.

Mi pene estaba en una situación complicada, mis emociones por Mila eran lo mas primitivas que había experimentado. La lujuria era una de ellas - siempre había apreciado a las mujeres hermosas de una manera sexual, como cualquier otro hombre heterosexual- pero esto iba más allá. Me estaba obsesionando con ella. Con cada detalle de su rostro, con repetir en mi mente una y otra vez su imagen en el bar, semi desnuda y eróticamente perfecta. Incluso verla interactuar con mi hija me hacia desearla mas, no podía encontrar la falla en ella, era la tentación mas grande y ahora estaba en mi casa, viviendo.

Por eso me enterré en correos electrónicos y papeleo.

Esta gente iba a pensar que yo tenía un robot para responder tanto correo.

Rara vez alguien recibía un mensaje mío. Normalmente eran mis asistentes o, si era lo suficientemente urgente, una llamada telefónica.

De repente, golpearon, captando mi atención, desde el otro lado de la puerta.

Los pequeños y suaves golpes en la puerta doble de roble sólo podían venir de una persona pequeña y hermosa. Me tomé un respiro para calmar mis palpitaciones antes de que mi hija entrara en la habitación.

—Adelante, Ariel.

Sonreí mientras ella abría la puerta y entraba con su osito de peluche favorito abrazado a ella en sus brazos. Su aliento se agitaba y las lágrimas caían por su pequeña cara.

—¿Qué pasa, cariño?— La recogí y la llevé al sofá pequeño.

—Tuve una pesadilla—, sollozó.

—¿Qué era?

Ella abrazó a su oso y se acurrucó en mi hombro. —¡Tuve un sueño en el que mami trató de alejarme de ti! Traté de correr, pero ella me arrastraba por el brazo—, explicó asustada. Sus párpados mojados revoloteaban mientras me miraba. —No vas a dejar que haga eso, ¿verdad? No quiero vivir allí, ¡quiero estar contigo, papá!— Se inclinó y la abracé.

¿Que mas podía hacer?, no podía decirle nada. Pero esto solo me aclaraba una cosa: debía contener mis deseos.

Mi hija me necesitaba. Tenía que salvarla de esas pesadillas que podían hacerse realidad si no tenía cuidado.

—No, papá nunca dejará que eso suceda.

La mecí en mis brazos hasta que sus lágrimas se calmaron y su respiración se relajó.

—Gracias, papi—. Ella me miró de nuevo. —Quisiera tener una mamá como Mila. Ella es agradable y cariñosa. Ella me enseñó un par de juegos hoy.

—Mila se alegraría de oír eso—, dije y me puse de pie —¿Qué te parece si se queda con nosotros? Quiero contratarla para que sea tu niñera, y cuidarte cuando yo esté en el trabajo.

Su cara aún estaba manchada de lágrimas, pero su sonrisa iluminó la habitación. —¡Sí! ¡Papá me encanta la idea de que se quede! Prometo portarme bien para que nunca se vaya.

Ariel se puso de pie y relajó el agarre de su osito de peluche. —Te quiero, papá. ¿Nos acurrucamos para dormir?

Me reí y la llevé a su cuarto. Mila ya había cambiado la forma en que

hablábamos, con su frase “Acurrucarse a la hora de dormir”.

Era juguetona y atenta, se había llevado bien con Ariel y estaba generando un vínculo de cariño. Mila tenía talento para esto.

—¡Vamos a arroparte como un burrito!— Ella se rio mientras yo la metía en su cama.

—¡Buenas noches, papá!

—Buenas noches, princesa.

Dejé su puerta abierta de la manera que a ella le gustaba y regresé a mi oficina.

Mila...

No estaría de más comprobar cómo está, asegurarme de que se está adaptando bien, decirle tal vez que no sienta vergüenza de andar por la casa con tranquilidad o pedir lo que necesite. Así que fui a su habitación, que estaba entre la mía y la de Ariel.

Golpeé la puerta suavemente. La mayoría de las mujeres jóvenes de su edad se quedaban despiertas hasta tarde, ¿no? Aunque ella era una excepción a todas las reglas, así que probablemente estaba dormida.

Golpeé nuevamente, esta vez poniendo atención a cualquier ruido, con mi oído muy cerca de la puerta. Al no recibir respuesta. Silenciosamente, giré la perilla para ver si estaba en su habitación.

No quería imaginármela dormida, tal vez descubierta porque no podría responder por mi miembro. Sólo quería ver si había un bulto en la cama, una indicación de que estaba sana y salva. Mientras empujaba la puerta me percaté de que su cama parecía lisa, plana. Así que, lo abrí un poco más y miré a hurtadillas.

Ella se había ido.

—¿Mila?— Grité en voz baja. —Mila, ¿estás aquí?— El silencio era la única respuesta.

No era como si tuviera que tener mi permiso para irse, pero una parte de mí se sintió insultada, herida porque se fue y ya era muy tarde por la noche.

Cálmate, por favor. Ella puede cuidarse sola. Pero, ¿por qué no dijo nada?

Volví a mi oficina y cogí mi teléfono móvil, donde ya había introducido a Mila entre mis contactos.

El teléfono sonó un par de veces y luego me mandó al buzón de voz. La llamé otra vez, pero ahora dejaría un mensaje en su buzón

—¿Dónde estás, Mila? Llámame para saber que estas bien.

El reloj de mi escritorio decía que eran casi las once. *¿Quizás fue a su casa a buscar algunas cosas más para traer? No, no tenía coche.*

Maldita sea. A pesar de que Ariel estaba dormida, me preocupaba que, si iba a buscar a Mila, se despertara de otra pesadilla.

Si yo no estuviera, ella entraría se asustaría en verdad. Y como, a diferencia de su madre, yo era un buen padre, sabía muy bien que siete años era una corta edad para dejarla sola por la noche.

Me levanté de mi asiento y fui a ver cómo estaba.

Se veía tan tranquila y serena. Puede que tuviera al menos una hora. Ariel normalmente dormía toda la noche. Pero sus pesadillas estaban aumentando recientemente, y no sabía por qué.

Sin embargo, ahora tenía que preocuparme por Mila. Ella no había conducido hasta aquí antes y no sabía el camino y estaba seguro de que no había usado mi auto o ninguno porque lo hubiera sentido. Miré por la ventana para comprobar que mi auto estaba estacionado y fue entonces cuando la vi, caminando por la entrada, podía verla encorvada de frío.

Ni siquiera llevaba una chaqueta gruesa. ¿Qué demonios había estado haciendo?

Capítulo 11

Josué

Corrí a mi armario, saqué una de mis chaquetas y salí corriendo.

—Mila, ¿por qué estás aquí a esta hora de la noche?— Le pregunté, corriendo hacia ella.

—Oh. No puedes tener todo bajo tu control.

—Que significa eso—, dije con un tono brusco y esperaba que entendiera que su respuesta no era adecuada, yo estaba realmente preocupado. —Entra—, dije más suavemente. —Vas a coger un resfriado aquí fuera de esta manera.

—No, no lo haré—, dijo ella aun temblando.

La llevé adentro y le froté los brazos para que se calentara. Prendí la calefacción, pero su piel aún estaba fría.

—Oh, ¿en serio? Menos mal que no tienes ya la nariz goteante, entonces...

—Para—, murmuró ella. —Los resfriados son virus. Sólo puedes cogerlos de otra persona, no del aire frío.

—Me corrijo—, dije, llevándola de vuelta a la cocina. —Mila, por favor, si vas a estar fuera hasta tarde en la noche, por favor hazme saber a dónde vas. Solo no me preocupes.

Ella evitó mirarme. Algo estaba pasando. —Lo siento, tenía que visitar a mi hermano, para asegurarme de que estuviera bien.

Su cabeza estaba baja. Incluso con la luz tenue, podía ver la curva de su cuello y mejilla. Ella estaba ocultándome algo.

—Déjame acompañarte a tu habitación—, le dije, doblando mi codo para que ella pudiera sostenerlo.

Sé que parecía muy romántico o una actitud de caballero, pero lo mantuve ahí y ella se aferró —Gracias.— Me miró a través de sus pestañas. —De hecho, ya olvidé donde queda.

—No te preocupes, puede pasar.

Visitando a su hermano. Eso no parecía probable. Conocía muy bien las reglas del hospital, no dejaban que la gente los visitara y se quedaran después de las nueve. Ya eran más de las once.

Llegamos a su puerta, y todavía estaba aferrada a mi brazo. —No fuiste caminando, ¿verdad?

—¿Oh? Um, no...

Suspiré y crucé los brazos. —Mila, la verdad.

—Bien, tomé un taxi hasta allí, pero volví caminando. Fueron sólo treinta minutos...

—Eso es peligroso.— Mi voz se volvió fuerte. —Este camino no fue construido para peatones. Te di un coche...

—¡No, no podría hacer eso!— Agitó la cabeza con vehemencia. —Eso no es para mi uso personal. Ya estás haciendo demasiado. No quiero aprovecharme.

—Me gusta hacer lo necesario por ti. No es nada realmente.

Le sostuve los hombros, y ella me miró fijamente, enviando una cálida sensación de hormigueo a través de mi cuerpo.

Mierda.

Su presencia, el tacto suave y frío de su piel, me atravesaba como si fuera una droga ilícita.

Abrió la puerta y entró.

—¿Por qué?—, preguntó, mirando a través de la grieta que había dejado abierta. —La gente no hace este tipo de cosas a menos que...

—¿A menos que qué?— dije antes de que terminara.

Volteó la cabeza. —No importa. Buenas noches—, dijo ella, y suspiró pesadamente.

Sus ojos, la necesidad que empapaba en sus grandes y suaves ojos, era abrumadora. Ella era una criatura tierna disfrazada de fría, que había hecho casa en mis sentidos, me tenía cautivo de su belleza y preso de su hermetismo, ella estaba colándose en mis rincones como no esperaba, rápido, pero certeramente. Yo no la conocía del todo, pero la deseaba.

Y me di cuenta de que ella quería lo mismo. Ya había ido demasiado lejos, más vale que lo lleve hasta el final.

Abrí su puerta, la agarré por la cintura y la puse contra mí. Ella agarró mi camisa, tirando de ella con incertidumbre, y yo bajé mi boca sobre la suya.

Pero unos segundos durante el beso, se relajó y nos fundimos, fue apasionado y hermoso. Estaba sintiéndome como un quinceañero, embobado por ella.

Rompí el beso. —Mila, no puedo negar esta atracción hacia ti. Y aunque me está poniendo en peligro, te deseo, no quiero perderte.

Se apartó de mi mano. —¿Peligro?.

La tiré hacia mí otra vez, presionándola contra mi entrepierna. Estaba

empezando a sentir la presión de mi pene contra mis pantalones.

—El divorcio.

—¿Sigues casado?—, preguntó ella, con la preocupación cargada en su voz.

—No, separados. Hemos estado separado por casi dos años - la cantidad de tiempo legal que la corte requiere que una pareja casada con un hijo espere antes de conceder el divorcio. Pero mi ex y yo habíamos terminado antes de que comenzáramos el proceso de divorcio y no hemos tenido nada entre nosotros en todo ese tiempo. Habíamos acordado que, entre nosotros, todo había terminado, a pesar de que bajo la ley teníamos que esperar a que la corte lo hiciera oficial. Es casi definitivo, y créeme, estoy contando los días.

—Entonces, ¿por qué estar conmigo sería...

La corté con otro beso. Mirando por encima de mi hombro para comprobar si la puerta estaba cerrada, le levanté la camisa y le subí el sostén.

Jadeó mientras su respiración comenzaba a ser irregular y desesperada.

Sus dos pezones rosados y oscuros estaban atentos, endureciéndose bajo mi mirada.

—Eres preciosa—, gruñí.

Ella trató de cubrir sus bonitas tetas, pero le puse los brazos encima de la cabeza y se los chupé. Sabían tan dulces y deliciosos. Lamí el contorno de sus aureola y mordisqueé su botón.

Su cuerpo voluptuoso se arqueó en el mío. No era de extrañar que pudiera ser bailarina, con una agilidad como esa.

Deslicé mi mano por la curva de su espalda hasta su trasero mientras movía mi lengua caliente sobre sus pezones arrugados. Sus gemidos eran suaves gritos, que escapaban de su boca como mechones de aire.

Mi pene se clavó en ella y lo empujé contra su vagina para que pudiera sentir con lo que estaba lidiando. Sabía que no tendría ninguna queja sobre el tamaño.

—Oh, Josué. Oh, Dios mío—, se quejó mientras me movía hacia el otro pezón. Un destello pasó por mi mente y me obligué a abandonar el hermoso cuerpo de Mila.

Me miró de forma extraña y lloriqueó.

—¿Qué pasa?— preguntó ella, pude oírla suspirar por más. Quería más, Pero, ¿Estaba siendo egoísta?

—Mila, eres una mujer hermosa...— *Deja de hablar*, ordenó mi cerebro. *¡Estás arruinando esto a lo grande!* —Pero yo...uh...tengo un gran proyecto para mañana. Si no lo hago, podría perjudicar gravemente a mi empresa.

Lamento interrumpir esto.

—De acuerdo—. Me miró, perpleja, pero no, hasta donde yo sé, enfadada.
—Está bien. Espero que duermas un poco antes de ir a trabajar mañana.

—Lo intentaré.

Sonreí y me fui de su habitación. Mi pene estaba todavía apretado y me maldije por dejar su vagina mojada sin tocar.

Pero tuve que hacerlo. Necesitaba recomponerme y averiguar qué quería hacer. No sería justo cogerse a la niñera de mi hija sin tener un buen plan en mente. Siempre había sido un hombre organizado y demasiado preparado que pensaba y luego actuaba con rapidez y decisión.

Me tambaleé de vuelta a mi oficina y fui al baño para arreglar este palpitante problema entre mis piernas. Mila me había desequilibrado. Esto no era propio de mí en absoluto.

¿En qué mierda estaba pensando? Si el dinero pudiera hacer que el mundo se detuviera, lo tendría en pausa durante meses.

Me paré frente al espejo de pared y saqué mi miembro para acariciarlo. Estaba duro y rojo, moviéndose en mi mano mientras me masturbaba.

Pensé en cómo se sentía su cuerpo, cómo obviamente anhelaba estar con el mío.

Tenía tantas ganas de cogérmela. Apuesto a que sería por primera vez.

Mi corazón se apresuraba a pensar en tenerla a horcajadas sobre mí mientras ella montaba mi pene. Le ponía las bragas a un lado para que su vagina pudiera estar a la vista. Le metía los dedos y sentía lo mojada que estaba por mí. Luego los reemplazaba con mi pene, para que pudiera frotar el interior de ella mientras yo frotaba el exterior, su clítoris, con mi mano.

Oh, Dios mío.

Mi semen salió disparado como si se hubiera estado muriendo por escapar. Mi miembro se sacudió, satisfecho en parte, pero no completamente, porque todavía quería estar con ella. Mi mano no era rival para lo que tenía que ser su sexo completamente delicioso.

Había mucho en juego. Y lo que era peor, era que yo era el que se arriesgaba a empeorar las cosas.

Margot era del tipo celoso. Aún así, a pesar de que ella definitivamente no me quería para ella. No quería a nadie cerca de su ticket de comida. Así que tal vez era mejor si me quedaba con Mila en la tierra de la fantasía hasta que las cosas se calmaran con mi ex.

Capítulo 12

Mila

No podía dejar de pensar en él.

Mi cuerpo recordó cómo se sintieron sus labios y lengua en mis senos anoche.

¿Por qué se había detenido realmente? ¿Fue por negocios en verdad?

Me di la vuelta en mi cama y vi la hora en el reloj. Faltaban veinte minutos para las siete y mis ojos se sentían hinchados y doloridos.

Apenas había dormido en toda la noche. Cada vez que cerraba los ojos lo sentía. Quería más, mis bragas estaban mojadas y todo estaba... estaba justo así. Podríamos haber tenido sexo, pero...ugh.

Estaba pensando en ello ahora y Ariel me necesitaba. Ariel y Julián.

Así que me levanté de la cama, me saque las bragas y las deje en la canasta de la ropa sucia y me metí a la ducha, el agua caliente se sentía bien en mi cuerpo, pero antes de salir, deje caer el agua fría para desinflamar mis ojos y despertar mi cuerpo.

No sabía lo que se sentiría perder la virginidad, pero el deseo que me provocó anoche era todo lo que necesitaba para querer entregarme completamente a él.

Todo su ser me gustaba, me hacía sentir segura, confiada, deseada, me llevaba al placer con una sola mirada y era bueno, era de los tipos buenos. No solo por su inmenso amor por su hija, también por la forma en que se preocupaba de mi. Dejé mis pensamientos a un lado luego de salir de la ducha.

Al menos había podido conseguir algunas cosas de casa, así que tenía ropa limpia que ponerme. Nada sexy. Elegí un cuello de tortuga de lavanda y vaqueros negros y ajustados.

Hice algunos toques finales en mi cabello y cara y salí rápidamente de la habitación. Pasando por la de Ariel, llamé para ver si estaba despierta.

—Ariel, soy Mila—, dije. No hubo respuesta. Abrí su puerta y espí. Ella no estaba allí.

Así que bajé corriendo por las escaleras hasta el piso principal. Metiéndome en la cocina donde la vi a ella y a Josué desayunando.

—Oye, ¿nadie me despertó?— Me reí, alzando los brazos.

El desayuno olía absolutamente increíble. Tocino, huevos revueltos y fritos, unas cuantas jarras de todo tipo de jugos y cereal con yogurt.

—No quería molestarte porque no te acostaste muy temprano—, explicó Josué, levantando la vista de su periódico matutino.

—Oh, no te preocupes por eso. Estaré bien.

Me acerqué a Ariel y la saludé con un beso en la mejilla redonda de su linda carita. —Además, se supone que debo levantarme antes que tu, pequeña hermosa—. Me burlé.

Josué sonrió y tomó un sorbo de su café. Nuestras miradas se juntaron y sentí mariposas en la boca de mi estomago

Él miró su reloj y suspiró. —Ya que estás despierta, dejaré que lleves a Ariel a la escuela.

Barajó sus papeles y se levantó de su silla.

—Comienza a las ocho, así que estarás bien si sales entre las siete y media y las siete y cuarenta. He puesto el asiento del coche en el Audi, y Mila, puedes conducir el Audi en cualquier momento, tanto si Ariel está contigo como si no.

Me dio una mirada severa, y me hizo querer reír. Era tan lindo cuando intentaba ser mandón. —Ariel, sé extra buena con Mila hoy. Ahora es nuestra niñera, así que espero un buen comportamiento.

—¡Sí, papá!—, dijo ella angelicalmente.



Los días transcurrieron rápidos, mi primer pago oficial me había permitido ayudar a mi familia a mantener conectado a mi hermano. Mis papás se preguntaron de donde saqué la plata y tuve que mentir diciendo que una iglesia había aportado con el primer monto y que yo estaba trabajando para juntar el resto. Iba a ver a Julián regularmente, le hablaba y le incentivaba a que se recuperara pronto, le decía que las cosas estaban mejorando y que ya era momento de dar un poco más de él. No sé si funcionaba, pero volver a la casa de Ariel y Josué me renovaba las energías todos los días y podía llegar a visitarlo con más fuerzas y más entusiasmo cada día. La esperanza en el proceso de recuperación de mi hermano se fortalecía y eso era maravilloso. Aun no le contaba a mi hermano sobre este nuevo trabajo, pero ya era el momento. Le había dicho que había dejado lo de ser stripper y bromeé

respecto a eso, pero no ahondé mas allá.

Con Ariel nos hacíamos cada día mas amigas y era muy fácil llevar todo con ella de forma armoniosa, era un niña adorable, la ayudaba con sus tareas y hacíamos actividades juntas.

Con Josué la cosa era un poco mas compleja, sentía que nos evitábamos, aun no entendía el peligro que yo suponía, pero él quiso explicarme que era porque la madre de Ariel había puesto una clausula en sus tramites de divorcio, no me quería meter mas allá, así que corte el tema. Sin embargo, las miradas no se podían evitar, verlo como se desenvolvía como hombre de negocio y como padre era una de las cosas mas lindas que me había tocado presenciar.

Él era fuerte, dominante y controlador siempre que se trataba de negocios y trabajo, pero en casa, era sereno, con sentido del humor y atento, conmigo era un caballero, cortés y cauteloso. Su presencia llenaba la casa y nos hacia sentir especiales. Solo había pasado poco mas de una semana y ya teníamos una rutina, como una pequeña familia. Y él se robaba poco a poco mi corazón haciendo que mi atención este en él siempre que ronda cerca de nosotras y me deja encantar con su sonrisa.

No tenia idea que pasaría en el futuro, y la verdad no tenía tiempo de preocuparme ahora, pero tenia que admitir que este hombre me tenía en las nubes.

—Oh, y Mila,— comenzó Josué, palmeando sus bolsillos para verificar sus llaves, antes de salir por la puerta —La gente del teléfono estará aquí hoy. Las líneas locales están caídas, pero deberían estar arriba en dos horas más aproximadamente.

—Bien, gracias por decírmelo.

Josué me echó otra mirada y me quedé paralizada. Si tan sólo pudiera oír lo que estaba pensando.

Salió por la puerta y se fue veloz como cada día al trabajo. Ariel siguió despidiéndose hasta que su coche se perdió de vista.

No podía esperar para contarle a Julián todo esto. Probablemente hasta se burlaría de mí por tener un jefe rico.

No es que tener uno fuera malo. Solo que toda esta historia de cómo llegue a una mansión a vivir para ser la niñera de un hombre multimillonario era de no creer, algo que a la gente no le pasa habitualmente. Estaba haciendo un trabajo honrado y me pagaban mas de lo soñado, vivía en una mansión de lujo y era hasta divertido cuidar a Ariel. Quería esperar a que esto funcionara para

poder decirle los detalles, no quería fracasar en el intento por juntar su dinero, pero ya que los días avanzaban de forma tan positiva me sentía a gusto con decirle todo. Una gran parte de mi estaba feliz. Solo faltaba que mi hermano estuviera en pie y esto sería como ganarse la lotería.

Como teníamos unos minutos antes de tener que irnos a la escuela de Ariel, la llevé al jardín, donde me rogó que le enseñara más acrobacias.

Era pequeña, pero tan ágil o más que yo.

—¡Ariel!— gritó una mujer desde lo alto de la terraza. La mujer se acercó corriendo hacia nosotros, y yo me puse delante de Ariel instintivamente para protegerla.

¿Quién era esta? Josué no dijo nada de que alguien vendría por Ariel.

Era un buen padre, preocupado, en todo este tiempo siempre estaba al tanto de los horarios y actividades, por lo mismo no se le escapaban detalles cuando se trataba de la seguridad de su hija, mucho menos no decirme algo como esto.

—¿Quién eres?— me increpó la mujer. Ella gruñó y me miró como si fuera el diablo encarnado. —Eres una de las putas de Josué, ¿no? ¡Lo sabía!

—¿Disculpa? Soy la niñera de Ariel. ¿Y quién se supone que eres tú?

Ella levantó la barbilla. —Soy su madre y la esposa de Josué.

Estaba claro como el día que esta hermosa mujer estaba completamente loca. Era evidentemente altanera y podía ver en sus ojos su hambre por el dinero, su mirada estaba verde de envidia y codicia.

Ni porque estaba su hija presente se contuvo en las palabras o en su actitud déspota.

Ariel se agarró a mi brazo y tembló. Toda esta situación era tensa y muy extraña.

—Estoy aquí para buscar a mi hija. No quiero gente extraña a su alrededor.

—Soy su niñera. Le aseguro que el Sr. Crawford ha comprobado mis antecedentes y no soy una extraña.

Ariel me agarró más fuerte del brazo. —¡No me iré contigo!— fueron las palabras que salieron temblorosas de la pequeña boca de Ariel.

—Sí, tú...— Su madre empezó, pero yo la interrumpí.

—No, ella está a mi cargo y no se ira contigo. Ahora vete o tendré que llamar a la policía. Ariel tiene que ir a la escuela.

—¡Basta, mami!— Dijo Ariel, mientras la mujer se alzaba frente a mi intentado amedrentarme.

—Su padre me habría dicho que vendrías, y resulta que sé que éste no es el

día de tu custodia—, le dije. —Tienes que irte, porque él es mi empleador y el tutor legal de Ariel, y no la dejaré ir a ningún lado hasta que él me lo diga.

Podía notar como hervía en rabia, pero no me iba achicar por que a ella no le gustara como hacia mi trabajo ni que fuera a gol... ¡Hey! —¡Suéltame!— dije cuando me tomó por el brazo y me zamarreó.

Ariel gritó e intentó patear a su madre. —¡Deja ir a Mila!—, gritó.

La mujer me tiró al suelo y me abofeteó.

Mierda. No era una niñita, me crie con un hermano y sabia defenderme, así que le di unos cuantos golpes y tirones de pelo antes de que se bajara de mí y arrastrara a Ariel de su pequeño brazo llevándosela casi en el aire.

Que mierda le pasaba a esta mujer, actuar así frente a su hija, acaso ¿no se daba cuenta que el mayor dolor se lo causaba a ese pequeño corazón? No puedo creer que exista gente tan mala como para creer que pueden tomar a un niño y utilizarlo para sus juegos de grandes.

¿Que mierda pasaba en el mundo, el dinero se anteponía a cualquier cosa, esta mujer por un par de dólares en su cuenta exponía a su propia hija?.

¿Y el hospital por unos cientos podría dejar morir a mi hermano?. Dios, me sentía impotente y con mucha rabia.

No quería volverme jamás alguien como ellos. Seguro, había tenido que hacer cosas por dinero, como bailar en el caño. Pero, jamás dañar a alguien mas para conseguirlo. Hay limites.

Corrí tras ellas —¡Hey! ¡Dije que la sueltes!.

Morgan, Margot, o como quiera que se llamara, metió la mano en su bolso y sacó algo.

No sabía lo que era hasta que oí ese crujido eléctrico y sentí ese choque paralizante en mi torso.

Una pistola eléctrica.

Me caí, incapaz de moverme. Lo único que podía hacer era quedarme acostada y escuchar a Ariel llorar mientras era arrastrada por esa perra loca. No lo podía creer, que clase de mujer era esta y cuan lejos era capaz de llegar. Era un peligro para cualquier ser humano.

Pasaron unos minutos antes de que pudiera levantarme y volver a la casa. Los teléfonos seguían sin funcionar y mi celular no estaba en ninguna parte.

Fui a mi habitación a buscar mi teléfono y descubrí que estaba libre de cargos. Mierda. No había nadie en casa, el personal de aseo y jardinería llegaba mas tarde.

Sólo quedaba una opción, y era ir a la oficina de Josué. Y no sabía dónde

estaba ubicada. Aún así, tenía que poder encontrarlo, no sería capaz de quedarme aquí sin hacer nada cuando sabía que esa mujer tenía a Ariel.

Estaba empezando a caminar mejor y baje al garaje.

Siempre dejaba el Audi afuera para mí pero justo hoy no, ¿puede ser que justo pasen todas las cosas más extrañas hoy?, estaba segura de que no le importaría que le pidiera prestado su hmm, maldita sea.

¿Había ido al garaje equivocado? Sólo había un par de coches aquí, y eran Lamborghini.

Suspirando, me las arreglé para encontrar las llaves del coche colgando en la pared. No había tiempo para hacer otra cosa.

Lo abrí, me metí dentro y recé para que no tuviera palanca de cambios.

Sí, automático.

Era absolutamente impresionante estar dentro de este vehículo, y toda la adrenalina estaba corriendo fuerte por mis venas.

El coche cobró vida cuando apreté el botón de encendido y estaba listo para salir.

Tenía que tener cuidado. Este coche era un deportivo destinado a carreteras por su velocidad, no para circular por la gran ciudad con sus inclinaciones, declives y horribles agujeros que chupan el alma.

Fue entonces cuando me di cuenta. Un coche como este. Tenía que tener navegación.

Después de salir de la entrada con la precisión de un cirujano, me metí en la pantalla táctil frente a mí.

Encontré el GPS y golpeé el nombre de la compañía de Josué. Tres segundos más tarde tuve instrucciones en tiempo real.

—Gira a la derecha, y continua en línea recta ocho kilómetros—, dijo la voz cuando empecé a conducir.

Hacer zoom alrededor de los giros y curvas de la carretera debería haber sido divertido en un Lamborghini, pero no tenía tiempo para disfrutarlo, aun que no pude evitar pensar que, a Julián le hubiera encantado esto. Cuando las cosas se calmaran, tendría que asegurarme de decirle que había conducido un coche de seis cifras.

Y espero poder añadir que le di a esa mujer que se llevó a Ariel una paliza épica, tal como él me enseñó estilo lucha libre.

En veinte minutos, estaba cerca de la dirección y baje el Lambo al estacionamiento del edificio. —Disculpe, señorita, tiene que registrarse—, me detuvo un guardia de seguridad. —¡Oh, lo siento!— Corrí y garabateé mi

nombre y mis datos. —¿Sabes dónde está la oficina de Josué Crawford? Es una emergencia.

—Está en el piso veinte.

Capítulo 13

Mila

Las puertas del ascensor se abrieron y salí corriendo hacia la secretaria que estaba en recepción. Justo cuando me acerqué a ella para decirle que necesitaba hablar con él, Josué salió por una puerta lateral.

—Josu- ¡Sr. Crawford!— No quería dirigirme a él por su nombre de pila con los demás. Lo último que necesitaba eran chismes o escándalos.

—¿Mila? ¿Dónde está Ariel?

Me acerque rápidamente para estar frente a él —¡Su madre vino y se la llevó!

—¿Qué?

—¡Intenté detenerla, pero me abofeteó y me dio una descarga eléctrica!. Estaba realmente angustiada de que Ariel fuera a salir herida.

Josué corrió por el pasillo y yo lo seguí.

—¡Lo siento mucho!

—¡No te disculpes, la meteré en problemas por esto! ¡Puedes presentar cargos!

Llegamos a su oficina y arrancó el teléfono de su base, casi golpeando cada tecla mientras llamaba a alguien.

—Margot—, gruñó.

Estaba de pie, torpemente, en medio de su oficina. Me sentí inútil, tantas emociones me invadían en un corto tiempo. Era como si no pudiera proteger a nadie, ni a Julián, ni a Ariel, y lo siguiente era probablemente a Josué.

—¡No me importa! ¡Ella es la niñera y tengo un acuerdo! Si el tribunal descubre lo que tu hiciste...

Se detuvo. Podía oír la voz de Margot chillando a través del teléfono.

—Más te vale. Tienes una hora, o iré a la corte. ¿Y una pistola eléctrica? Te lo mereces si presenta cargos.

Golpeó el teléfono y se sentó en su asiento.

Josué era un buen padre. ¿Qué demonios estaba haciendo Margot? ¿Usar a su hija como una forma de lastimarlo y vengarse de él porque no quería una caza fortunas a su lado?

—¿Josué?— Mantuve mis manos juntas, escogiendo mis palabras

cuidadosamente. —¿Está bien Ariel?

Tenía la barbilla anidada en las manos y los codos sobre la mesa. —Sí, la va a traer aquí. Siento que te haya hecho daño—. Cerró los ojos y frunció el ceño.

Golpeó su escritorio con el puño y yo salté hacia atrás. Necesitaba calmarlo. Pero lo entendía, compartía ese sentimiento de no poder hacer más, o cambiar las cosas. Debía alivianar el ambiente.

—Ya sabes. Espero que no te enfades, pero tuve que tomar tu Lamborghini para llegar aquí...— Guau, cuando lo pensé, eso sólo parecía que lo enfadaría más. Quiero decir, era un coche de seis cifras, y el modelo más nuevo, además.

—¿De verdad?

Me devolvió la mirada, tranquilizándose y haciéndome sentir mejor.

—Sí, bueno, mi celular no estaba cargado. Los teléfonos no funcionaban, y yo no iba a sentarme a ver a una perra loca, es decir...perdón, como se llevaba a Ariel de la distancia. Ariel dijo que no quería ir con ella...

Bajé la cabeza. Ariel necesitaba una mamá, una buena.

—Gracias por oponer resistencia. No tenías que...

Lo miré con incredulidad. —¡Sí, claro que tenía!— Sonó el teléfono y Josué lo cogió.

—¿Hola? Sí, ahora mismo salgo—. Me colgó y me mostró una de sus sonrisas sexys

—¿Cómo está el coche? ¿Sigue intacto?—, bromeó.

—Sí, sé conducir autos bajos. Mi hermano Julián tenía uno.

Un dolor me golpeó el pecho y me costó respirar por un momento.

El coche de Julián era el que ahora estaba en un depósito de chatarra, hecho pedazos por el accidente.

—Mila, ¿estás bien?— Preguntó Josué, poniendo sus cálidas y grandes manos sobre mis hombros.

Me acarició el costado de la cara y yo suspiré.

Quería llorar. Pero ahora no era el momento de mostrar debilidad. —Estoy bien.

Cuando él salió de la oficina, yo respiré profundo, me acerqué al escritorio de Josué y tomé el teléfono. Otro pago vencía pronto, y como mi familia no me informaba sobre su estado, tenía que averiguarlo yo misma. Llamé al hospital y esperé.

La enfermera que tomó la llamada me dijo que estaba bien, pero que tenía

una pequeña complicación que estaba siendo atendida por los especialistas.

Mi mano se fue directo a mi corazón, no estaba segura de soportar mas emociones, pero me dijeron que ya estaba estable. Era sólo una reacción a una medicina que le dieron. Respiré y le di las gracias a la mujer antes de despedirme y colgar.

Pocos minutos mas tarde, la puerta se abrió detrás de mí y Ariel corrió para abrazarme. —¡Mila!— exclamó ella.

La contuve en mis brazos mientras ella envolvía mi cintura. —Lo siento—, lloró. —Esa mujer mala te lastimó.

—Estoy bien—, le aseguré. —Se necesitaría más que una loca con una pistola eléctrica para derribarme si mi Ariel me necesita.

Capítulo 14

Josué

—Mila—, dije, interrumpiéndolas. —Ustedes dos tienen que ir a casa y descansar. Lamento que te haya pasado esto a ti.

Mire a Mila a los ojos, no creía poder expresarle cuanto pesar y rabia sentía en este momento. Aun que mi primera reacción fue pensar en Ariel, también me importaba que Mila hubiera estado en una situación toxica con mi ex.

—¡Papá, mamá lastimó a Mila muy fuerte!— Ariel, se quejó. Miré a Mila, que se encogió de hombros.

—Bueno, como dije, tenía una pistola eléctrica con una buena descarga. Tal vez una bofetada o dos, nada serio...

—¿Nada serio?— Le hice eco. —¿Qué quieres decir con nada serio? Deberías presentar cargos.

—Bueno, no sabía quién era, y estaba tratando de quitarme a Ariel. Sabía que me hubieras dicho si ella venía. Era todo muy extraño y sospechoso. Aun no puedo creer que sea tu ex una mujer así.

—Desafortunadamente, sí. No sé cómo me deje engañar. Déjenme llevarlas a casa.

Le di una palmadita a Mila en la espalda y quise apoyar mi mano en su hombro.

Pero como estaba en el trabajo, tuve que dejar caer el brazo hacia un lado. Ariel se aferró a nosotros dos mientras nos dirigíamos al ascensor.

Mi niña apretó unas cuantas veces el botón del ascensor y esperamos a que llegara.

—Entonces, ¿cómo estuvo?— Le pregunté a Mila. —¿Cómo estuvo qué?

—¿Conducir el Lamborghini?

Empezó a sonrojarse todo su rostro —¡Oh, eso! Lo siento en verdad.

Sonreí. —No hay nada de qué lamentarse.

—Es un coche muy caro y podría haberle hecho daño.

—Tengo seguro. Además, apuesto a que te divertiste.

—Estaba demasiado ocupada entrando en pánico para divertirme; como lo merecía un auto así.

—Por supuesto.

El ascensor llegó, sonando para señalar su llegada. Ariel corrió hacia donde la luz del ascensor brillaba y esperó contra las doradas puertas reflectantes. Se abrió, y ella se subió.

—Después de ti—, dije, asegurándome de que ella estuviera dentro.

Bajamos al nivel inferior y vi que Mila había aparcado mi Lamborghini azul marino junto a mi coche. Buena idea.

—¡Papá! ¡¿Es el Lammy?!— dijo Ariel, corriendo hacia el Lambo.

—Cabalga muy suave—, comentó Mila.

—Ciertamente. Un buen coche. Modelo de edición limitada también.

Mi teléfono sonó en mi bolsillo. El identificador de llamadas decía que venía de la oficina.

—¿Sí?— Yo contesté.

—Sr. Crawford, los Mizamotos acaban de llamar para decir que llegarán temprano para su reunión de las dos y media con usted.

—Gracias, Srta. Chávez.

Colgué y suspiré. —Maldita sea—

—¿Qué pasa?—, ambas miraron en mi dirección.

—Déjenme llamarles un taxi. Tengo una reunión a la que asistir.

Mila se rio. —No podemos dejar al Lamborghini aquí sentado. Déjame llevar a Ariel de vuelta, estaremos bien. Esta vez tendré un bate esperando a Margot si aparece—. Ella movió sus manos como si estuviera bateando un jonrón. Y también tenía un buen swing.

—Nunca quise que tú también fueras guardaespaldas—, le dije. —Puede que tenga que darte un aumento por eso. Bien, diviértanse y por favor tengan cuidado—. Me metí la mano en el bolsillo, saqué la cartera y aguanté un par de cientos.

—Esto es por todos los problemas por los que pasaste. Gracias.

Mila sonrió. —No, gracias. Pero...— Me quitó el dinero de la mano, sonriendo: —Me detendré en el camino y conseguiré un nuevo asiento booster antes de irnos a casa. Supongo que está bien si se queda en casa y no va a la escuela hoy ¿Verdad?—. Yo asentí y ella se volvió. Tomó de la mano a Ariel. —¡Vamos, vamos a montar el Lamborghini y la pasaremos increíble, Ariel!.

—Sin exceso de velocidad—, le recordé.

—No puedes controlarlo todo, ¿lo sabías?— Se volteó para guiñarme el ojo —Tranquilo, nunca pondría en peligro a esta dulzura.

Luego de cerrar la puerta de mi hija y subir al vehículo, vi como se iban

rápidamente.

Ahora podía concentrarme en mi ira. Todavía estaba hirviendo dentro de mí que Margot pensara que podía entrar en mi casa y robarme a mi hija. Y fuera de eso, hacer una escena violenta frente a ella con mi niñera, con mi Mila.

Cuando regresé a mi oficina, recogí las carpetas y los papeles para la reunión que estaba por empezar.

Se suponía que mi mente estaba en el negocio, tenía una compañía de mil millones de dólares que dirigir.

El éxito era trabajo constante y perseverancia, si uno de esos factores fallaba, se iba todo al carajo. Necesitaba estar trabajando para que el éxito se hiciera visible en mi empresa, pero lo que Margot hizo fue imperdonable. Todo lo que hizo fue imperdonable. Mis puños descansaban sobre mi mesa, y mi cuerpo estaba tenso. Ella quería dinero, quería tener control sobre mí. Si Mila no hubiera estado allí, ¿qué le habría hecho a Ariel?

Mis pensamientos me traicionaron y arrasé con mi brazo el escritorio. El teléfono, un teclado y algunas otras cosas cayeron al suelo.

Un par de golpes sonaron en la puerta y agité la cabeza intentando recuperar la compostura. Cuando abrí la puerta, era mi secretaria, la Srta. Chávez.

—Señor, ¿está bien? Intenté llamar, pero tu teléfono no funcionó.

—Está bien, saldré en un segundo, no te preocupes—. Cerré la puerta y fui a buscar las carpetas que todavía estaban en su lugar. Recogí un par de cosas y conecté el teléfono nuevamente.

Ahí estaba otra vez, el tenue rastro del perfume floral de Mila. Permitiendo que mi mente descansara sobre ella, esa respiración de su aroma me trajo un breve momento de tranquilidad. Cuidó de Ariel como lo haría una madre de verdad, sin importarle su propia vida.

Pasé junto a mi secretaria y ella levantó su mano para llamar mi atención. —Eh, Sr. Crawford. Lo siento mucho. Los Mizamotos acaban de llamar de nuevo. Tuvieron que cancelarlo. Dijeron que surgió una emergencia y que llamarán para ponerse en contacto y reprogramar la cita.

—Bien, gracias, Srta. Chávez, por favor encárguese de que eso sea re agendado.

Volví a mi oficina, los restos de mi ira aún permanecían en el aire. Terminé de acomodar mi escritorio y me senté, sacando mi teléfono para asegurarme de que Mila y Ariel estuvieran bien.

El teléfono sonó un par de veces, y ella contestó —¿Mila?

—Oye, Ariel me tiene en alta voz el teléfono. Ya casi estamos en casa.

¿Algo va mal?

—No, sólo llamé para ver cómo están ustedes dos.

—Estamos bien. Gracias

—¡Hola, papá!— Ariel añadió. Podía verla sonreír en mi mente.

—Hola, princesa. Bueno, no dejes que te quite el tiempo. Ten cuidado en la carretera.

—Lo haré. Nos vemos luego.

Colgué y encendí mi computadora.

De una forma muy poco común en mi vida, hablar con Mila me dio motivación. Algo raro sucedía cuando ella estaba cerca, o sentía su perfume, o escuchaba su voz, ella me sonreía y me sacudía por dentro, me daba calma y esperanza, incluso pensar en ella hacía que sintiera que podía seguir adelante, por más, porque quedarse atascado en las payasadas de Margot no me iba a llevar a ninguna parte, en cambio saber que Mila y Ariel me esperaban en casa le daba un sentido extraordinario a mis días.

Pasaron un par de horas mientras me ocupaba de algunos asuntos importantes que requerían mi firma personal, cuando sonó el teléfono.

—Manuel, ¿qué pasa?— Me incliné hacia atrás en mi asiento y miré por la ventana de mi oficina.

Manuel, era mi abogado desde hace mucho tiempo, nos conocíamos bien y era él quien llevaba el trámite del divorcio.

—El abogado de Margot acaba de llamar. Ese maldito bastardo. No me gusta él, puedo sentir como esta siendo manipulado, podría apostar que ella se esta acostando con él.

—Ve al grano, Manuel. ¿Qué está pasando?.

—Su abogado me dijo algo de que Margot está enfadada por *ciertas situaciones*. Quiere obtener la custodia completa. Sabía que iba a hacer algo antes de que el divorcio fuera definitivo. Dos años y ahora decide actuar como una madre.

Mi mirada se desplazó desde el cielo, hacia los edificios y las calles bajo mis pies. Mi oficina tenía ventanas de piso a techo, no era para los débiles de corazón o los que temen a las alturas, mirar desde mi piso toda la ciudad era algo que aliviaba mi estrés.

—Nunca fue madre. Ariel no es más que una tarjeta de crédito para ella. Las cuerdas que puede tirar para hacerme bailar según sus exigencias. De todos modos, sé todo eso, ella ya me había advertido, lo sabías— Me levanté y caminé hacia la ventana, metiendo una de mis manos en el bolsillo. Las

carreteras estaban muy transitadas. Gente que vivía vidas fáciles, gente que estaba pasando por un infierno. Y hasta aquí arriba, el infierno se las arregló para encontrarme.

—Bueno, nosotros nos encargaremos de esto. No se saldrá con la suya. Eres un buen padre, y eso es algo que rara vez veo en mi trabajo hoy en día. Déjame a mí.

Mi agarre alrededor del teléfono se intensificó. —Quiero una orden de alejamiento—. Si Margot quería hacer algo más como lo de hoy, tenía que pagar el maldito precio. No podía comportarse como una loca y no tener consecuencias.

—Trabaja en ello, veré que antecedentes usar.

—Ella atacó a mi niñera—, gruñí.

—¿Niñera? Dios, Josué. Deberías haberme dicho que contrataste a una niñera. Apuesto a que también es una chica guapa, sexy y joven. Y probablemente tú también te acuestas con ella, ¿no? Debe ser por eso que está tan enojada. No es que sea asunto suyo.

—No lo es. Y yo no me acuesto con ella— Me sentí aliviado de poder decir eso. —Pero ella cree que cualquier otra cosa que no sea Ariel y mi trabajo es una amenaza para su ticket de comida mensual.

Volví a mi silla y me giré hacia mi computadora. Tenía dinero que ganar y una familia que proteger.

—Ni siquiera lo está escondiendo, es una interesada, eso no cambiará. Bueno, déjame hacer mi magia. Mira, ayudaría mucho si puedes hacer que la niñera presente cargos. Y asegúrate de aumentar tu seguridad en la casa.

Me toqué los labios con la pluma. Necesitaba una puerta mejor y algunas cámaras adicionales. —Lo haré—. Dije y colgué el teléfono.

Si Margot había sido lo suficientemente valiente como para ir a mi casa y llevarse a Ariel, y además golpear a Mila, estaría lo suficientemente loca como para hacer algo aún más arriesgado.

Capítulo 15

Josué

—¿Mila? ¿Ariel?— Llamé, buscando a mis dos personas favoritas en mi vida. —Mila, Ariel— Volví a gritar.

Fui directo a la parte de atrás de mi casa donde las vi rodando por la hierba con diferentes ropas. Ariel llevaba algo que ni siquiera reconocí. Corrí por las escaleras, sonriéndoles y divirtiéndome mucho de poder mirarlas jugar como lo hacían.

La luz que bailaba en la cara de Mila mientras reía con Ariel era delicada e incluso podría decir que maternal.

Mila levantó la cabeza y paró de rodar por la hierba.

—Hola, Josué, ¿qué tal el trabajo?— Se levantó y se acercó a mí. Ariel se dio cuenta y pronto estuvo cerca también.

—Bien—, dije. Me sentí un poco ridículo en mi traje y corbata, así que me quité la chaqueta y empecé a arremangarme la camisa. Los ojos de Mila se dirigieron a mis brazos, pero inmediatamente volvieron a mi cara.

—¿Qué están haciendo ustedes?

—Mila me llevó al centro comercial—, exclamó Ariel, girando con el vestido nuevo. —¡Papá! Fue tan genial. Tenemos joyas y cosas para el pelo. Incluso me compró este lindo vestido y otra ropa. Cuando vaya a la escuela, todas las chicas van a estar celosas.

—Parece que si se saben divertir juntas. Pero pensé que había dicho que vinieran directo a casa— Mila frunció el ceño y se puso las manos en las caderas. —Vamos, después de lo que pasó, necesitábamos un poco de relajación. Somos chicas, el centro comercial es nuestro liberador de estrés.

Ariel estaba del lado de Mila. Así nunca podría ganar, las dos eran multitud para mí, con sus hermosos ojos no me podría resistir.

—Además, voy a conocer al hermano de Mila, Julián. Ahora mismo está dormido, pero Mila dijo que se despertaría pronto para que yo pudiera hablar con él—. La cara de Mila se opacó. Si su cuidado y protección por Ariel era evidente y permanente, entonces podía entender que cuando se trataba de su hermano ella tenía una postura mucho más adolorida, ella lo amaba profundamente y estaba preocupada por él.

Recuerdo que me habló de sus cuentas médicas. Tal vez yo debería intervenir mas, ella ha sido una buena persona con nosotros y siempre nos tiene como una de sus mayores prioridades, si su hermano es tan importante para ella, yo debería estar al tanto de todo.

—Mila, me gustaría hablar contigo.— Comencé a caminar de regreso a la casa mientras ella me seguía.

Ariel corrió a mi alrededor y se interpuso en el camino de la puerta. — ¡Papá! No está en problemas, ¿verdad?

—No, cariño. ¿Por qué no entras en la sala de juegos e iremos a buscarte en unos minutos?— Le di una palmadita en la cabeza y sonrió.

—De acuerdo. Sé amable con Mila.

—¡Sí, mi princesa mandona!

Entramos a la sala de estar y esperé hasta que oí a Ariel cerrar la puerta de su sala de juegos. Mila se sentó en el sofá y puso las manos en su regazo. — Entonces, ¿qué pasa?

—Mila, sobre lo de antes...

—Siento no haber podido evitar que Margot...

—Ni una palabra más. Nada de eso fue culpa tuya y lo sabes—. Era imposible que ella tuviera la mínima culpa de lo que Margot era como persona. Me dolió mucho que ella sintiera que había estropeado algo de alguna manera.

—Pero...

—Mila... por favor. Quería mostrarte mi agradecimiento. Saqué una pequeña y delgada caja del bolsillo trasero que cabía en la palma de mi mano y se la di a Mila.

—¿Eh?— Lo miró sin tomarlo. —No puedo. Lo siento mucho. Has hecho tanto y no quiero poner a nadie en peligro.

—Mila, ¿por qué no dejas que te mime?— mi tono se volvió un poco suplicante, y eso me hizo sentir incomodo. Eso usualmente significaba que era difícil de conseguir, y las cosas nunca fueron difíciles para mí.

Mila, por otro lado. Ella no era una cosa. Ella era una mujer increíble, sociable, valiente, divertida y la figura materna de Ariel que deseé mil veces que fuera Margot.

Inclinó la cabeza hacia un lado como pensando algo y con su mirada se disculpó —Tengo que irme.— Se puso de pie. —El hospital necesita hablar conmigo sobre algunas cosas. ¿Estás seguro de que está bien tomar el Audi? Puedo pedir un taxi.

—No. Por favor, tómallo. Ese coche no significa nada en comparación con tu seguridad.

—Odio dejar a Ariel—, musitó. —No parecía estar traumatizada por lo de esta mañana, pero...

Se movió de un lado a otro. —Por un momento tuve miedo de que se la llevaran y no volviera. Sin embargo, ella en todo momento supo donde sentirse protegida y segura. Conmigo. A mi lado. Debajo de mí. Como si supiera donde pertenecía. Eres un hombre maravilloso, Josué. Ariel es tan afortunada de tenerte.

—Afortunados somos nosotros de tenerte, la maravillosa eres tú—, me acerque tanto a ella que mi aliento se perdía en el suyo, nuestros labios se rozaban y ella miraba mi boca mientras le decía lo grandiosa que era en nuestra vida. Sin darnos cuenta nos enredamos en un apasionado beso.

Rompiendo el calor de nuestro roce, Mila me frotó el pecho, puso una mano en mi mejilla contemplándome, y luego se fue. —¡Volveré más tarde, lo prometo!.

Capítulo 16

Mila

Otra noche más. Iba cada noche al bar para cumplir con mi segundo trabajo, bailar. Ahora estaba dominando mejor la barra, y mis movimientos de baile eran más avanzados. Ahora estaba haciendo algunos giros y podía trepar para hacer un par de trucos limpios. No es que me gustara, pero estaba pagando parte de las cuentas. La gran mayoría venía de Josué. En el bar había hecho el trato de salir dentro de las primeras para poder desocuparme y volver a casa temprano. Todo hasta hoy había funcionado bien, pero una de las chicas necesitaba salir antes que yo y se había hecho tarde.

Me detuve en la entrada de la mansión, admirando las luces brillantes que enmarcaban el camino a la puerta principal. Y antes de guardar el Audi conté mis estrellas de la suerte en el cielo, fue un momento de absoluta tranquilidad, el coche estaba tan silencioso que ni podía percibir que estaba encendido, apagué el motor, y contuve la respiración. Un día más para pasar desapercibida. No debía hacer ningún ruido.

—¿Por qué tiene que ser tan difícil? ¿Por qué tuviste que elegirme, Dios?— Susurré para mí misma.

Me recompuse y me bajé del auto con cuidado. Era más de la una, y a juzgar por la última vez, a Josué no le gustaba cuando llegaba tarde a casa.

Él se preocupaba por mí. Eso me gustaba. Bueno, todo de él me gustaba, era hermoso en todos los sentidos. Desde nuestro encuentro en la pieza, solo he sumado motivos para imaginar lo bueno que podría ser en la cama. Qué delicioso sería ser suya.

Pero lo primero era lo primero y mi primera prioridad era Julián. Y ahora mismo, necesitaba asegurarme de que Josué no me estuviera esperando en el pasillo principal, listo para sermonearme. Estaba demasiado cansada para eso. Tenía una gran marca de quemadura en el costado que significaba además que había pasado por una fuerte pelea y eso me tenía exhausta.

Cuando abrí la puerta principal, miré el interior y vi que todas las luces estaban apagadas. Todo lo que vi fueron los tenues destellos de las luces de arriba. Entré y cerré la puerta, la oscuridad me envolvió. Con cada paso que daba, me aseguraba de no golpear algo. Justo cuando me estaba acercando a

las escaleras, me tropecé con la alfombra y aterricé de frente en el suelo con un gran ruido sordo.

—¡Mierda! Genial, simplemente genial—, me quejé, luchando por levantarme.

—Mila.

Maldita sea. Mi cuerpo temblaba, sabiendo que estaba cerca, pero sin poder verlo.

—¿Josué?— Tanteé con la mano y toqué su entrepierna, palpado su pene. — ¡Uy! ¡Lo siento!— Me agarró las manos, y yo se las quité —Me tropecé, estoy bien.

—Déjame ayudarte a levantarte...

—¡No, estoy bien, yo puedo...!— Sus manos me buscaron en la oscuridad atrayéndome a él. Mis manos estaban manteniendo la distancia en su pecho que se sentía como acero bajo su camisa. —Josué, no podemos hacer esto...

—¿Y por qué no? Luces encendidas—. Las luces se prendieron a su orden y él escaneó mi cuerpo posesivamente. —¿Qué llevas puesto? No llevabas esto cuando te fuiste.

Supongo que ahora era el momento de dar explicaciones para las que no estaba preparada. Estaba en su brazos, pero él se giró rápidamente guiándome por las escaleras para llegar a la habitación.

—Oh, fui a un club con mis amigos...

—¿Qué club?.

Mierda, quería detalles. No era una chica de ir a esos lugares, y después del accidente de Julián, había dejado atrás a mis pocos amigos. Comúnmente nos juntábamos en la casa de alguien y había pizzas, comida y tragos, pero no era de las que salía a bailar o a tomar en lugares públicos, y el único lugar al que le conocía el nombre era el bar donde trabajaba. Rayos, no tenía coartada.

—Mila, contéstame.

—El que está en el centro—, dije, insegura de mí misma. ¿Había algún club en el centro?

—Sólo hay un tipo de club en el centro, y es un club gay sólo para hombres. No para mujeres. Inténtalo de nuevo— dijo con un tono molesto.

—Um— Me di por vencida. Estando en la puerta de mi habitación, él empujó la puerta y entramos.

Me senté en la cama. Llevaba un bonito top y unas Daisy Dukes con mis botas negras. Ariel estaba dormida, así que no me preocupaba que me viera accidentalmente vestida así. Josué, en cambio...

—Hueles a cigarrillo. Mila, quiero la verdad—, exigió, cruzando los brazos, con los ojos fijos en mí. —Bien, yo estaba bailando.

—¿Bailando?—

—¿Tenemos que hacer esto?— Suspiré.

—Sí. Mila, ¿por qué? Sabes que estoy aquí. Sabes que si necesitas algo bajo el maldito sol, yo te lo daría. ¿Ves la forma en que Ariel te mira?.

—Sí, pero yo-

—¿Ves la forma en que yo te miro?

—Josué, no estoy acostumbrada a esto.

—Acostúmbrate a esto. Ponte cómoda con esto. Te necesito aquí. La única razón por la que estás ahí fuera desnudándote es porque no me estás diciendo toda la verdad y eso duele.

—Josué... por favor.

—Mila, no te veo sólo como mi niñera y lo sabes.

—Y no te veo sólo como mi jefe. Veo a mi héroe, el hombre que me salvó en el callejón, el hombre que me está ayudando a salvar a mi hermano, pero hay cosas que no entenderías.

Me levanté de la cama para estar frente a él. Quería estar en un campo de juego parejo, aunque era más baja de porte.

—Josué, yo *tengo* que ayudar a mi hermano, y no puedo pedirte todo a ti, no es justo, he estado para Ariel, pero no puedo dejar de lado las facturas por pagar. Esto, todo esto que haces por mí es lo mejor que he vivido, pero...— Me cortó con un beso. Mi espalda se arqueó por sí sola, exponiendo más de mi piel a él.

Pasó sus pulgares por encima de mis pezones, de un lado a otro sobre el algodón de mi top. La sensación, la fricción, corrió a través de mí, haciéndome mojar, haciéndome derretir en sus brazos como mantequilla. Se adelantó y me obligó a retroceder hasta que la parte de atrás de mis rodillas golpeó la cama y caí de espaldas sobre ella.

Josué cayó sobre mí. Mi cuerpo se hundió más profundamente en la cama mientras me relajaba y me entregaba a lo que él estaba haciendo. Mis caderas empezaron a empujar contra él por sí solas, y él respondió apretando su miembro contra mi muslo, sin detenerse, enloqueciéndome con la presión sobre mí.

Tal vez este era el momento de decirle que era virgen. Lástima que su boca experta me mantuviera quejándome.

Finalmente, deslizó las manos y me subió la camiseta. Presionó ambas

manos contra mis pechos y los juntó de modo que ambos pezones se elevaron hasta llegar a su boca, y pasó su lengua por encima de cada uno de ellos con avidez.

—Eres perfecta—, gruñó. Me mordió una de mis tetas y jadeé.

—Oh Dios, sí, Josué.— Agarré sus hombros, me enredé en su pelo, quería atraerlo a mi. —¡Mas, quiero más!

Me quitó la parte superior del top, y se deslizó por mi cuerpo, lamiendo y mordiendo mi piel a medida que avanzaba. Lo hacia todo de forma natural, como si fuera el siguiente paso, como si supiera justo donde lamer, donde presionar y como excitarme, que fuera mayor que yo y un macho alfa hacía toda la diferencia, me estaba haciendo sentir como jamás me había sentido, solo podía desearlo mas y mas.

Capítulo 17

Mila

Se hincó en el suelo entre mis rodillas y empezó a desabrocharme los botones del short. —Josu-Josué, tengo que decirte...

—¿Hmmm?— Deslizó los pantalones cortos sobre mis muslos y sobre mis botas. Yo sólo llevaba una tanga de encaje debajo de ellos, y oí su susurro:— ¡Mierda!

Siguió sus besos por mis muslos mientras sus manos me sostenían firmemente en su lugar. Se acercó a mi montículo y se detuvo a respirar sobre él. Todo lo que podía sentir era su aliento caliente y sus manos firmes en mis piernas, y yo quería moler mi vagina en su cara.

Pero no se movió. ¿En qué estaba pensando? ¿Le ha gustado? Su silencio me estaba matando. Finalmente, oí su voz, baja, profunda y primitiva.

—Quiero ser el único hombre que te toque. Quiero ser tu ultimo hombre. Verte así, solo para mí. Sé que no encontraras otro que te haga sentir como yo.

Luego inclinó la cabeza y se hundió en mí, un beso duro pero tierno en el medio. Luego pasó su lengua. Me estaba probando, y por Dios, se sintió como si fuera a perder el control. —¡Oh, Dios, ¡justo ahí! ¡Sí!

Su lengua empujó mi clítoris y luego se clavó como una lanza en mi vagina. Le agarré un puñado de pelo y me empujé contra él. No podía soportarlo, y mi cabeza se movía de un lado a otro.

—Sí, nena—, se quejó.

Puso un dedo dentro de mí y regresó a mi clítoris, llevándolo a su boca y chupándolo mientras me cogía con su dedo.

Mi cuerpo estaba a punto de quebrarse por la presión de arquear la espalda. Su respiración era pausada. —Tu vagina sabe tan dulce como tú. Estás tan mojada, tan deliciosa.

Me abrió más con los dedos en un movimiento de tijera. Dios, supongo que le gustó, porque volvió a enterrar su cara en mí. Gemí y esta vez sentí como un calor se acumulaba y me hacía cosquillas en la parte de baja de mi vientre, la sensación era placentera y me estaba volviendo loca, acabé en su cara sin poder detenerme.

No dejó de chuparme y lamirme, pero movió sus manos de mis muslos y oí

que se desabrochaba el cinturón. Luego se alejó de mí. Abrí los ojos y lo vi sacarse su miembro. Era grueso, grande, rojo y brillaba con su pre semen.

Fue la cosa más excitante que jamás había visto, pero no estaba segura de poder asimilarlo todo.

—Dios, Josué—, respiré. —Eres tan grande. Nunca he hecho esto antes. Yo no sé si puedo...

—Puedes—, gruñó. Rápidamente se quitó los pantalones y los calzoncillos. —Sabía que eras virgen. Sabía que podía reclamarte por primera vez y voy a hacerlo ahora mismo, Mila. Quiero hacerte sentir tan bien, voy hacerte mía, pero quiero que disfrutes cada centímetro de mi también. Te quiero y lo sabes, no te haría daño.

Me hizo un gesto para que cambiara el ángulo y que me recostara contra las almohadas, y luego bajó suavemente encima de mí. Sin embargo, no empezó a empujar inmediatamente, sino que me besó. Me probé en su boca, pero también probé al Josué puro.

Sus manos subían y bajaban por mis pechos otra vez, acariciando, luego pellizcando mis pezones. Empecé a frotarme contra él otra vez, a volver a acumular ese tono de fiebre, a frotar mis jugos en un esfuerzo por conseguir esa fricción contra mi vagina de nuevo. Su beso era excitante, placentero y fogoso, sus manos me recorrían con deseo y yo solo esperaba poder alcanzar mas de su cuerpo con las mías, estaba realmente mojada y deseosa de él.

—Te pondré de lado, será mas fácil para ti manejar esto cariño— me puse de lado y él se acomodó tras de mi, sus manos me recorrieron desde las caderas por el costado hasta mis pechos y luego acarició mi cuello, acomodó mi pelo y posó un beso dulce en mi mejilla. Mordió suavemente mi cuello — Eres exquisita, y no sabes como te deseo, todo este tiempo, he querido tenerte, estar así contigo. No sabes como te he esperado, cuanto te he soñado.

Se movió un poco detrás de mí para poder frotar la cabeza de su pene con mi humedad. —Estás tan mojada por mí, Mila. Dios, no tienes idea de cuanto control requiere esto.

Deslizó su miembro a través de mis pliegues y hacia mi entrada, donde dudó. No podía creer cómo podía jugar conmigo.

—¡Por favor, Josué, te lo suplico!— No podía soportar otro segundo si tenerlo dentro. —Por favor, solo hazlo— Flecté mis piernas en posición fetal empujando mi culo contra él, tratando de forzarlo a entrar. Entró un poco más lejos, pero no hasta el final. Volví a empujar un poco más con mis caderas y pude sentir un leve dolor, pero era mas bien la sensación de estiramiento, no

sabia si podría mas que eso.

—No sé si esto va a funcionar—, jadeé. —Eres tan grande, y yo nunca...

Se retiró completamente y me acarició. —Nunca has tenido a ningún hombre dentro de ti, ¿verdad?

—Así es—, dije. —Nunca he hecho esto antes.

Respiró profundamente y me besó el cuello, su respiración hizo que mi piel se erizara —¿Y quieres hacerlo conmigo?—

—¡Dios, sí! Solo quiero que tu lo hagas... te quiero dentro de mi.— Me reí y sollocé a medias. —Simplemente es a ti a quien deseo, yo no sé como, pero te necesito dentro.

—Solo confía en mi, no te hare daño—, prometió. —Tu estas empujando, no iré mas adentro de lo que tu resistas ¿de acuerdo.

—De acuerdo—, dije. —¡No puedo esperar más!

Se rio temblorosamente. —Yo tampoco—. Deslizó su pene de nuevo en mi entrada.

—Solo siente mis caricias y disfruta, estas tan mojada que pronto estará dentro completamente. Dime si te duele demasiado.

Empujó una pulgada más o menos, y luego se retiró. Luego empujó un poco más. De un lado a otro, un poco más lejos cada vez, estirándome, llenándome lentamente. Sus manos me acariciaban los senos y mandaban electricidad por mi cuerpo, su respiración en mi oído hacia que todo se sintiera increíble, hasta que ya no pude soportarlo más. Cuando sentí que venía nuevamente, empuje con mi culo contra él metiendo su miembro completamente, una punzada de dolor me invadió, pero se suavizo rápidamente

—¿Estás bien?.

—Sí, Dios, sí—, solté, mas excitada que dolorida. —¡Solo házmelo!

Me acuné contra él, acostumbrándome a la sensación de que estaba dentro de mí, y de repente sentí su respiración agitarse.

—¡Mierda!— empezó a empujarme. Sentí como se golpeaba contra mi culo. Por un momento todo lo que pude hacer fue dejarme vencer por la tormenta, pero luego tomó una de mis piernas y la levantó dejándome abierta casi sobre él, mi espalda estaba casi contra su pecho, y su otra mano buscó mi clítoris Dios, era una postura que jamás imaginé, pero se sentía tan bien, podía sentir que él se agitaba en placer y mi clítoris estaba consiguiendo la fricción que necesitaba. Sus caderas me chochaban y mis senos se movían dispersos sin control, me levantó un poco mas y quedé sobre él con las piernas abiertas a los lados de sus caderas, en un intento por acomodarme, me elevé quedando

prácticamente sentada sobre él. Mis senos saltaban cada vez que él se chocaba en mi vagina metiendo su pene hasta el fondo. El placer era incontrolable, sus manos estaban en mis caderas manteniendo el ritmo y sosteniéndome. Aun podía tener el control, pero me estaba debilitando. En ese momento Josué me alzo desde mi cintura y me acomodó a un lado, en ningún momento medite sobre como ponerme o como estar, todo lo manejaba él de una forma segura y certera, dejándome en la postura adecuada. Ahora estaba tumbada boca arriba, sin su pene y mi desesperación por él crecía

—¡Josué!— Lloré. Me miro profundo a los ojos con sus labios semi abiertos y se subió a mi cuerpo, besos mis pechos, haciéndome estremecer, y subió por mi cuello. Enredé mis manos en su pelo y lo atraje a un beso apasionado, estaba hambrienta como nunca antes y no quería tenerlo lejos un segundo mas. Sentí como la humedad bajaba y empapaba mis pliegues y cuando su calor me cubrió, su pene se deslizó dentro. Sus movimientos fueron lentos pero firmes. Me había hecho venir antes, pero venirme con un gran pene dentro de mí era algo completamente diferente.

—Oh, Dios, Josué, sí, más, así— Su ritmo fue mas rápido y sin creerlo su miembro también creció en mi interior, estaba duro como roca, y mi clítoris estaba feliz por eso. —Maldición, dame todo, házmelo mas fuerte, lo quiero todo— Estaba balbuceando, y Josué comenzó a cogerme como un loco, el sudor, los gemidos y la excitación estaban en un nivel que no había experimentado jamás, y sentí como el éxtasis se apoderó de mi cuerpo completamente. Mi orgasmo continuó hasta que me sentí débil, y Josué siguió chocando conmigo, así que envolví mis piernas alrededor de su espalda y me agarré. Finalmente dio un grito ronco y empujó aún más fuerte, hasta que cayó sobre mí.

Podía sentir su dulzura pegajosa dentro de mi sexo. Sabía que se lo había pedido, pero no tenía idea de lo bien que se sentiría tenerlo así. No había pensado realmente lo que significaba tenerlo dentro mío, explorar todas estas sensaciones, y quedarme con su olor, su calor y sus besos por todo mi cuerpo. Pero ahora su semen estaba lloviznando por mis piernas, y yo no podía ignorar el hecho de que él me había marcado como suya, me reclamó, tal como él había dicho que lo haría.

Ninguno de los dos se movió hasta que la respiración se niveló, y entonces empecé a pasar mis dedos por su pelo. Se sentía tan bien.

Finalmente, con lo que parecía un esfuerzo enorme, se subió a los codos.

Me quitó el pelo de la cara —¿Estás bien?.

Me reí. Hasta en este momento era caballero y atento, cuidadoso y preocupado conmigo. Estaba mucho más que bien. —Um... sí.— Me reí de nuevo. —Creo que estoy bien.

Rodó a medio camino hacia el lado, saliendo de mí. Hice una pequeña mueca de decepción, pero se convirtió en un suspiro de satisfacción cuando me tomó en sus brazos y apretó mi cabeza contra él. Nuestras piernas se entrelazaron, y nos relajamos, quedándonos dormidos, envueltos el uno en el otro. Sentía que habían pasado un par de horas de sueño, cuando comencé a despertarme, pasé mi mano por sus pectorales y acaricié su cuello

—Mila...

—¿Mmmm? Fue el único sonido que pude emitir, estaba somnolienta y disfrutando de su piel en mi toque. Acaricié sus abdominales y seguí el recorrido de sus oblicuos que me llevaron a su entre pierna. Dios, estaba duro, eso me hizo reaccionar un poco más. El deseo se hizo fuego en mi cuerpo. Empecé a balancearme hacia adelante y hacia atrás sobre su muslo por inercia.

—Mmmmmmm— Podía sentir que estaba dolorida, dentro de mi vagina y los labios, pero también tenía el muslo de Josué empujado contra mi clítoris y quería montarlo, la humedad que había aun entre mis piernas era suave y se sentía bien. Gemí mientras con mi mano acariciaba el miembro de Josué, de arriba abajo, sintiendo sus palpitaciones, me sentía caliente, fogosa y deseosa de más.

—Mierda, mujer—, murmuró Josué. —Ven aquí.

Él movió nuestras piernas hasta que yo estaba a horcajadas sobre sus caderas, con su pene erecto apuntando hacia mí. —Tú lo controlas—, dijo. —No quiero hacerte daño. Hazlo a tu ritmo.

Estaba realmente mojada, viscosa, cremosa y excitada, su pene se deslizó dentro de mí, mientras pasaba, un leve dolor lo seguía, pero era soportable. Lo miré a los ojos jadeando mientras lo montaba. Era tan íntimo, tan caliente, que dejé de pensar en el dolor después de unos segundos, solo podía verme sobre él con la imagen perfecta de su rostro disfrutándome y con mis manos alcanzando su cuerpo. Sus manos recorrieron mi vientre y ahuecaron mis tetas, rozando mis pezones sensibles.

—Estas tan apretada y tan mojada—, dijo. —No puedo creer que haya sido yo tu primera vez, eres hermosa.

—No puedo creer que me hayas abierto así, eres tan grueso y duro—, le dije.

Mis movimientos eran lentos, de arriba abajo, montándolo suavemente,

deslizándome por la longitud de su miembro, llenándome de su masculinidad, pero puso su mano en mi montículo y buscó mi clítoris, y no me pude levantar, presioné en su base y sentí como era tenerlo todo dentro mío, hice un pequeño círculo con mi vagina en su pene aun dentro mío —Vas a hacer que me venga—, le dije.

Se levantó, abrazándome y sorprendiéndome, nuestros cuerpos estaban casi fundiéndose, en el calor, sin espacio entre nosotros, conectados por nuestros sexos y besó mi cuello mientras la electricidad corría por todo mi cuerpo. La excitación era demasiada, moví mis caderas contra él, sintiéndose increíble, su abrazo no me soltó, y yo también estaba aferrada a él, podía sentir su respiración y le compartía la mía. Éramos una maraña de pasión. Ambos alcanzamos un ritmo placentero y delicioso.

—Josué, ya voy—, me quejé. —Me estoy viniendo tan fuerte.

—Vas a hacer que yo también me venga—, me dijo. —Mi pene se siente tan bien dentro tuyo, no puedo soportarlo, eres demasiado...

—Se siente tan bien, me llenas completa, me encanta tu pene y como me lo haces—, lo monté suavemente, pero sin piedad hasta que acabamos juntos, solté un gemido seguido de varios mas pequeños, mientras él soltaba bocanadas de aire y hacían un sonido gutural.

—Ahora eres mía, de nadie más. ¿Entiendes?— Asentí con la cabeza, un escalofrío corrió por mi espina dorsal mientras me daba cuenta de lo intensas y posesivas que eran sus palabras. Y cuánto me encantó que dijera eso.

Nos desplomamos en la cama y sentí el líquido correr. Él se levantó y mire que es lo que hacía. Su mirada estaba entre mis piernas y mordía su labio inferior. —¿Qué haces?— le pregunté.

—No tienes idea lo sexy que es ver como escurre lo que te deje dentro. Eres perfecta y tan mía.

Abrí mis piernas un poco mas para complacer su mirada y no dejar nada a su imaginación. Pesé mi mano por mis labios vaginales y tomé un poco de su jugo y lo llevé a mi boca, lamiendo mis dedos.

—Y tu no tienes idea de lo bien que se siente ser tuya— le dije mirándolo a los ojos. Nunca en mi vida me había sentido tan deseada y deseosa por una persona, quería ser de él, quería satisfacerlo y darle todo lo que quisiera de mi. Nunca me había sentido así, pero era maravilloso, algo difícil de explicar.

Bajó por mi costado y se acomodó a mi lado —Eres mi mas dulce tentación nena— suspiro —Lo siento, Mila.

Lo miré somnolienta. —¿Por qué? ¿Por hacerme venir mas veces que nunca

en mi vida? Mmm. Sí, eso fue terrible—.

De alguna manera se las arregló para parecer engreído y tímido. Era la cosa más linda que había visto en mi vida.

—No importa—, suspiró. —Podemos hablar de ello mañana.

Capítulo 18

Mila

A la mañana siguiente, Josué y yo nos levantamos para ducharnos y comenzar el día. Él fue muy romántico despertándome con besos y diciéndome lo linda que era, yo sé que nadie es lindo cuando amanece, así que valore aún mas su detalle.

Rápidamente y sin una conversación de por medio tomamos nuestros papeles en el cotidiano. Le dije a Josué que fuera a prepararse para el trabajo mientras yo alistaba a Ariel para la escuela. Después de todo, yo seguía siendo la niñera.



Habían pasado tres semanas más. Había hecho el tercer pago al hospital, pero mi hermano lejos de mejorarse estaba presentando complicaciones que solo hacían mas grande la deuda, necesitaba kinesiólogos, medicamentos, un colchón especial y diferentes médicos para analizar su caso. Mantenía mi fe, pero mi familia estaba inquieta y yo prácticamente ya no vivía en la casa. Ellos ya sabían que trabajaba puertas adentro para la familia de Josué, pero no tenían idea de cuanto me pagaba, ni de días libres, ni de nada sobre mi. Solo cuando llegaba con el cheque el día del pago. Fuera de eso mis días pasaban entre Ariel, preparándola para la escuela, llevándola a clases de violín y ballet y haciendo la vida de una dueña de casa (o mansión en este caso) Josué ponía cada vez mas confianza en mi y no solo eso estaba poniendo. Durante estas semanas habíamos acordado sin decirnos nada, encontrarnos cada noche a las doce, él entraba a mi habitación y se desataba la pasión y la lujuria, aunque debo admitir que cada día, me gusta mas y no podía evitar sentir mas cosas por él. Nuestra conversaciones eran cálidas y románticas después del sexo, mas exquisito que jamás imaginé, debo acotar. Y cada mañana retomábamos nuestra rutina.

—¡Ariel, te ves tan bonita con ese vestido!— Dije, mientras ella daba

vueltas en su vestido azul bebé con medias blancas y un lazo de pelo blanco.

Incluso hizo algunas poses en el espejo. Recuerdo cuando tenía su edad, uno se siente una princesa con un vestido nuevo y un peinado alto. Algo que toda niña debería tener, es la ilusión de ser princesa

—Gracias, mami...— dijo Ariel, volviéndose con las manos en la cintura.

¿Me puso un nuevo título?

—¿Mami?— No sabía cómo manejar esto.

—Sí, de ahora en adelante te voy a decir mami.

—Bueno, es un honor. ¡Pero me encanta cuando me llamas Mila!—

—¡Pero quiero llamarte mami!— Ariel se quejó, haciendo ruegos con sus manos.

Oh no, esto se estaba poniendo difícil. No quería herir sus sentimientos. Tampoco quería intentar reemplazar a su madre. Me sentí atrapada entre la espada y la pared.

—Ariel, yo...— Mi teléfono sonó en el bolsillo de mis pantalones. — Espera, déjame tomar esta llamada. Ahora vuelvo.

Ella suspiró, frunciendo el ceño. Salí al pasillo y me dirigí a mi habitación. Me habría alegrado por la distracción de la llamada que había llegado en el momento justo, excepto que era de mi madre, y eso no pintaba para bueno.

—¿Hola?

Miré por la ventana alta de mi habitación. Estaba nublado el día afuera.

—Mila, lo siento mucho—, dijo mi madre. —Pero teníamos que tomar una decisión.

—¿Mamá? ¿Qué decisión? ¿Estás hablando de Julián?

El pánico se apoderó de mi garganta y mi cabeza se sintió ligera. La alfombra bajo mis pies se sintió como barro movedizo. Ya había hecho el tercer pago, y si se requería mas dinero no sé de donde lo sacaría, ¿de que rayos estaba hablando mi mamá?

—Sí, los doctores dijeron que sus posibilidades de despertar son muy escasas. No podemos permitirnos el lujo de mantener...

—¿Qué quieres decir con que no te lo puedes permitir? ¡He estado pagando las cuentas para que siga vivo! ¿Qué estás diciendo?

—¿Y de dónde has estado sacando tanto dinero, jovencita? Hace mas de un mes que no te vemos en casa, primero dijiste que era de una iglesia y ahora ¿que dirás?.

Estaba esquivando la pregunta. De dónde yo sacara el dinero no era asunto suyo, era un mujer grande y podía tomar mis propias decisiones respecto a mi

vida, incluso si no quería seguir viviendo con ellos.

Lo único que importaba era que no estaba infringiendo la ley para conseguir la suma que el hospital nos pedía.

Aunque si no tuviera este trabajo, estaría encantada de romper las leyes que fueran para mantener a Julián con vida. —Mamá, ve al grano, ¿qué le está pasando a Julián?

—Lo estamos desconectando de la máquina—, dijo ella.

Un doloroso silencio se interpuso entre nosotras durante unos segundos antes de que me sintiera desentrañada.

—¡No! ¡No te atrevas! Todavía está vivo, ¡no lo mates!.

Golpeé con el puño el escritorio de mi habitación. Me sentía impotente, miserable, pero también muy enojada. Una furia surgió en mí con tanta fuerza que me sorprendió su intensidad. —Mila, lo sentimos mucho. Es más que solo el dinero. Él no parece mejorar hija... El hospital se llevará su máquina dentro de dos meses. Aferrarse a una falsa esperanza sólo dolerá más.

—¡Te odio! Puedo permitirme mantenerlo con vida, así que claro que esto no es por dinero. Es por tu falta de fe en él—. Me caí de rodillas, agarrando el teléfono con una presión fatal. —Entiéndelo hija, solo te estamos comunicando la decisión. No lo hagas mas difícil, ni doloroso.

Miré el teléfono y vi que me colgó.

¿Qué carajo...? Estaba haciendo todo lo que se suponía que debía hacer. ¡Las cosas iban bien!

Josué entró en la habitación y se arrodilló a mi lado, sujetando mis hombros.

—¡Mila! ¡¿Estás bien?!.

Me alejé de él, levantándome y señalando la puerta. —Vete, déjame en paz.

Mi voz se rompía. Sentí que otra personalidad demente estaba a punto de salir de mí.

—Lo siento—, le dije inmediatamente a Josué. —No quise tratarte así. No es culpa tuya. Has hecho todo lo posible para ayudar y me has apoyado en todo lo que pudiste. Sin embargo, todo fue en vano. Necesito irme ahora. Por favor.

¡Necesitaba verlo! Julián no podía morir. Aún había tiempo, aún había esperanza. Salí corriendo de la habitación, cogiendo las llaves del Lamborghini que tenía en la mesita junto a mi puerta.

—Pero Mila. Mila, espera, ¿adónde vas?

No quería escuchar, pasé a Josué y llegué al garaje donde salí con dirección

al hospital. *¡Julián, ya voy, no te dejaré ir!*

Capítulo 19

Josué

Ariel salió por el pasillo y me sacudió el brazo. Me miró frenéticamente como si hubiera hecho algo malo.

—Papá, ¿Mila está bien? ¿Acaso yo la asusté?— Preguntó, amenazando con derramar lágrimas por sus ojos. Me incliné hacia ella y le puse las manos en sus gordas mejillas.

—No, ¿por qué asustarías a Mila, princesa?.

Ariel cerró los ojos y dijo: —La llamé mami. No creo que eso le gustara. Me dijo que la llamara Mila. Entonces ella se fue. Y ahora está molesta. Así que la asusté, sólo sé que lo hice.

Se agarró el vestido. Le aflojé las manos y las besé.

—Oh, cariño, ven aquí.— Abracé a mi dulce hija. Tenía un corazón tierno y puro, no como el de la mujer de la que vino. —No la asustaste, cariño, ella esta así por otra cosa. Pero va a estar bien. Me aseguraré de ello. Vamos a prepararte para la escuela.

No pude evitar encontrar conmovedor que mi hija llamara a Mila “Mami”. Pero no tuve tiempo de pensar en eso.

Mi mente no podía dejar de correr. ¿Adónde se fue Mila? Si no hubiera estado en mi oficina tanto tiempo, lo habría sabido. Hice el almuerzo de Ariel y la llevé a la escuela.

Era peligroso para ella, o para cualquiera, conducir mientras estaba tan alterada. Temía por su seguridad.

Frente al establecimiento educacional, me estacioné para que ella pudiera abrir la puerta y salir. Se quedó quieta, mirando sus pies. No era normal ver a Ariel así. Puse mi mano en su frente. No había fiebre. Claramente se sentía mal emocionalmente, no físicamente.

—Bien, princesa, ten un buen día ¡Papá siempre está orgulloso de ti!— No me contestó nada —¿Ariel? ¿Qué es lo que está mal? ¿Sigues preocupada por lo que pasó esta mañana? No fue culpa tuya.

—¿Papá? No quiero ir a la casa de la mujer mala. La mujer malvada que lastimó a Mila... también me lastima a mí.

Se frotó los ojos. Me di vuelta más en mi asiento para mirar su cara. —

¿Qué? ¿Qué quieres decir con que ella también te hace daño?.

—Me encierra en habitaciones y nunca me habla.

—¿Margot?— Comencé a agarrar el volante con más fuerza con una mano mientras que la otra se enrollaba en una bola y temblaba violentamente mientras se apoyaba en el reposabrazos en el centro del coche.

—Uh huh.— Ariel me quitó los ojos de encima.

Me detuve en el estacionamiento, temiendo que pudiera romper accidentalmente el pedal del freno al presionarlo demasiado fuerte. Todavía estaba preocupado por Mila, pero Ariel era primero siempre.

—Mírame, Ariel. Cuéntaselo todo a papá y no tendrás que preocuparte por volver a verla—. Ariel se limpió los ojos de nuevo, y yo le ayudé.

—¡Ella es tan mala, papá! Apenas me da de comer. ¡Y su casa siempre apesta!.

Ahora una pregunta más. Fue difícil sacarme las palabras de la boca, sólo porque tenía miedo de cuál sería la respuesta.

—¿Alguna vez te ha pegado?

—No.

—¡Ariel, dime la verdad!— No quería sonar alterado, pero estaba ansioso de que por miedo mi hija me mintiera.

Mi pecho se apretó en un enredo. La sangre empezó a correr por mi cabeza. Mi hija, mi amada princesa.

—Ella me jala, me sujeta la muñeca muy fuerte y me sacude los brazos para que me duela. Pero ella no me pega. Soy una buena chica, así que no me pega.

—Bien, princesa, déjame acompañarte adentro. Papá se asegurará de que Margot nunca más se acerque a ti.

—¡Quiero a Mila como mi mamá!

—Yo también quisiera eso hija. Vamos.

Capítulo 20

Josué

—¡Manuel!— Grité, entrando en su oficina. Había tres hombres mas alrededor revisando el papeleo mientras Manuel estaba de pie ante ellos hablando. Me miró como si hubiera perdido la cabeza. Y por un segundo lo hice.

—¿Qué demonios?—, dijo un hombre, volviéndose.

Los otros también voltearon la cabeza y me miraron. Al diablo con ellos. Mi hija estuvo en peligro y esto era urgente. Nada mas importante que Ariel podía existir en el mundo.

—Caballeros, voy a necesitar un momento, lo siento.— Dijo mi abogado. Los tres se levantaron y salieron de la oficina, cerrando la puerta tras ellos.

—Josué, ¿qué demonios? ¿Qué está pasando?—, me preguntó, sentándose en su silla y meciéndose hacia atrás.

—¡Esa bestia está abusando de mi hija!— Gruñí, paseándome por su habitación como un león hambriento. —¡Quiero destruirla, no me importa, pero la quiero lejos de Ariel y de mi vida.

—Mierda...— Se balanceó hacia adelante y rebuscó hasta que encontró una almohadilla amarilla. —Odio ser un grano en el culo, pero voy a necesitar detalles.

—¡La hace pasar hambre, la encierra en sus habitaciones y arrastra a mi hija como una maldita muñeca de trapo!

—Mierda, esto no es bueno.

—¡Quiero que mi hija se quede conmigo! No la voy a devolver la semana que viene. Me niego. Me importa un carajo lo que digan los tribunales.

—Josué, esto podría involucrar a los servicios de protección infantil. Eso podría potencialmente hacer que Ariel se la quitaran a los dos. Quiero decir, no es probable, pero siempre es una posibilidad sobre la que me gusta advertir a los clientes en casos tan polémicos como éste.

—¿Qué? Manuel, soy Josué Crawford. ¡No soy un abusador, o un maldito demente!

—Y lo sé. Pero a los medios de comunicación no les importaría, y todo lo que Margot tendría que hacer es lanzarte una falsa acusación para equilibrar

las cosas. Ese ha sido probablemente su plan durante un tiempo. Piensa en esto. El divorcio casi ha terminado.

—No me importa. Ariel no va a volver a la casa de esa perra loca.

—Mira, tengo algunos trucos bajo la manga. Normalmente no los uso hasta que las cosas se ponen feas, pero déjame manejar esto.

—Bueno, yo también me encargaré de esto.

Me dirigí hacia la puerta, y Manuel corrió hacia allí, lanzándose en el camino. —¿Josué? ¡No hagas nada estúpido!

No iba a lastimar a Margot. Pero no me quedaría de brazos cruzados sin al menos advertirle.

Me acerqué a él y le dije: —Ella lastimó a mi hija, así que voy a hablar con ella. o si no, esto se pondrá muy sucio.

—¡Solo espera!

—Fuera de mi camino, Manuel. ¡¿Al menos tienes hijos?!

—No. Pero...

—Pero, nada. Ariel fue la única cosa buena que salió de esa farsa de matrimonio. Margot está dañando a mi única hija para hacerme daño.

Manuel relajó los hombros y bajo los brazos retomando su postura neutra.

—Entiendo, pero si haces algo imprudente, Ariel te perderá y tú no quieres eso ¿Lo entiendes?

—Soy demasiado rico para perderla— le respondí.

—No seas arrogante, Crawford. He sido un emocionante abogado de familia durante veinticinco años. El dinero no te dejará salirte con la tuya... Cuando se trata de niños el estado busca por todos los medios protegerlos y si ella te acusa de lo que sea, aun que eso sea una mentira, mientras lo comprueban Ariel estará lejos de ti en un centro para menores. Se llama protección y ni con todo el dinero del mundo la podrás sacar de ahí. Así que mejor, amigo mío, controla tu enojo y déjame hacer mi trabajo, no cometas un error del que te puedas arrepentir, porque ya no podré ayudarte.

Capítulo 21

Josué

Fui a la casa de Margot, que estaba al otro lado del condado. Dejé mi auto contra su entrada, tocando la bocina para sacarla de la cama y bajarla a la puerta.

—Josué, bueno, ¿no es una rara ocasión?— Preguntó ella, apoyándose en el marco de la puerta.

Caminé hasta su puerta, deteniéndome a sólo unos centímetros de su cara. El frío del invierno que se avecinaba sopló a través de mi chaqueta mientras me detenía mirándola fijamente a los ojos e incomodándola con mi rabia.

—Déjame entrar—, le pedí, tratando de mantener la calma. —Que mandón, ¿no? ¿Viniste con algún regalo?.

Ella deslizó su mano sobre su cadera, sobresaliendo hacia un lado. Me miró de arriba a abajo.

Cansado de sus estupideces, entré a empujones y miré a mi alrededor. El lugar olía a bar.

Margot gritó:—¡Oye! No dije que podías entrar.

—Como soy el dueño de esta casa y pago todas las cuentas, puedo entrar cuando quiera. Déjala en paz.— Me crucé de brazos, mirándola fijamente a sus turbios ojos verdes.

—¿La puta?— Ella lanzó sus manos al aire, rodeándolas mientras caminaba hacia mí. Este pasillo de entrada me dio escalofríos, estaba sin vida, y desprovisto de luz, como ella.

—Nuestra hija.

—¿De qué estás hablando?—, preguntó ella, tocándose el labio.

—Sé lo que le has estado haciendo.— Me quedé mirando a mi alrededor, tratando de ver si había alguien más en su casa.

—¿Qué?— Levantó una ceja.

—Encerrarla en habitaciones, ni siquiera alimentarla. ¿Qué demonios, Margot?— Agité la cabeza con asco. —Sé que no nos amamos, pero pensé que al menos tratarías a Ariel como un ser humano. Ella es tu sangre.

Mi voz rebotó en los jarrones que adornaban su pasillo. Margot retrocedió con miedo. Todo esto porque quería controlarme. ¿Por qué no podía

simplemente decirlo? Ella no me quería, y yo no la quería. La odiaba.

Margot hizo un gesto con la mano —Oh, esa chica come...

—¿Qué, unas migajas? ¿Y qué, la encierras en una sala de juegos? Ariel no es un animal!

—¿Un animal? Pensé que de eso habíamos evolucionado.

—No seas sarcástica, que solo quedas como una idiota. ¿Acaso te importa? ¿Por qué tratarías de obtener la custodia completa sabiendo muy bien que ni siquiera te interesa?

Margot tiró de su bata abrazándola a su cuerpo raquítico. —Porque ella también es mía...

—Porque crees que puedes conseguir dinero si la tienes, eres patética. No cometas el error de hacer esto. Te lo advertiré una vez, aléjate de Ariel.

Margot era engreída y obstinada, realmente creía que me tenía bajo su mando. —¿O qué? ¿Vas a delatarme?— Se agachó y agitó los pechos. Eso no era nada atractivo

—No me obligues— Amenacé, dando un paso más cerca de ella.

Margot sonrió y soltó una carcajada. —Pero, ¿qué hay de la puta? La llamas ayuda, pero es más que eso. Pensé que sabías que la corte desaprueba que las personas casadas salgan durante el período de separación antes de que se les permita divorciarse— Se quedó mirándome con su ojos muy abiertos escudriñando mi cara en busca de una reacción.

—Tengo un contrato legal con ella. Es mi empleada—. No, yo era el que tenía el control.

—Ah, ¿sí? ¿Un contrato? Bueno, yo también tengo algo que contarte—. Ella sacó su teléfono de su bata y se la enrolló nuevamente.

Las luces comenzaron a parpadear y oí voces familiares. Conocía esas voces. Éramos Mila y yo. —¿Qué demonios es eso?

Imposible. ¿Nos estaba acosando? ¿Era un video de nosotros intimando? Pero como rayos lo había conseguido.

—Cálmate, es sólo un pequeño video de sexo inofensivo. Todavía sabes cómo tratar a una mujer, ¿verdad, Josué?.

Margot se lamió los dientes, asintiendo con la cabeza a un lado.

—¿Cómo?—. Fue lo único que pude preguntar. Estaba sin palabras.

Cortó su teléfono y se lo volvió a meter en el bolsillo. —Todavía tengo acceso a las cámaras de tu casa. Puede que las hayas sacado de la habitación de Ariel y de tu habitación, pero olvidaste sacar las de la habitación de la puta.

—Margot— ya no estaba pensando. Estaba en shock, mi mente dio vueltas sin saber que hacer.

Si eso saliera a la luz, ni siquiera mi equipo de control de daños podría hacer algo para suavizar los golpes.

Entonces perdería a Ariel para siempre y me vería forzado a dividir cantidades sustanciales de mi dinero ganado con ella. Dinero que no gastaría en Ariel. Dinero que gastaría sin tener en cuenta ninguna responsabilidad.

Rechiné los dientes, sintiendo las venas de mi cuerpo abultadas. Mezclas de emociones me invadieron.

—¿Quieres rogarme que no le muestre a la corte? ¿Qué te parece esto? Deshazte de la puta y no pasaré este video de ti cogiendo con la niñera.

—No voy a suplicarte nada—, dije. —No soy de los que mendigan. Ya deberías saberlo.

Inhalé profundamente a través de mis fosas nasales. Nunca, nunca, había levantado la mano a una mujer, pero ahora mismo las hermosas caras de Mila y Ariel eran lo único que me impedían darle un puñetazo a Margot en la cara.

—Dame el teléfono.

Ella se rio desagradablemente. —¿Estás bromeando? Vamos, tal vez tengas la oportunidad de quedarte con Ariel si no meto la pata con miradas indiscretas—, dijo con falsa dulzura. —Y podría, si tengo una buena razón.

Me quedé callado, tratando de controlar mi temperamento.

—¿Tomo eso como un sí?—, se mofó. Levantó el teléfono y lo agitó. —Estaré observando—. Debe haberse sentido muy segura, porque ni siquiera se movió cuando me acerqué a ella y le arrebaté la maldita cosa de la mano.

—¿Quieres hablar conmigo sobre alguna obligación legal?— Gruñí. —Claro, bajo las antiguas y anticuadas leyes de este estado, técnicamente no se supone que salgamos o tengamos relaciones sexuales con otras personas hasta que nuestro divorcio sea definitivo. Pero tú y yo estuvimos de acuerdo en que todo había terminado entre nosotros y sólo estás invocando esta regla arcaica porque quieres controlarme y tener alguna forma de arrastrarme de vuelta a la corte. Dudo mucho que estés siguiendo esta estúpida regla. ¿Vas a quedarte ahí y decirme que has cumplido con ello a cabalidad?.

Intentó reírse, pero sus ojos no paraban de mirar el teléfono. —No voy a contarte mis asuntos privados, y no habría forma de que pudieras probarlo si lo hubiera hecho.

—¿No?— Mi rabia estaba ardiendo ahora. —¿Entonces estarías dispuesta a someterte a lo que sea necesario para probarlo?.

Se puso pálida y me miró con la boca abierta durante unos segundos. Luego -tenía que darle crédito por el esfuerzo- se encogió de hombros y se ahogó, — Por supuesto.

Dios, era una actriz maravillosa, podría ganar dinero si trabajara en ello. — Bien. Estoy estipulando que las pruebas de ETS y drogas sean parte de los procedimientos de custodia.

Su cabeza se agitó y supe que la tenía.

—Mira, Margot— Mantuve mi mano apretada sobre su teléfono celular, y no lo pasé por alto para que me atacara con sus garras extendidas para recuperarlo. —Ambos sabemos que no quieres la custodia de Ariel. Si estás de acuerdo en que obtenga la custodia completa y lo hago, seguiré pagando esta casa y tu auto, más un cheque mensual de pensión alimenticia de por vida.

Margot no lo sabía, pero yo ya había hablado con Manuel sobre el acuerdo que estaría dispuesto a hacer durante las fallidas fases de negociación de nuestro divorcio, y eso era todo.

Por lo tanto, no estaba renunciando a nada en el trato, a pesar de que estaba tratando de actuar como si lo estuviera.

Ella puso los ojos en blanco, pero este era el trato y más vale que supiera dónde estaba.

—Si el infierno se congela y obtienes la custodia, yo pagaré por la casa y el auto, pero haré que me facturen las compras, haré que me facturen la ropa de Ariel, los juguetes y los gastos médicos de Ariel, y nunca verás un centavo de dinero en efectivo. Y cuando Ariel se gradúe de la secundaria, todo mi apoyo terminará. Estarás por tu cuenta en la casa, los comestibles y el licor, y no habrá pensión alimenticia ni apoyo en ningún momento. ¿Está claro?.

En realidad, no me importaba si era claro o no, siempre y cuando supiera lo mortalmente serio que era yo. ¿Con quién se creía que estaba jugando? Construí una compañía por mi cuenta desde cero en menos de diez años, había visto todos los intentos de manipulación, extorsión y chantaje que había. Jugadores más grandes de lo que ella era habían intentado controlarme, y ellos habían pagado por ello. Ella no sería diferente. Así que no la dejé responder. Y salí de esa casa lúgubre.

Cerré de golpe la puerta de mi coche y apoyé la cabeza en el volante. Maldita sea, no estaba dispuesto a sacrificar a Ariel o a Mila. Iba a arreglar esto, así tuviera que sobornar a todos los jueces del estado para que ocurriera.

—¡Maldición!— Gruñí, rastrillando mis dedos a través de mi pelo.

Comencé a conducir de vuelta a casa hasta que los últimos restos de la

mañana jugaron en mi cabeza. Toqué la aplicación telefónica de mi coche y llamé a Mila. No contestó la primera vez, pero contestó cuando la llamé por segunda vez.

—Hola, Josué—, dijo ella, su voz era débil y apagada.

Respiré aliviado y aflojé el agarre del volante. —¿Mila? ¿Te encuentras bien? ¿Dónde estás? Estaba preocupado. Estabas tan molesta esta mañana.

—Estoy bien.

—No sueñas bien.

Conduje más despacio para poder hablar mejor con ella. No quería que se sintiera o sonara así. Mila suspiró por teléfono y oí un leve pitido en el fondo.

—¿Estás en el hospital? ¿Con tu hermano?

—Sí.— Estaba acongojada. Sonaba en su voz.

—¿Está bien?— Mila no respondió durante unos segundos y pensé que había colgado. Pero la pantalla táctil seguía mostrando nuestra llamada como conectada.

—... volveré más tarde dentro de una hora más o menos—, dijo ella.

Me mordí el labio.

—Bien. Podrás descansar un poco ahora que Ariel está en la escuela. ¿Estás segura de que no quieres que te recoja?

—Estoy bien. Gracias. Te veré más tarde.

—Mila, sabes que, si hay algo que pueda hacer para ayudarte, dilo.

—Adiós.

El cielo retumbó y empezó a llover. Tomé velocidad y fui a mi oficina en vez de volver a casa. Ya tenía a mi compañía de seguridad al teléfono.

Lo primero que tenía que hacer hoy era desmontar todo mi sistema de seguridad y poner uno nuevo.

Capítulo 22

Mila

Volví a casa aturdida, sin importarme que estaba en un auto deportivo de clase mundial. Recordé débilmente que debería estar conduciendo el Audi, el coche seguro, pero el pensamiento se fue tan rápido como si hubiera revoloteado por mi cerebro. Es que tenía mucho más en qué pensar.

Primero, por supuesto, Julián. Todavía estaba furiosa con mis padres, pero las cosas no eran lo que yo pensaba que eran. Sí, debíamos -es decir, mis padres- una tonelada de dinero al hospital. El seguro se negaba a pagar mucho de eso, y no podíamos costearlo con lo que hacían mis padres. No eran multimillonarios como Josué; sólo eran gente de clase trabajadora con un seguro de mierda y sobrevalorado que dejaba de pagar en el momento en que lo necesitabas.

Mi mamá, con su habitual brillantez en la comunicación de ideas importantes, sólo había estado tratando de decirme que iban a trasladar a Julián al cuidado a largo plazo. Como un asilo de ancianos. No estoy segura de que me hubiera gustado mucho esa idea si ella lo hubiera dicho en primer lugar, pero no era lo mismo que quitarle el soporte vital. Se sentía muy parecido a perder la esperanza en él, pero no era lo mismo que matarlo. Así que ahora que sabía lo que realmente quería decir, no me sentía tan desesperada.

No dejaba de pensar: si pudiéramos mantenerlo con todos los elementos, tendría más posibilidades de luchar por nosotros. Tenía más que suficiente esperanza en él para cubrir la cuota de toda mi familia y no me gustaba cuando hablaban tan negativamente de sus perspectivas de vida, aunque lógicamente sabía que estaban siendo mucho más realistas que yo.

Sólo quería hacer todo lo posible para mantenerlo con nosotros. Pero el asilo para ancianos tampoco era barato, y Medicare sólo lo pagaría si nuestro hogar tenía un ingreso menor a cierta cantidad de dinero, prácticamente si éramos pobres. Lo cual lograríamos, si yo me mudara y mis ingresos no contaran.

Bueno, eso estaba bien. De todos modos, ya no vivía allí prácticamente. Y tal vez... agité la cabeza. *No cuentes tus pollos antes de que salgan del*

cascarón, Mila. Aún no tenía idea de si Josué querría que me quedara por mas tiempo. Más que como la niñera de Ariel. No quería ser una chica tonta ilusionándose con cosas por haber tenido su primera vez con el hombre maravilloso que era Josué, no porque lleváramos un par de semanas a escondidas follando y luego haciendo como si nada hubiera pasado por la mañana, significaba que esto tendría alguna vez un futuro ¿no?

Me acerqué a la puerta, introduje el código y guie al Lamborghini hasta la puerta del garaje. El auto de Josué no estaba, y yo estaba decepcionada y aliviada al mismo tiempo por ello.

Eso me daría espacio para pensar en la segunda cosa que ocupaba mi mente. Josué y yo tuvimos sexo, y fue fenomenal. Quiero decir, no sabía que se podía sentir algo tan genial y Josué parecía ser muy bueno en lo que hacía.

Yo me estaba enamorando de él, llevábamos solo unas semanas de conocernos, pero el tiempo había sido intenso, lleno de momentos importantes para mi. Como compartir el cuidado de Ariel, una niña maravillosa, por la que haría cualquier cosa, además la forma en que me protegían y hacían sentir importante en sus vidas era algo imposible de compensarles. Josué quería ayudarme no solo porque yo cuidaba a su hija, si no por que le importaba, eso era algo tan lindo para mi. Todo aquí me hacía sentir en familia.

Algunas personas probablemente dirían que era natural pensar que me estaba enamorado de mi primera vez, que una mujer se lo tenía que decir a sí misma para justificar dormir con él en primer lugar. Conocía todos esos argumentos, y en este caso, eran mentiras. No tenía ningún problema en acostarme con alguien que me gustara o por el que me sintiera atraída, hasta hace unas semanas atrás había sido virgen porque no había sentido esa pasión por nadie.

Pero Josué no sólo era hermoso, sino que también era amable, generoso, protector e intenso.

Quizás su único defecto era esa horrible perra que quería utilizarlo para sacar un provecho a su favor. No tenía escrúpulos. Yo por el momento debía protegerlos, no permitir que algo les dañara de nuevo, debía estar mas atenta a esa mujer y sus artimañas.

Salí del coche y entré.

Capítulo 23

Mila

Probablemente debería haber estado haciendo muchas cosas, pero estaba en mi habitación tumbada en mi cama mirando al techo.

Había llamado a algunos asilos de ancianos, que contaran con las instalaciones para el cuidado especializado que Julián necesitaría: iba a ser costoso. Pero si Josué me dejaba quedarme como niñera de Ariel, podría pagarlo. Si yo volviera al bar a bailar, podría incluso guardar algo de dinero para el día en que Josué no me quisiera más como la niñera.

Ese pensamiento era deprimente, pero era una posibilidad y con mi poca suerte, mas me valía ser precavida. Me acomodé en la cama, así que me di la vuelta, y ahí estaba Josué, de pie en mi puerta. Se veía hermoso, como si hubiera salido de las páginas de una revista de negocios. Se había quitado la chaqueta, la corbata estaba aflojada, las mangas enrolladas hasta la mitad de los antebrazos y las manos atascadas en los bolsillos. Sexy, una delicia a la vista. Pasé la lengua por mi boca y mordí mi labio inferior como si viera un trozo de filete. Apetitoso. Rayos, este hombre era mi perdición.

—Hola—, dije en voz baja.

—Hola.— Se aclaró la garganta. —¿Estás bien?

Me encogí de hombros. —Sí, supongo que sí. Lamento la forma en que salí corriendo de aquí esta mañana.

Entró deambulando, sin apartar los ojos de mi cara. —No te preocupes por eso. Sólo estaba preocupado. Quiero ayudarte.

Me eché de espaldas y él se sentó en el borde de la cama junto a mis piernas. —Sé que quieres ayudar—, le dije. —Ese es el tipo de persona que eres. Pero Maldición — Me quedé sin aliento. —Me gustas, Josué. Me gustabas incluso antes de acostarnos. Y adoro a Ariel. Y me pagas un sueldo muy bueno. Así que no puedo pedir mas, no sé como manejar tanto.

Me miró fijamente, pero no dijo nada. Esto era realmente complicado para mi.

—Quiero decir,— continué, —¿qué clase de relación, *amistosa*, tendríamos si yo siguiera tomando dinero de ti?.

—Nunca me has quitado dinero— Su voz sonaba amable.

—¡Exactamente!— Me senté. Tenía que transmitir la importancia de este punto. —No voy a ser una de esas personas que te usan de esa manera. Y, bueno, espero que entiendas lo que quiero decir con esto, pero mis problemas, ya sabes, Julián y las cuentas del hospital y todo eso, son de mi incumbencia. Sé que tienes una buena intención, pero no hay nada más que puedas hacer, ya haces muchísimo por mí.

Me detuve y esperé a que dijera algo. Lo que fuera. Pero estaba en silencio. En este punto solo podía creer que lo había arruinado. Solo podía esperar ser lo más honesta que podía y no hacerlo sentir mal.

—Mira—, dije. —¿Cuál es la diferencia entre tu ex-mujer y yo?

Respiró hondo y apretó el puño contra el muslo. Debo haber tocado un nervio ahí.

—Tú quieres a Ariel— Salió casi como un gruñido, ya lo conocía bien en ese ámbito y Ariel era siempre lo primero.

—¡Sí!— Salió de mí como un descubrimiento. —¡La quiero tanto!, es cierto, pero yo siento que lo que más me diferencia es que he intentado no abusar de tu buen corazón.

Se rio sombríamente. —Claro que no lo has hecho. Eres otra cosa. No estás tratando de obtener algo de mí. Yo te pedí cuidar a mi hija y siempre has hecho lo mejor por protegerla, enseñarle y hacerla feliz.— Levantó una mano. —Vale, pero por eso mismo quiero ayudarte más.

—Pero no es lo que necesito— Busqué la mejor manera de explicárselo — Necesito saber que mi esfuerzo y mi trabajo dieron como resultado salvar a mi hermano, yo sé que para mi familia es difícil, incluso no los he visto mucho, pero los amo y haría lo que fuera necesario por ellos.

Suspiró y asintió. — Entiendo, creo que puedes lograr lo que sea, solo no quiero que te sientas sola, o sin un camino. Yo estoy aquí para ti.

—Gracias, es tu apoyo lo más importante para continuar—. Le toqué el hombro. Su firme y sólido hombro. —No necesito que me salven, Josué. Sólo necesito la oportunidad de hacer que funcione por mi cuenta.

—Esta bien, nena— Se giró y besó mi mano en su hombro. —Me gustas. Me preocupo por ti. Y ahora solo quiero besarte.

Me reí. Esperando que me hubiera entendido del todo. Durante este tiempo habíamos hablado muchas cosas, tanto vivencias personales como sueños, una parte muy grande de mí ya la conocía y sentía que yo también sabía una parte importante de él. La conexión que teníamos en este corto tiempo era muy grande. Nuestros ojos brillaban con una chispa especial desde que lo hicimos

por primera vez —De acuerdo, ven aquí hombre grande.

Antes de que pudiera parpadear, él me había empujado contra las almohadas y estaba hundiéndose en mi boca. Su cuerpo caliente y duro me presionaba y su erección se acomodaba contra mi pelvis. Me frote y mi clítoris ya empezaba a zumbar de excitación.

Bajó por la boca para besarme el cuello. Sus dientes me rasparon la piel y me estremecí. Se mudó a mi clavícula, lengua y dientes, chupando, lamiendo y mordiendo. De cero a sesenta en unos segundos, y yo sólo quería mas.

Sus grandes manos se encargaron de mi blusa y se deshicieron del sostén. Sostuvo un pezón en su boca como si se estuviera muriendo de hambre, prácticamente se los devoró, luego levantó la cabeza para lamirme toda la teta con la lengua, y todo lo que pude hacer fue empujarme contra él, obteniendo toda la fricción que pude en mi clítoris ardiente. Podría venirme así, y lo haría si él continuaba.

De repente, se apartó de mí y se desabrochó el cinturón. Ni siquiera sé a dónde fueron sus pantalones, pero mientras parpadeaba, tratando de volver a la tierra, él estaba parado allí con su camisa italiana colgando abierta, mostrando ese pecho musculoso y los abdominales de seis pares, y sosteniendo su enorme pene en la mano, acariciándolo, rosando sus bolas, mostrándolas y despertándose a sí mismo.

Me empapé las bragas. Sentí un fluido salir de mi vagina, preparándola para ser follada por esa herramienta monstruosa.

Me hizo un gesto con el dedo para que me acercara. —Ven aquí.— Me acerqué como un gato a él, sin saber qué me estaba pidiendo. —Chúpamelo. Quiero que lo lamas de la misma manera que te chupé los pezones. Dime cuánto lo deseas.

—Oh, Mierda. Lo quiero todo—, tartamudeé.

Me bajé de la cama y me arrodillé, arrastrándome hasta ese mástil firme que colgaba orgulloso entre sus musculosos muslos. Me agarré a sus piernas para apoyarme y bajé mi boca sobre su resbaladizo y salado mango.

Cerré los ojos y me quejé. Esto podría ser tan bueno como tenerlo dentro de mi vagina.

Josué se inclinó hacia adelante cuando yo empecé a chupar. —Dilo. Di que me deseas. Dime que te quedarás.

Su mano presionó la parte de atrás de mi cabeza, haciéndome tomar más de su pene hasta mi garganta. Los sonidos, los gorgoteos que hice contra él, me mojaban cada segundo. Tuve que envolverlo con mis dos manos, y todo estaba

mojado con mi saliva y su pre semen.

Que me llenara la boca así... era muy sucio, pero me excitaba. Podía saborear su piel, limpia pero almizclada, y sentir cada vena, cada inmersión y cada cresta, con mi lengua y mis labios, y jugaba con él con mi lengua como mejor podía antes de tragarme su semen. Después de un rato de succionar, me agarró de la cabeza y metió todo su miembro en mi boca, supe que acabaría en ese instante.

Ya con el semen espeso saliendo de mi boca y bajando por mi barbilla y cuello dije:

—Te quiero a ti y me quedaré aquí contigo, pero por favor, no puedo mas—
Vi su pene erecto frente a mi palpitando listo para continuar.

Me levanté rápidamente para sacarme la ropa que tenía.

Sus ojos ardían mientras me veía acostarme en la cama con las piernas abiertas.

Un par de gotas cayeron de su miembro mientras se arrastraba sobre mí, preparándose. —Eres toda mía, solo mía— Metió su pene y yo gemí fuertemente.

Incluso a través del calor de su lujuria, era lo suficientemente poderoso para ser gentil. Siempre terminaba pidiéndole mas, no quería que se contuviera por que yo era delicada, lo quería sentir con toda su fuerza en mí. Grité mientras él se hundía dentro con cada estocada, sintiéndome llena y extasiada.

Sabía que no teníamos protección, algunas de las veces anteriores él acababa afuera pero no era lo mismo y justo ahora no podía parar, no quería que se saliera, tenía que seguir cogiéndomelo, quería sentirlo explotar dentro mío.

—Dios, te quedas como un guante apretado. Eres deliciosa, nena, eso eres—, siseó, sosteniendo mis muñecas por encima de mi cabeza. Puso su peso sobre ellas, haciendo que me hundiera en la cama, dándole a su pene más libertad de acción para ir más profundo.

—¡Josué, siiii, así!—

Estábamos muy unidos. No quería que esto terminara. —Me voy dentro de ti—, gruñó.

—¡Sí! ¡Yo voy, sí!— Grité, con las piernas a su alrededor.

La semilla caliente de Josué se inundó dentro de mí. Podía sentir su ímpetu tan fuerte. Seguí empujando contra él y me vine también, los músculos de mi vagina ordeñaron cada gota de su semen, la raíz de su miembro empujaba

contra mi clítoris de una manera plácida.

Josué se cayó a mi lado, soltando mis muñecas.

Nos tumbamos allí, sudorosos, jadeantes, sin aliento, bajando de la intensidad del encuentro. Finalmente se dio la vuelta, pero lloriqueé cuando se separó de mi cuerpo.

Me acarició el pelo y la piel, suave y distraídamente, mientras yo le acariciaba el pecho.

—¿Mila?

—¿Hmmm?— fue lo único que pude emitir.

—Tenemos que hablar de algunas cosas.

—No puedo.

Se movió, e incluso con los ojos cerrados, me di cuenta de que me miraba.
—¿No puedes?

—Mi mente está nublada por el éxtasis. Aún no puedo pensar con claridad.

Se rio suavemente. —Sé a qué te refieres. Pero pronto tendremos que traer a Ariel de la escuela.

Me apretó más cerca de él. Me encantó eso. Sabía que no podía durar para siempre, pero me sentía como si fuéramos una familia. Sólo un hombre y una mujer, acurrucados en la cama, hablando de tareas de paternidad, esto era pura fantasía, pero ¿qué daño podría hacerme pretender un poco?

—De acuerdo—, dije, retrocediendo y entrecerrando los ojos. —Hablemos.

Dudó. —Verás, se supone que la madre de Ariel y yo debemos permanecer separados sin salir con otras personas durante dos años hasta que la corte nos conceda el divorcio. Es una regla arcaica y sé que ella no la ha seguido, pero hasta que tú llegaste, yo había seguido la regla, por defecto.

—Uh oh,— murmuré. —¿Por qué siento que sé adónde va esto?

—Escúchame—, dijo con tristeza. —No me he acostado con nadie en más de dos años hasta que tú apareciste. Después de estar con ella, no quería complicar mi vida con otra mujer. Y si tenía un impulso físico, lo solucionaba yo mismo.

—Vale...

—Estoy tan cerca, Mila—, dijo. —Ella no obtendrá la custodia, y estamos a dos semanas de finalizar el divorcio. Pero no quiero perderte. Siento algo por ti, Mila. Eres mía y no pienso dejar esto que tenemos.

Dijo esta última parte con fiereza, mirándome profundamente como calando mi alma.

¿Tú eres mía? Dios. ¿Habría una esperanza para nosotros?

Me apoyé en mi codo y lo miré. —Entonces, ¿estás diciendo que tener sexo está poniendo en peligro tus posibilidades de obtener la custodia de Ariel? ¿Y hasta ahora lo dices?

—Bueno...— su ojos miraron a un lado como buscando algo que explicar.

—Mierda—, dije. Volví a caer sobre su pecho. —Sabía que esto era demasiado bueno para durar tanto.

—Eso es lo que estoy diciendo—, insistió. —No voy a hacer eso. Es una regla tonta de todos modos, y ella ni siquiera la cumple, así que ¿por qué debería hacerlo yo?

Agité la cabeza. —Ya sabes por qué. Y la razón es tan grande que no deberías si quiera pensarlo, quiero decir *grande*, la única cosa más importante que *esto* es Ariel. Así que— respiré profundamente. No podía creer que estaba a punto de decir esto, —lo dejamos en suspenso por las semanas que sea necesario, hasta que el divorcio sea definitivo ¿Verdad?—

—No— soltó inmediatamente él.

—No seas testarudo—, dije, dando vueltas para besarlo una vez más. —No es una pregunta. Es lo que haremos. Ahora vistámonos y vayamos a buscar a nuestra chica.

Capítulo 24

Mila

Habían pasado tres semanas de que no teníamos sexo. Lo que se suponía serían dos semanas para el juicio de divorcio y custodia, llevaba más tiempo del programado. Margot se había encargado de retrasar cada papel y cada cita que podía. No toleraba a esa mujer, era una bruja realmente. Pero Josué todavía se aseguraba de que yo estuviera cómoda, alimentada, con gasolina en el auto y dejó una tarjeta de crédito para que yo hiciera las compras, intentaba darme lo mejor para que nuestra rutina fuera agradable y las cosas fueran de mi gusto, no era necesario, pero así era él.

Me puso como contacto de emergencia de Ariel en la escuela, y puso mi nombre en sus formularios HIPAA en el consultorio del médico en caso de que yo necesitara llevarla allí. Y habíamos tenido unas cuantas conversaciones a altas horas de la noche, llenas de tensión, en las que nuestras bocas solo querían juntarse y sin embargo hablaban de cosas del día a día y nuestras terminaciones nerviosas gritaban para que nos tocáramos entre nosotros, pero no lo hicimos. Sabía que no era más fácil para él que para mí.

Empezó a irse a trabajar más temprano, dejándome a mí para que llevara a Ariel en la escuela, lo cual no me importó, por supuesto. Y volvía a casa más tarde, después de la cena, pero siempre a tiempo para meter a Ariel en la cama. Yo sabía por qué, él estaba tratando de evitar la tentación, y supongo que funcionó, porque nada físico se interpuso entre nosotros todo este tiempo.

Por otro lado. No es que estuviera de humor para ello, en realidad. Esta última semana no me había sentido muy bien. Se suponía que mi período ya debería estar aquí, pero no fue hasta después que estos tres últimos días me la pasara vomitando cada cosa que comía, que lo medité y fui por un test de embarazo.

A la mañana siguiente, justo después de mi sesión de vómitos programada por la mañana, oriné en el palo y esperé a que pasaran el tiempo que indicaba el paquete.

Fue una larga espera, pero los resultados finalmente comenzaron a aparecer. Dos líneas.

—Esto no puede ser—, me susurré, cubriéndome la boca con mi mano

temblorosa. Me incliné sobre el lavabo y miré nuevamente el palo.

—Oh, Dios, ¿qué le diré a Josué?— No era un error. Incluso tenía los síntomas.

Dios, esto si era algo que no me esperaba. Sabía que hacerlo sin protección podía llevarnos a esto, pero no imaginé que tan pronto. Tenía que pensar en algo.

Josué llamó a la puerta. Me di cuenta de que era él por la autoridad en sus golpes. Eran fuertes y vibraban desde la puerta.

—Mila, ¿quieres que deje a Ariel en la escuela esta mañana?

Me arrastré hasta la puerta y puse mi cara cerca de la costura. —Eso sería genial—, dije débilmente. —No me siento muy bien.

—¿Necesitas algo?—, preguntó. —Puedo llevarte a un médico.

—No, estaré bien.— Puse mi brazo sobre mi vientre.

Su hijo estaba creciendo dentro de mí. Eso era todo.

No tenía ni idea de cómo podía decírselo. No con todo lo que pasaba en su propia vida. Me sentí como una idiota, a pesar de que sabía que se necesitaban dos para bailar tango.

—Llámame si necesitas algo.

—Gracias.

—¡Adiós, Mila!— Ariel gritó a través de la puerta. —Espero que te sientas mejor pronto.— Su voz burbujeante me provocó ternura y emoción.

—Gracias, Ariel, ten un buen día.

Tomé un pequeño baño con agua caliente para calmar mis nervios y me puse un pijama liviano para bajar y conseguir algo de comida. No era de extrañar que tuviera antojo de algo dulce.

Abrí el refrigerador, mi apetito apuntaba al jugo de naranja. Lo agarré y saqué un vaso del armario que estaba a un lado. Lo tomé tan pronto como el borde tocó mis labios.

—Dios, este jugo de naranja sabe bien.

—Así es, ¿te gusta?— Dijo una voz familiar desde la esquina. Primero pensé que alguien del personal había llegado antes —¿Quién es?— pregunté, pero cuando me di vuelta y la vi, parada, frívola y como un maniquí, supe que era Margot.

—Hola, querida. Mírate. En pijama en casa mientras Josué está fuera con nuestra hija.

—Su hija—, corregí.

—Qué perra más sexy, ¿no?.

Debe haber entrado en la casa después de que se fueron. Estaba esperando para abalanzarse, podía sentirla como una víbora esperando para atacar. Pasó un dedo por la isla de mármol de la cocina de Josué y la miró con una sonrisa tímida. Me trasladé al cajón de los elementos de amasar y saqué un uslero.

—¿Un uslero?— Levantó una ceja perfectamente formada. —¿Qué vas a hacer con eso?.

—Te golpearé si te acercas más a mí— azoté el garrote en mi mano para mostrarle que no jugaba.

—No necesito tocarte para herirte. No, en absoluto. Verás, le di tiempo a Josué. Mucho tiempo, pero aún así se resiste. No se librará de ti, pequeña puta—. Recorrió la isla de vuelta.

—Aléjate de mí, voy a llamar a la policía— Le dije, cogiendo mi teléfono. —No quieres hacer eso. Hay una buena razón para esto. —Margot sacó su teléfono y lo usó. —Mira, tengo este video. —Ella me enseñó la pantalla.

No pude verlo claramente, pero podía oír los sonidos que venían del altavoz.

—Josué nunca fue tan estricto con la seguridad. Aún tenía acceso a las cámaras, y él olvidó sacar la cámara de tu habitación una vez que te mudaste.

Ella detuvo el video y puso su teléfono de nuevo en su bolso. El maquillaje oscuro de Margot la hizo lucir tan malvada como actuaba. Ariel no se parecía en nada a ella.

—Estás tratando de chantajearlo, ¿no?— Reforcé el agarre de la madera en mi mano. —Todo lo que te importa es su dinero. ¿Nunca te importó él o ella?

—¿Dinero?— Se me acercó de nuevo. —No, no sólo es por eso. Verás, si le muestro esto a la corte, y sabes que puedo hacerlo, accidentalmente se filtrará a los medios de comunicación, su vida estará expuesta para que todos la vean. Su compañía se empañará, su reputación se arruinará, no lo volverá a ver a su hija, y la mitad de sus bienes serán míos. Simple.

Se detuvo, se agachó y descansó los codos en la isla. Habíamos hecho un círculo completo y medio alrededor de la cocina.

—¿Por qué estás esperando entonces?— Le pregunté.

—Tal vez quieras bajar el tono de la actitud, cariño. Porque eres la única que puede ayudarlo.

—¿Qué? ¿Cómo?.

—Vete. No te pongas en contacto con él, ni lo busques, ni siquiera pienses en él de nuevo. Desaparece.

—¿Y cómo te ayuda eso?

—Puedo verlo sufrir mientras pierde algo que ama. Incluso podría quedarse con Ariel. No quiero a esa niña llorona de todos modos. Quiero verlo retorcerse en agonía.

—¿Sólo porque quieres el control de su dinero?— Bajé un poco uslero.

Margot no solo estaba loca, era un nivel sorprendente de locura. Ella era de las que querían destruir la mente, no el cuerpo.

Maldita sea.

—Sí. Cuando se divorció de mí, me quitó mi poder. Ya nadie me quería cerca. Fui expulsada de la sociedad— Margot miró por la ventana cepillando un pedazo de su cabello ondulado de color rojo oscuro detrás de la oreja.

Eso era todo lo que le importaba: el dinero y el poder.

—Es tu culpa por usarlo—, le dije. —Nadie podría quererte cerca porque eres una perra manipuladora.

—¿Y? Eso es lo que hace la gente rica.— Ella sonrió, irguiéndose otra vez.

—Eso es lo que hace la gente mala—, le respondí

—Mira, no tengo todo el día. Quiero que te vayas, y quiero verte hacerlo. Así que vete, empaca tus cosas y te dejaré en la ciudad. Ahora—, exigió ella, señalando hacia las escaleras.

Al principio dudé.

Pero ese video, Dios, Josué sería humillado. Era una persona tan reservada, y había mantenido su vida personal fuera de los medios por tanto tiempo. Pero mucho peor, podría perder a Ariel, y yo nunca, jamás, podría ser la causa de eso.

Pero yo, yo estaba embarazada. Si se enterara del bebé, haría lo que fuera para herir a Josué.

Aunque las circunstancias en las que fue concebido eran una locura, yo sabía que quería este bebé. Nunca había pensado que quería ser madre. Pero un instinto materno natural me invadió al saber que estaba en mi vientre, que algo tan pequeño e indefenso y que era mío estaba guardado en mí.

Yo amaba a Ariel y a su padre.

Oh, Dios mío. *¿Cómo me dejé llevar y me enamoré de él?*

Los echaría mucho de menos. Pero había una nueva vida en la que pensar ahora. Yo debía actuar de la mejor manera, proteger a Ariel, a quien amaba y resguardar la vida de mi hijo, que amaba y dependía de mí.

Subí las escaleras, con el estómago revuelto por las amenazas de Margot y los cambios por los que estaba pasando mi cuerpo. Menos mal que no tenía tantas cosas. Metí lo que pude en mi viejo bolso y me esforcé por salir rápido

antes de que la emoción me invadiera mas.

Margot estaba esperando en la puerta principal. Miré hacia arriba y a mi alrededor.

—Lo siento, Josué— Me dije a mí misma en voz baja mientras sacaba mis cosas a la calle.

—Buena chica. Vamos.

Su coche era un Rolls Royce Ghost. Ella golpeó mis cosas en la parte de atrás y entró. Abrí la puerta del copiloto y antes de entrar al coche, di un ultimo vistazo a la mansión.

—Adiós.

Capítulo 25

Mila

Margot me llevó a la ciudad y ninguna de las dos dijo nada en todo el camino.

Eso estuvo bien para mí. La quería fuera de mi vida, de la de mi bebé y deseaba que de la de Josué y Ariel, para siempre. Una vez que se convenció de que había conducido lo suficiente, se detuvo en una esquina de la calle.

—Aquí estamos. Fuera de aquí. Recuerda lo que te dije. No quieres ver al pobre *Sr. Crawford* sufriendo, ¿verdad?.

—No—, murmuré al salir

Cogí mi bolso de la parte trasera de su coche y apenas cerré la puerta partió rápidamente —Perra asquerosa—, le dije, dándole el dedo medio mientras ella desaparecía en la siguiente esquina.

Sabia que con esto sería mas difícil aun mantener a Julián, pero debía hacer las cosas por un bien mayor, no podía por mi egoísmo y mi propia responsabilidad de mantener a Julián, hacer que Josué perdiera a su hija, mucho menos sabiendo que Ariel terminaría con esa loca descerebrada. Iba a perder a Julián y había perdido a Josué y Ariel justo ahora que sentía que eran mi familia. Solo me quedaba mi pequeño bebe.

* * *

Entré en el bar, una hora antes de que abriera. Hacía tiempo que no veía este lugar. El olor a licor barato hizo que mi estómago se revoliera. Pero incluso a pesar de eso, fue agradable estar aquí.

Anhelaba una sensación de normalidad, de seguridad. Algo que me recordó antes de que me conociera Josué, donde reía e hice amigas.

El Sr. Eliott me vio caminando y sus ojos se iluminaron. Todo lo que probablemente vio fue un enorme cheque de pago. Había empezado a ser una de las favoritas entre los clientes.

El Sr. Eliott extendió los brazos y gritó: —¡Mila! ¡Bienvenida de nuevo, no esperaba verte!— Me dio una palmada en la espalda.

—Hola, Sr. Eliott. Siento haberme perdido así. Pero el trabajo de niñera era

demasiado bueno para dejarlo pasar.

—No, no te preocupes. Si tú respetas el dinero, yo te respeto a ti—. El viejo y contundente Sr. E.

—Así que, ¿todavía tiene espacio en el bar?— Le pregunté. La expresión de felicidad en su cara cayó en un ceño fruncido.

—¿Quieres trabajar en el bar? ¿No bailar? Vamos, Mila, traías mucho dinero.

—Lo sé, pero ya no creo que pueda bailar.

—¿Por qué?— refutó el hombre.

—Estoy embarazada—. Me froté el estómago. No sé cuanto tiempo iba a pasar antes de que se notara mi barriga.

—Oh mierda. ¿Te fuiste de aquí como una chica inocente y ahora estás embarazada? Enhorabuena. Está bien, está bien. El bar entonces. Seguirás recibiendo muchas propinas gracias a los recuerdos sexys. Los chicos vienen aquí preguntando por ti todo el tiempo.

—Gracias, Sr. Elliott.— No estaba segura si agradecer ese comentario, pero supuse que era lo adecuado para decir.

—Sí, sí, sí, adelante, prepárate para la apertura.

Me dirigí al bar, ya no tenía el ritmo de trabajo de antes, me sentía lenta y con un poco de sueño.

De repente Karen saltó en la barra antes de su rutina nocturna; —Un trago de whisky... ¡Hey Mila! ¿Estás trabajando detrás de la barra otra vez?—, preguntó ella, subiéndose a un taburete.

Le gustaba tener una oportunidad antes de que todos se amontonaran. Un trago era suficiente para aflojarla, pero no hacerla descuidada.

—Sí. No más baile en el caño para mí—. Dije antes de que se sumergiera su marca favorita de whisky.

—Puedes volver cuando quieras. Sabes que al Sr. E. le encantaría tenerte.

—Gracias. Fue divertido estar allí una vez que me acostumbré.

Tal vez dentro de 15 meses, después de tener el bebé y perder la barriga.

Me estremecía la idea de tener que planear tan lejos en el futuro. No tenía idea de lo que estaría haciendo con mi vida para entonces. En este punto, sólo podía pensar un día a la vez. Simplemente pasar por un período donde los pies se me hincharían y la barriga chocara en la barra me hacia volver loca.

No podía creer que tuviera que renunciar a mi único amor verdadero, y a su linda hijita también. Mi corazón se rompió al pensar en ella imaginando que la había abandonado sin ninguna razón.

Ciertamente había pasado por mucho, y odiaba que tuviera que lidiar con esto además de todo lo de su madre.

Vertí otro poco de whisky para Karen en su vaso y lo empujé hacia ella. Lo tomó y se lo tragó de un tazo.

—Maldita sea, me encanta esto. Me alegro de verte de vuelta.— Saltó del taburete y desapareció detrás de la cortina negra.

Unas horas después, el lugar estaba lleno de gente. La música vibraba, y los bailarines dieron un buen espectáculo. No solía prestarles atención como ahora. Supongo que la experiencia de estar ahí arriba aún perduraba. Me encontré animándolos, y algunos de los hombres me miraron de reojo, obviamente preguntándome si yo también entraría allí.

Sin embargo, habían pasado tres días y las propinas estaban lloviendo, ya que el Sr. E. tenía razón acerca de que algunos de los chicos estaban felices de verme de nuevo en cualquier cargo, y de darme aún más dinero del que probablemente me darían si hubiera estado bailando en el escenario. Así que me encontré soltando un gran suspiro de alivio, ya que todo parecía normal, o incluso bueno.

Hasta que entró.

—¿Mila? ¿Es aquí donde has estado?— dijo Josué, caminando hacia el bar. Estaba demasiado ocupada para poder parar y hablar con él, y estaba agradecida por ello. No había estado preparada para verlo, y realmente necesitaba un minuto para pensar qué decir, habían pasado unos días, pero siempre que meditaba sobre el asunto quedaba mal y prefería continuar y no pensar más.

—¡J-Josué! Estoy muy ocupada...

—Necesito hablar contigo, ahora.

—Realmente no puedo— Estaba haciendo malabares con mucho alcohol en las manos y preparando unas bebidas para la gente que estaba esperando. A Josué no le gustaba esperar. Así que saltó por encima de la barra y me cogió en sus brazos. —¡Espera, ¡qué estás haciendo! ¡Josué, tengo trabajo que hacer!

¿Qué había pensado, que no iba a venir aquí a buscarme? Fui tan estúpida. Una parte de mí estaba feliz de que me encontrara, otra estaba muerta de miedo.

—Baja a la chica—, advirtió el gorila.

—Mila, díles que se muevan. Necesito hablar contigo en privado.

—Rubén, lo conozco. Volveré enseguida—. Miré con ira a Josué. —¡Pero

tienes que bajarme!

—Bien—. Me obedeció a regañadientes y salimos al mismo callejón donde nos conocimos hace meses.

Miré a mi alrededor y por encima de mi hombro. Josué aclaró su garganta.

—¿Por qué has vuelto aquí? Después de todo...

—Josué, para— Levanté las manos y lo detuve a mitad de la frase. —Sé lo que está pasando. No puedo estar cerca de ti. No puedo ser la razón por la que lo pierdes todo—, le dije angustiada, sosteniendo mis brazos.

Tenía que salvar al hombre que me salvó.

—¿De qué estás hablando?— Josué se acercó a mí con los brazos abiertos.

—Mira, tengo que irme.— Me volví hacia la puerta y agarré la manija.

—No, Mila. Estoy aquí para hablar y quiero entender— Me agarró del brazo y me acercó a él. Su perfume me elevó, tan varonil... tan él.

—No puedo, es demasiado peligroso— Ahora estaba hablando demasiado.

—Espera, ¿esto es por Margot? ¿Te amenazó? ¿Te dijo que te mantuvieras alejada?

—No, yo sólo...

—Es ella.— Josué podía ver a través de mi.

Es hora de soltar la bomba. Tenía derecho a saberlo. —Estoy embarazada.

—¿Embarazada?— Me miró fijamente y luego me agarró por los hombros.

—¿Pensaste que yo te pediría que te fueras?

—Por supuesto que no. Pero no puedo quedarme contigo.

—No me estás diciendo toda la verdad. No puedo dejarte aquí trabajando en el bar si estás esperando un hijo mío. Debemos ir a casa. Ariel te extraña. Yo te echo de menos.

Tomé mi cabeza y me froté la frente. —Ella tiene un video de nosotros...— ya lo estaba admitiendo.

—Ya sé... Pero ... ¿Cómo sabes tú eso?— me cuestionó.

—Vino a casa cuando llevaste a Ariel a la escuela ese día. Quería arruinarte y quitarte a Ariel. Yo... te quiero. No puedo dejar que te haga eso. ¿Y tú cómo lo supiste? ¿Cuándo te enteraste?.

—Trató de hacer que me deshiciera de ti. Pero no iba a dejarte tan fácilmente... como tú lo hiciste— Ouch, sus palabras me dolieron como un puñetazo en el corazón. Miré al cielo y vi la luna.

Pasó una brisa fría y me estremecí. Tenía que volver al trabajo, a fin de cuentas, mi decisión ya había sido tomada y ahora tenía que continuar — Adiós, Josué. Tal vez cuando todo esto termine podamos continuar donde lo

dejamos. Por ahora, no puedo verte sufrir.

—Mila, ya estoy sufriendo sin ti.

¿Qué se supone que tenía que decir a eso?

Capítulo 26

Josué

Estaba a punto de conseguir que Mila se fuera conmigo. Lo sentí. Sabía muy bien que Margot era una mentirosa y una manipuladora. Mila era mía desde el momento en que la vi. Y ahora no podía hacer otra cosa más que quererla. Mucho más cuando me estaba contando que estaba embarazada. La entendía, claro que lo hacía. Margot era especialista en asustar a cualquiera que considerara rival.

Pero la mayor verdad es que sin ella solo me sentía débil y con ella a mi lado, me sentía invencible, la necesitaba para salir de esto. Irse no me protegía, por el contrario.

—Ven a casa, Mila. Dime que tengo que hacer para que estemos bien. No quiero verte así, dime que hago para que vuelvas a ser esa persona vibrante y feliz que salvé en este callejón aquel día.

—Realmente eres un buen hombre, Josué. Pero Margot...

Miró hacia atrás por encima de su hombro.

—Si realmente crees que ella va a mantener su promesa, entonces estás muy equivocada.

—Pero aún no ha publicado el video, eso quiere decir que te estoy protegiendo—, argumentó Mila, tratando de encontrar una explicación razonable para mantenerse alejada de mí.

—No hay video, nena.

¿El maldito video fue la razón por la que se fue? Dios, si hubiera sabido que ese era el problema, no habría tenido que sufrir, ni ver a Ariel lamentarse estos días sin ella.

—¡Sí, lo hay!— se puso furiosa. —Ella me lo mostró, yo lo oí. Dijo que, si no me iba, ¡lo daría a conocer a los medios de comunicación! Y eso te destruiría, sabiendo que te quitarían a Ariel.

—Ella me dijo eso también,— le conté, —el día en que fue a la casa y te arrebató a mi hija. Fui a decirle que la dejara en paz y a ti también, y me lo mostró.

—Pero tú...

—Lo destruí. Destruí todo su teléfono, y estoy completamente seguro de que

no hay copia de seguridad. No se le habría ocurrido, porque estaba obsesionada con regodearse, pero hice que mi equipo de seguridad lo comprobara de todos modos.

Cruzó los brazos delante de ella —No lo entiendo.

Me encogí de hombros. —Margot es una mentirosa y hará lo que sea para salirse con la suya. ¿Realmente viste el video?.

Se aplastó la cara, tratando de recordar. Maldición, era tan linda, incluso en medio de todo este caos.

—Creo que no. Quiero decir, ella me lo enseñó, y luego escuché, ya sabes, sonidos sexuales.

—Sí.— Le sonreí. —El original era bastante caliente, probablemente más caliente que cualquier basura que sacó de Internet para engañarte y hacerte creer que aún tenía algo. Pero no te mostró el video por que no era el original. No pudo.

Agitó la cabeza y se agachó para sentarse en un cajón. Maldición, debí haber pensado en sentarla antes, que desconsiderado. —Aunque no importa. Me usará para hacerte daño a ti y a Ariel, de cualquier forma, que pueda encontrar. Ahora también usará a este bebé, o incluso lo podría lastimar. Sólo necesito alejarme de ti.

Eso era cierto, ella estaba embarazada de mi hijo y había que mantenerlo a salvo tanto como a Ariel, pero con mayor razón la quería cerca, *yo* debía cuidarlos y una mujer así no podía ganar. Si Margot la estuviera vigilando como yo creía, el único lugar seguro para Mila era conmigo. Tenía que proteger a nuestro bebé, proteger a nuestra familia.

Todavía no podía creer que Mila iba a tener a mi segundo hijo. Un sentimiento de orgullo y felicidad brotó dentro de mí antes de que recordara que debía concentrarme en el tema que tenía entre manos.

—No estoy diciendo que no volverá a ser un problema—, admití. —Y probablemente está buscando una nueva forma de hacernos daño. Definitivamente no puede ser confiable, sin embargo, si no tiene nada, no tendría como arruinarnos. Ella no hará nada con lo que pueda perder dinero.

—¿Sabes?, tienes un punto válido justo ahí—, admitió, dando golpecitos con el pie en el suelo mugriento del callejón.

—Yo puedo manejarla—, insistí. —No tiene nada con que hacernos daño si nos mantenemos unidos— Mila bajó los brazos a los costados y sonrió.

La puerta del bar se abrió y salió un hombre corpulento con un bigote grueso y un fuerte acento.

—Oh, Mila, aquí estás. Te necesitamos aquí o tendré que darle tu turno a Jonathan—, dijo a través de su voz crepitante.

Debe haber sido un fumador de puros. Manuel lo era, y su voz sonaba igual.

Mila alisó su delantal y suspiró. —Puede hacerlo, Sr. Eliott. Tengo que irme a casa.— Y yo sabía lo que quería decir con eso.

—Muy bien, muchacha. Ten cuidado, ¿me oyes?.

—Sí, señor. ¡Buenas noches!— Se volvió hacia mí. —Sólo tengo que entrar y coger mi bolso. ¡Vuelvo enseguida!

Sostuve su mano antes de que entrara apresurada por sus cosas —Date prisa. Te he echado de menos. Ariel estará muy emocionada de verte de nuevo. —, quería decirle mas, quizás, que la amaba, que estaba feliz por nuestro hijo, tantas cosas. Pero sabía que este no era el lugar. Y esperaba tener tiempo de recostarnos y conversar tranquilamente todo.

Unos minutos más tarde, salió corriendo por la puerta principal y se sentó con cuidado en mi coche. Una vez que cerró la puerta, sostuve su mano que descansaba en su regazo. Ella puso una cara de preocupación —¿No crees que Ariel se enfadará conmigo cuando se entere de que podría estar recibiendo un hermano o hermana, ¿verdad?.

—Se acostumbrará a ello. Además, eso significa que serás su mami después de todo.

—Supongo que sí—, se rio.

Mila miró por la ventana y se reclinó en su asiento. Estaba encantado de que empezara a relajarse y a recordar que podía confiar en mí.

—¿Sabías que me dejó en medio de la ciudad?— comenzó a contarme. — Ella conducía un Rolls Royce Ghost.—, puso los ojos en blanco.

No era de extrañar la falta de sutileza de Margot y podía esperar lo peor de ella.

—Lo compró con mi tarjeta de crédito poco antes de que iniciara el divorcio.

Mila aspiró a través de sus dientes. —Ouch. ¡Eso es mucho dinero!.

—En realidad eso no me importa. Pero me molestó que no me dijera que lo estaba haciendo. Creí que alguien había hackeado mi cuenta hasta que vi esa cosa llamativa en la entrada.

Un terrible chillido llenó la noche, y luego ¡bam!

Un auto nos chocó por un costado, empujando mi auto más allá de la intersección y haciéndonos girar en círculos rápidos. Nos detuvimos, me desabroché el cinturón de seguridad y me di la vuelta para ver a Mila. Su lado

se había llevado la peor parte del golpe.

—¡Mila! ¡Maldita sea, abre los ojos! ¡Amor!— Mi cabeza seguía girando, pero Mila me necesitaba.

—¿H-huh? Josu...

—No hables, vas a estar bien.

Miré a mi alrededor mientras sacaba el teléfono del bolsillo. El coche que nos había chocado iba a toda velocidad, y ya estaba demasiado lejos para obtener el número de matrícula.

Llamé al 911 y tomé la mano de Mila hasta que llegaron los paramédicos.

Capítulo 27

Josué

Me senté con Mila todo el tiempo a pesar de los constantes esfuerzos de las enfermeras para que me acostara. No podía estar tranquilo hasta saber que ella y mi bebé estaban bien.

El médico entró en la habitación con su bolígrafo y su tableta y observó los monitores.

Manuel y su esposa estaban cuidando a Ariel por mí esta noche, ahora, le envié un mensaje de que llegaría tarde. No quería preocuparlo aun, y mucho menos que asustara a Ariel. Esperaba que me dejaran ir y estar con mi hija.

—Doctor, ¿estará bien? Está embarazada, ¿el bebé está bien?.

—El bebé está bien. Ella es afortunada. Todo lo que sufrió fueron algunos moretones y un pequeño corte—. Es bueno que descanse, pero estamos monitoreándola. —¿Sabes lo que pasó?.

—Fue un choque y fuga—, dije.

Y fue deliberado. Alguien bien entrenado sabía cómo golpearnos y aún así poder seguir adelante.

Sólo había una persona que conocía que tenía el enojo y los recursos para hacer esto.

—Dios. Lamento oír eso—, dijo el doctor, moviendo la cabeza.

Frunció el ceño y revisó su tabla una vez más.

—¿Cuándo puede irse a casa?— pregunté, frotando el dorso de la mano de Mila.

—Con una golpe en la cabeza, queremos que pase la noche aquí—, dijo. —Tú también, ya que debemos estar seguros que el efecto látigo que se produce en estos caso no tenga consecuencias importantes y además el golpe en el pecho con el manubrio es para analizar. Pero es sólo por precaución. Todo parece estar bien, de verdad.

Buenas noticias. Por ahora.

Los ojos de Mila se abrieron y giró la cabeza sobre la almohada hacia mí. —Josué, ¿qué pasó?—, preguntó ella, su voz resquebrajándose por su profundo sueño.

—Nos chocaron, cariño. Y creo que fue Margot—, susurré.

—Dios, pensé que era una pesadilla— Mila luchaba por sentarse. —¿Ella golpeó nuestro auto?.

—Supongo que le pagó a alguien para hacerlo, pero tiene todas sus huellas. No te preocupes, me encargaré de ella.

Mila me agarró la mano. —Josué, por favor, no le hagas daño. Tú no eres como ella. Eres mejor.

Mila tenía un buen corazón. Pero Margot estaba a punto de llevarme a territorio peligroso. Debería estar agradecida en lugar de odiar a Mila- ahora mismo era lo único que me impedía ser duro con ella.

—No lo haré. Descansa un poco, estaremos bien.

—Solo mi hermano y yo podríamos estar en un hospital por un choque en vehículo, como para no creer— Murmuró, pero escuchó mis instrucciones, acurrucando su cabeza de nuevo en su almohada. —Lo tuyo no es coincidencia, nena, Margot es una desquiciada.

Llamé a casa para avisar a Manuel que no podría volver por la noche, no quise decirle mucho mas, pero el hombre entendió y me presto apoyo. Luego me instalé en mi cama en la misma habitación privada que Mila, con las camas juntas para que pudiéramos tomarnos de la mano. Al menos el dinero podía pagar eso también.

Después de una larga noche de despertar cada dos horas, y de las enfermeras entrando para monitorizarnos, me levanté y le froté la pierna. Salí al pasillo y saqué el teléfono. Tenía algunos arañazos, pero aún estaba en funcionamiento. Antes de que pudiera marcar, la pantalla se iluminó.

Era Manuel, así que respondí ya que era con él con quien quería primero hablar.

—¿Manuel? Estaba a punto de llamarte.

—¿En serio? ¿Ya han aparecido?— Me apoyé en la pared. —¿De qué estás hablando?

—Estoy en los tribunales. Dijeron que tenían un video de ti durmiendo con la niñera, y que era una de las docenas de mujeres que alardeabas delante de Ariel en casa, incluso con ella allí.

—¿Y se creyeron eso?— Le pregunté. —¿A pesar de que no tenía video para mostrarlos?

—Supongo—, dijo Manuel. —El juez falló a su favor. Irán directo a la casa para llevar a Ariel. Tiene la custodia completa.

Mi agarre se intensificó alrededor del teléfono. —¿Qué? ¡No, no pueden llevársela! ¡Es mi hija! ¿Cómo pudo hacer eso así, sin mas?

—Maldita sea, Josué, he estado buscando en cada cosa que hace, buscando el mas mínimo error. No es una puta santa, pero sabe hacer esto muy bien, porque no he encontrado nada.

—Soborno—. Lo podía jurar —No tengo otra explicación para esto. Debe pagarles para que estén a su favor y pasen por alto todo.

—Lo sé. La audiencia es en dos días más, así que, si hay algo sucio que pueda sacar a relucir, lo tendré para entonces. Es nuestra última oportunidad.

—No estoy en casa. Estoy en el hospital. Margot contrató a alguien para que golpeará nuestro coche.

—¿Qué? ¿Y recién me lo dices?

—Sí, sé que parece una locura. Pero también sé que fue ella. ¿A qué hora van a buscar a Ariel?

—La orden fue emitida para hacerse efectiva al medio día— dijo suspirando.

—Estaré allí.— Colgué.

Mi corazón estaba lleno de incertidumbre, con Margot vuelta loca por dañarnos, y sentir que no estaba logrando mantenerlas seguras, las defensas parecían bajar. No podía entender como una persona fuera tan mala para llegar tan lejos. Las cosas se sentían turbias y feas. Debía controlar mis emociones y activar mi mente para salir de esta. Yo debía ser capaz de resguardar a mi familia.

El doctor llegó a la habitación muy temprano, revisó nuestras cabezas, nuestra visión y nuestros reflejos, luego tomó los resultados de los scanner y otros papeles. —Son libres de irse—, dijo finalmente. —Les sugiero que beban mucho líquido antes de reintroducir alimentos pesados en su dieta. La enfermera vendrá enseguida con los papeles del alta—. Luego de un par de indicaciones y otros papeleos. El médico se fue, pero Mila aún estaba en la cama y miró el reloj.

—¿Qué pasa, Mila? —. Pregunté, colocándome cerca de ella para entregarle algo de confort.

—Van a cortarle la máquina pronto— Se lo tragó. —Hace unas semanas, mi madre dijo que solo esperarían dos meses para cortarle el paso y eso se cumple hoy. Yo pensé que ya estaría mejor, incluso después de que lo trasladáramos al asilo.

—Puedo detenerlo...

—No, no se trata de eso— Exhaló profundamente y se limpió la cara con una mano. —He pensado mucho todo esto, Julián necesita estar libre. Aun que

eso signifique que no estaremos juntos. He sido egoísta manteniéndolo conectado. Parece lo correcto pero su espíritu siempre fue libre, siempre valiente y no sé si mantenerlo así, por mas que lo quiera, honre su esencia. Yo lo quiero y deseo que despierte, pero, también debo pensar en él.

Le puse mis manos en las mejillas —No te hagas esto a ti misma. Sé que lo amas porque es tu familia, y trato de entender lo difícil que es llegar a esa conclusión. Lloro si es necesario.

Mila temblaba en mis brazos. La abracé más fuerte. Era importante estar para ella cuando las cosas se pusieran difíciles, ella era mi familia ahora, todo lo que necesitara yo se lo quería dar.

—¿Y si le duele?— Preguntó, con la voz entrecortada.

—Mila...

—No, mi mamá tenía razón. No quiero dejarlo ir. Pero tengo que hacerlo—. Ella enterró su cara en mi pecho y yo la sostuve para que se liberara del dolor.

—¿A qué hora harán el procedimiento?

—A las tres en punto.

—Deberías estar allí—. Empecé a frotarle la espalda. Era una cruel realidad que el tiempo pasaba para que ambos perdiéramos a una de las personas que más nos importaban.

—No puedo verlos hacer eso.— Ella agitó la cabeza.

—Tú puedes. Debes hacerlo, eso en un futuro te llenará de paz. Estaré allí contigo si lo deseas. Creo que a Julián le gustaría que tu lo acompañaras en su último adiós.

Los sollozos de Mila se calmaron, y ella me miró. —¿Vendrías conmigo?

—Sí, claro—

—Gracias—, se resfrió, limpiándose los ojos. —Eso es lo único que hace que todo esto sea mejor, no tener que pasar por esto sola.

—Sé exactamente a qué te refieres. Y yo siento lo mismo.

Capítulo 28

Josué

Regresé a casa con Mila y Ariel vino corriendo desde la puerta principal a mis brazos. La giré y la puse de pie.

Que me cuelguen si entrego a Ariel tan fácilmente. Ya no me importaba mi reputación, ¡Rayos! ¿De que me serviría mi empresa y todo el dinero si pierdo a mi hija o a Mila? Lo único que sabía en este momento era que debía encontrar la forma de detener esto a como diera lugar.

—¡Mila! ¡Papá!—, gritó ella. —¡Los extrañé a los dos!.

Mila se inclinó para darle un abrazo y un beso en la frente. —Ariel, es tan bueno verte de nuevo. Estas tan hermosa como la última vez que te vi, y yo también te extrañé princesita.

—¿Por qué te fuiste? No te despediste.

Mila suspiró y me miró. —Tuve una emergencia. Pero ya estoy de vuelta y no me pienso ir.

—Ah, Sr. Crawford, me alegro de que haya vuelto—, dijo la Sra. Olson, la esposa de Manuel, mientras bajaba las escaleras. Se ajustó las gafas y sonrió a Ariel —Que bien que ya estén aquí, juntos.

El sonido de un coche acercándose a mi entrada vino de detrás de mí. Me di la vuelta y vi por la ventana el Rolls Royce arrastrándose hacia la entrada. Nuestras posturas en la habitación cambiaron y el ambiente se volvió un poco tenso.

—¡No!— Gritó Ariel, escondiéndose detrás de mí. —¡No quiero ir! ¿Por qué está aquí?

La Sra. Olson se paró a mi lado y aspiró en un suspiro. —Es demasiado pronto. Se supone que no debería estar aquí ahora mismo. Especialmente sin el sheriff.

—¡Papá, no dejes que me lleve!— Ariel me rogó, agarrándome del brazo. Recordé lo que me dijo. Las habitaciones cerradas. La falta de comida. Santo cielos, porque las cosas se ponían tan difíciles, cuando apenas estábamos teniendo un respiro.

Mi mandíbula se apretó mientras luchaba para no atacarla como una bestia salvaje.

Mila estaba a mi lado, y eso me hizo más fuerte. No estaba solo en esto. Estábamos ahí para el otro. Ya habíamos hablado de los detalles y concluimos que lo único que podíamos hacer era ser fuertes para Ariel y para soportar cada cosa que se venía en este día y los siguientes. Haríamos lo necesario para mantenernos unidos y vencer.

Mila golpeó la cabeza de Ariel y sonrió. —Ariel, papi y mami están aquí, te protegeremos. Tranquila, cariño, sin miedo.

—Sra. Olson—, le dije con tristeza, —llevé a Ariel adentro por mí, por favor.

—Sí. Vamos, querida.— La Sra. Olson extendiendo su mano para que Ariel pudiera tomarla y las dos subieron las escaleras y desaparecieron detrás de las puertas dobles.

Margot se bajó de su auto y entró dramáticamente con su perfume dominante corrompiendo el aire que la rodeaba. Tosí y me froté las sienes. No podía entender como pude soportarla tanto tiempo.

—Bueno, mírense... caminando—, se mofó.

—Mira perra—, gruñó Mila. —Pon un pie cerca de Ariel y...

—¿Y qué?— Margot desafió.

—Mila, déjame manejar esto—, dije, caminando entre ellas. Me encantaba lo feroz que era, pero no podía dejar que la hirieran. —Margot, sé que estás detrás de ese accidente de coche que tuvimos ayer.

—¿Un accidente? Oh cielos, yo no sabía— Margot puso sus manos en sus caderas con una sonrisa tímida. Pensó que se había salido con la suya. ¿Olvidó que yo era más rico que ella? A quienquiera que usara no le importaría delatarla por un pago más alto.

—Tu sarcasmo es patético—, siseó Mila.

—Dame a mi hija—, exigió Margot, levantando la barbilla.

—Eso no ocurrirá tan fácil —, dije. —Se supone que no deberías estar aquí hasta el mediodía.

—¿Una hora antes no es mejor? ¿No demuestra que soy una buena mamá?

—Eres la peor persona que conozco, te haz vuelto cada día mas vil y horrible. Podrías detenerte y hacer las cosas bien, pero eliges seguir siendo la basura de mujer que hace lo que sea por dinero.

—Llámame como quieras, pero Ariel es mía.

—Ni siquiera puedes dirigirte a tu hija como si fuera un ser vivo y no un objeto, eres terrible, mujer— le dije con asco.

—El tribunal vio el video—, se mofó Margot. —Me dieron la custodia

completa. Ahora esperaré aquí por mi pequeño objeto o alguien irá a la cárcel.

—¡Por el amor de Dios, Margot!— Dije. —No hay video. No se lo mostraste a nadie. Y nadie te cree. Solo detente, ¿vale? mientras te quede una pizca de dignidad.

Un coche arrancó en la entrada, y todos miramos. Era un coche del departamento del sheriff, con luces intermitentes y todo. El ayudante del sheriff salió de su coche y entro directo a la casa.

—¿Sra. Margot Crawford?.

Ella sonrió hacia mí, y luego contestó al ayudante del sheriff. —Sí, soy yo.

—Está bajo arresto—, ladró el agente.

Sostuve a Mila cerca de mí mientras Margot se daba la vuelta y desfiguraba su rostro con sorpresa. El hombre abrió las esposas y le hizo un gesto para que se volteara.

—¿Bajo arresto?! No, te equivocas, el tribunal dijo que...

—El tribunal ordenó que al medio día se le entregaría a su hija, antes de eso usted está violando la orden de alejamiento y ahora queda arrestada. Habrá una audiencia mañana por la mañana sobre la custodia nuevamente.

—Y vaya—, dijo Mila con dulzura y sarcasmo. —Ahora solo uno de ustedes tiene un registro de arrestos. ¿Cómo se vera eso mañana en la corte?

Margot gritó y gimió mientras la llevaban a la parte trasera del crucero y la metían dentro.

Mila se volvió hacia mí con una sonrisa en la cara. —Eso fue lo mejor que pudo pasar. Se hundió en su propio fango. Ahora solo quiero abrazar a Ariel y decirle que esta a salvo.

Ambos nos miramos sabiendo que el día de hoy habíamos vencido pero que las cosas seguían mal. Esto solo alimentaria la ira de Margot y debíamos estar preparados para su siguiente paso.

Capítulo 29

Mila

Hablé con mi pequeña princesa y compartimos un par de horas los tres (los ahora cuatro, en realidad) como una familia.

Sin embargo, la hora avanzaba, miré mi teléfono mientras estaba sentada en la sala de estar. Eran las dos y cuarto y Josué se estaba preparando para llevarme con Julián.

Todo esto no parecía real. Estaba profundamente resentida con mis padres por haber tomado esta decisión tan pronto. Pero entonces otra vez...

Julián merecía tener paz. No merecía estar conectado luchando día a día por no cruzar la línea entre la vida y la muerte por una esperanza mía, quizás ya estaba cansado y no podía ser tan egoísta para obligarlo a pasar por esto. No sé si era su tiempo, quizás si, pero era justo soltarlo.

Había intentado decirme a mí misma que necesitaba crecer y aceptar este hecho.

Si Josué no estuviera aquí, no podría ser capaz de hacerlo sola. Ver que el monitor cardíaco se cayera me haría pedazos.

—¿Lista?

—No.— Agité la cabeza. —Nunca lo estaré. Este día me perseguirá durante el resto de la vida.

—Esto no es tu culpa—, me recordó Josué.

—¿Por qué se siente así entonces?— Inhalé un aliento agudo en un intento de mantener en control de mis emociones.

—Porque amas a tu hermano. Es algo natural. Ven, no queremos llegar tarde.

Ariel nos detuvo antes de que nos fuéramos. La Sra. Olson estaba con ella cuidándola.

—¿adónde van?—, nos preguntó con ojos grandes.

Josué se arrodilló a su lado. —Vamos a despedirnos de uno de los parientes de Mila. Se va a otro lugar.

—¿Puedo ir? Yo también quiero conocerlo y despedirme.

—Esta vez no, Ariel.— La empujó a un suave abrazo. —Pórtate bien y volveremos a pedir esa pizza grasienta que tanto te gusta.

—¡Sí! ¡Con doble queso!.

—Gracias de nuevo, Sra. Olson—, dijo Josué, de pie. —Manuel tiene una buena esposa en sus manos.

—No hay problema. Ustedes solo tengan cuidado.

Nos miró de forma significativa, pero pensé que estábamos a salvo con Margot entre las rejas. En el camino me quedé callada.

Le dije a Josué que mantuviera la radio apagada. Sólo necesitaba tranquilidad. Ninguna cantidad de ruido podría ahogar el dolor que tronaba a través de mi pecho ahora mismo. Sólo empeoraría las cosas.

Cuando llegamos al hospital, Josué aparcó el coche y se bajó. Yo no pude. Estaba atascada en el asiento, con pánico, sin poder moverme.

Josué se acercó a mi lado del coche y abrió la puerta. Mi labio inferior temblaba mientras luchaba contra el impulso de llorar.

Con gran paciencia y comprensión, Josué se inclinó y giró mi barbilla para que yo lo mirara. —Mila, por favor. Puedes hacerlo. Crees que esto es difícil, pero si no estás, será peor y nunca te lo perdonaras.

Suspiré y finalmente salí del auto. La cálida mano de Josué envolvió la mía mientras entrábamos y encontramos el camino hacia su habitación.

Mamá y papá estaban allí. Se dieron la vuelta y se les abrió la boca. —Mila, ¡estás aquí!—, jadeó mi mamá. —Y tú trajiste a un amigo...

—Este es Josué.— Tuve que esperar mientras Josué estrechaba sus manos y murmuraba sus condolencias. ¿Por qué tenía que ser tan encantador?

—Acabemos con esto de una vez—, dije intentando usar mis fuerzas para resistir todo este proceso.

—No es de la familia—, dijo mamá. —No te ofendas, Josué, pero sólo quiero a la familia en la habitación con nosotros.

Estaba segura de que probablemente lo desaprobaba debido a nuestra diferencia de edad. —Josué está conmigo—, dije fríamente. —Lo quiero allí.

Mi mamá lo miró de nuevo. —¿No eres tú el tipo que la contrató para cuidar a tu hija?— Preguntó ella.

—Lo soy—, dijo Josué.

—Entonces ¿Qué significa esto?— Mi mamá exigió. —No sé qué clase de amigo es este, Mila, pero no voy a tolerar esto.

El doctor aparentemente escuchó nuestra discusión, porque dijo: —Lo siento, pero, a menos que sea de la familia, en realidad no se le permite entrar.

—Entonces no...— Empecé a decir.

—Soy su marido—, interrumpió Josué. —¿No califica eso?— le preguntó al doctor.

—¿Marido? Mila, ¿te casaste y no nos lo dijiste?— Mi madre se quejó, presionando su mano sobre su corazón.

—Centrémonos en Julián por favor, ya habrá tiempo para esta conversación—, dijo mi padre bruscamente.

No podría estar más de acuerdo.

Le apreté la mano a Josué, agradecida por lo que había dicho. Normalmente no lo aprobaría, pero estas no eran circunstancias normales.

El doctor abrió la habitación y entramos. Habíamos temido este día, pero tenía que llegar. Sus heridas eran demasiado graves. Iba a echarle de menos. Julián era mi hermano y también mi amigo, éramos distintos, pero eso solo hacía peso en lo que a mi me faltaba, chispa, carisma y tranquilidad, él sabía soltar y fluir. Yo siempre sentía que algo malo pasaría y mis miedos me detenían a avanzar, él era mi impulso, mi energía.

—Sé que algunos de ustedes se aferraron a la creencia de que despertaría. Pero al apagar la máquina su corazón quedara por sí solo. Puede que siga respirando durante unos minutos, o puede que no pueda hacerlo. No sentirá ningún dolor, y pronto estará en paz. ¿Algo que le quieran decir?— dijo el doctor mientras nuestros rostros se llenaban de amargura.

—Despierta, Julián, no es demasiado tarde—, le dije a mi hermano, frotándole la mano. El médico miró a mi madre y a mi padre.

—Te amamos, hijo. Nos volveremos a encontrar.—, dijo mi padre, aclarándose la garganta. Mi madre rompió a llorar, ahogándose en sollozos fuertes.

—Bien, aquí vamos.

El médico giró una perilla en la máquina y las luces se apagaron.

La respiración de Julián se volvió errática, irregular después del ritmo lento de la máquina. Y su mano se movió.

—¿Julián? ¡Doctor, su mano se movió!— exclamé.

El médico sacó la luz de su pluma, empujó los párpados de Julián y los iluminó con su luz.

—Tenemos cierta capacidad de respuesta—, admitió. —Pero por favor, no le den demasiada importancia. Podría ser solo un reflejo o un espasmo. Puede que no signifique nada.

Si fuera otra persona, podía creer eso, pero era Julián. Estaba volviendo a mí. Estaba segura de que me había oído. Sabía que era ahora o nunca, y esto era todo. Como cuando éramos pequeños y lo amenazaba con dejarlo atrás si no se apresuraba con su caña de pescar y venía al arroyo conmigo. Le sonreí a

Josué, que me abrazó con sus brazos.

—¡Bueno, no se ira! Lo sé— Yo declaré.

Me sentí mareada de alegría. Y sí, sabía que podrían pasar días o semanas hasta que Julián mejorara, pero estaba segura de que lo haría. También sabía que estaba en esto a largo plazo. Y con Josué a mi lado, sabía que no tendría que preocuparme por nada.

Así que, nos sentamos en las sillas, hablamos, caminamos e intentamos que Julián repitiera el movimiento de su mano. Josué nos compró la cena, llegó con comida caliente y trajo de la tienda de regalos del hospital para nosotros, revistas, puzles y peluches que eran para niños, fue un gran gesto.

Por un momento miré a mi alrededor y estábamos todos como una gran familia. Le dije a Josué que llamara a casa.

La Sra. Olson Trajo a Ariel y pensé que sería bueno que ella conociera a mi hermano, su tío. Incluso creí que el poder de su voz alta y dulce le ayudaría:

—Por favor, despierte, Sr. Julián— dijo ella y luego continuo mas emocionada —¡Conozco historias de usted! Quiero que me lleves en el Lambo, porque mami es muy lenta y quiero ir rápido— le dijo acercándose mas a su oído.

Vi a mis padres levantar las cejas ante su uso de “mami”, pero no se los expliqué. Eso podría esperar.

Todos intentábamos hablarle y contar momentos para animar a Julián a despertar, pero él solo nos hizo esperar por largas horas, que parecían no tener resultados, hasta que finalmente, a medianoche, me volví hacia mamá y papá.

—Bueno, no sabemos cuánto tiempo va a durar esto—, les dije. —Podrían pasar semanas incluso, y ha sido un día agotador. ¿Por qué no descansan en la sala de visitas? Hay sillones y yo los llamare si algo cambia.

Josué frunció el ceño al respecto. —Tú también necesitas descansar—, dijo, mirando a mi vientre.

—Pueden relevarme, digamos, a las cinco en punto—, sugerí, —y luego dormiré.

Mis padres finalmente accedieron a descansar, y salieron de la habitación.

—Tú también tienes que irte a casa—, le dije a Josué. —Tienes la audiencia mañana, y debemos ganar.

Frunció el ceño y se metió las manos en los bolsillos. —Me quedo.

Puse los ojos en blanco. ¡Que testarudo! —Bien, entonces—, le dije sabiendo que no llegaría a ningún lado convenciéndolo —¿Puedes asegurarte de que mis padres estén instalados y tengan sus cargadores de teléfono? No

piensan en esas cosas y me gustaría estar un momento con mi hermano.

Me miró con recelo. —Por supuesto—, dijo, sus ojos abrazaron los míos. —Pero luego vuelvo enseguida.

—¡Bien!— Estaba exasperada, pero también me encantaba cómo me cuidaba.

Josué llevó unas frazadas y salió por la puerta. Finalmente estaba sola. Me volví hacia mi hermano y respiré profundamente.

—¡Julián, sigue adelante, ya casi llegas! ¡Abre los ojos!— No hubo respuesta, por supuesto. Porque, ¿cuándo había hecho algo sólo porque le pedí que lo hiciera? Era muy propio de mi hermano. Pero mi corazón me decía que este era el día, podía sentir en mis huesos que él quería despertar, y yo lo ayudaría.

—Muy bien—, dije, con la voz más amenazadora que pude manejar. —Tú te lo buscaste. No digas que no te lo advertí.

Suavemente tomé su mano en la mía y la acaricié tiernamente. Entonces, con su gran mano tendida allí, envuelta en la mía, empecé a cantar.

—*Eres mi sol, mi único sol, me haces feliz, cuando el cielo esta gris...*

Y sentí su mano apretar la mía. ¡Estaba respondiendo! Debería llamar a mis padres, pero necesitaba ver qué pasaba, no quería creer que solo era otro “espasmo”

Empecé a cantar de nuevo. —*Nunca sabrás, querido, cuánto te quiero, por favor, no me quites el sol...*

Sus párpados revoloteaban. De repente Josué estaba detrás de mí, apretando mis hombros. Parecía tan feliz como yo.

—¡Creo que le gusta cuando cantas!—, dijo. Eso sí que fue un gran apoyo.

Me reí. —¿Eso crees? Veamos. Julián, voy a cantarla de nuevo, ¿de acuerdo?

No hubo respuesta, así que empecé de nuevo. —*Tú eres mi sol, mi único sol...*

Jadeó, tosió, y juro que intentó decir algo.

—¡Julián, estás despierto!— Grité, inclinándome sobre él para abrazarlo.

Sin embargo, no abrió los ojos y pronto volvió a caer en su sueño relajado. Josué salió y supuse que fue en busca del médico.

—No lo creo—, dije. Mis ojos rebosaban de lágrimas, tan diferentes a las de antes. —Segundo verso, ¡igual que el primero! *Me haces feliz, cuando el cielos esta gris...*

—...para.

—¡Le gusta mucho, Mila!— Josué dijo volviendo con una enfermera que inmediatamente salió.

La cabeza de Julián se movió de lado a lado. ¡Se estaba moviendo! Aún no había abierto los ojos, pero estaba alerta y tratando de comunicar algo.

—Lo siento, Julián, ¿qué fue eso?— Dije. —¿Quieres que cante mas? Bueno, si insistes. *Nunca lo sabrás, querido...*

—...para...Mila...para...

Por muy estúpido que fuera, me eché a llorar.

Josué me retuvo, pero no estaba seguro de lo que estaba pasando —Vale, a ver si lo entiendo. Tu hermano, que ha estado en coma durante más de tres meses después de un atroz accidente de coche, vuelve a la tierra de los vivos sólo para decirte ¿que dejes de cantar?

—¡Sí!— Lloré, aferrándome a su camisa. —¿No es maravilloso?

Los ojos de Julián se abrieron como aleteos de mariposa. —No.... vuelvas... si... cantas...

—Solo si te quedas conmigo—, dije, luego me tiré sobre su pecho y lloré un poco más.

Josué ya había avisado a mis padres, que entraron en la habitación.

—¡Julián, idiota!—, dijo mi padre, tratando de ser severo. —¡No volverás a conducir un coche!

—¿Qué? ¡Vamos!— Se rio débilmente.

Si. Ese era mi hermano. Sabía que superaría las probabilidades.

—Estabas en coma—, le expliqué. —Te estábamos desenganchando de tu respirador. Así que deja de hablar, guarda tu energía, pronto te verá el doctor.

—Mmm, bien—, murmuró con una sonrisa.

Ese era el hermano al que tanto amo. Él estaba de vuelta con nosotros, y yo estaba feliz, aunque no se me permitía expresarlo cantando.

Capítulo 30

Mila

Por la mañana temprano comenzaron a hacerle estudios, incluso se pudo levantar de la cama y dar algunos pasos con la ayuda de las enfermeras. Podía ver la dificultad que le significaba ponerse de pie, fue doloroso ver su cuerpo debilitado e imposibilitado de mover. Pero lo compensaba saber que su espíritu no le permitiría bajar los brazos fácilmente, así no era él, saldría de esto como venció a la muerte. Ahora yo tenía una paz impagable de tenerlo conmigo nuevamente.

Josué se aseguró de generar un traslado a un hospital para hacer todos los estudios médicos posibles con buenos especialistas. Me sentí bien sabiendo que mi hermano estaba a salvo, pero aun así por la mañana tuve que salir corriendo a vomitar, y me sentía cansada.

Pasaron solo una hora cuando llegó la ambulancia para ser trasladado a un hospital donde le darían además terapia física. Lo abracé fuerte, asegurándome de no aplastar nada.

—Bueno, hermanito. Ahora solo sé obediente y valiente. Te vas a recuperar muy rápido. La memoria muscular solo se debe ejercitar.

—Lo sé, no te preocupes. Oye, Josué, gracias por la ayuda, por todo—. Le hizo un gesto con la cabeza en asentimiento.

—No hay problema—, dijo Josué, haciendo una seña.

—Entonces,— dijo Julián, sonriendo —¿Se van a casar? Quiero decir, esos vómitos son de embarazo ¿no?—. Julián me miró con astucia.

—Bien...— dije, un poco nerviosa.

—Sí, nos casaremos—, dijo Josué, acercándose a nosotros.

¿Realmente lo decía en serio?

—Bonito. Sabía que algún día te casarías con un tipo rico, Milan.

El viejo Julián, distorsionando mi nombre para burlarse. —Es Mila, y Josué no solo es un tipo rico, es una gran persona que se ha ganado mi corazón y todo mi amor.

—Eso es bueno. Me alegra saber que te sientes así por él. Y tú, también tienes a una gran mujer.

—Estoy completamente seguro que no solo es una gran mujer, sino también

la indicada para mi— dijo Josué.

Al salir a la calle para encaminar a Julián a la ambulancia. Vi una pequeña plaza donde dos chicos estaban escondidos. Mi madre percibió un olor fuerte y por alguna razón, ese olor me recordó a Margot. El nombre de la fragancia estaba en la punta de mi lengua.

—Ese olor...— dije en voz alta pensado.

—Oh, estos chicos no tienen ningún respeto y a plena luz del día hacen esto. Podría llamar a la policía— dijo mi papá

—¿Por qué? ¿Que es ese olor?— sabía que ese era el olor que tenía Margot en su ropa y aliento. Pero no estaba segura del todo.

—Marihuana— me contestó mi padre.

—Espera, ¿no es eso ilegal?

La camilla estaba fuera de la ambulancia, mientras los paramédicos abrían las puertas.

—Sí, aún no han aprobado la ley para que se use de forma recreativa o medicinal. No creo que este estado lo apruebe tampoco.

—¡Josué, eso es!— solté emocionada. Josué me miró confundido.

Me despedí de mi hermano y mis padres subieron a la ambulancia con él. Ya le había explicado que debía ir a casa a descansar y que luego lo acompañaría a la terapia kinesiología. Además, quería estar con Ariel, y apoyar a Josué antes de la audiencia.

Ambos hicimos señas a la ambulancia mientras se iba. Y fue cuando me di la vuelta rápidamente para quedar frente al hombre de mi vida.

—Cuando Margot vino a la casa, ese olor salió de ella, ¿era marihuana!.

—¿Qué?— Josué arrugó las cejas.

Descubrir que las drogas estuvieron cerca de tu hija durante tanto tiempo no fue algo agradable de escuchar. Pero era necesario. Y maldita sea, era la llave final que necesitábamos. Hablamos todo el camino a casa, primero pensando cada arista del tema y luego llamando al abogado. La teníamos. Por fin habíamos encontrado algo que la amarraba y la arruinaría. Ahora estábamos listos para la audiencia y seguir nuestra vida como familia.

Epílogo:

Mila

Cuando Manuel, se presentó ante el juez, solicitó presentar nuevos antecedentes. Lo principal era que había sospechas de uso de drogas, el juez, ya estaba molesto por todo el tiempo que se había alargado todo esto, ya que Margot una y otra vez postergaba la audiencia así que les solicitó a los dos ser examinados en el acto.

Josué dio negativo.

Mientras que Margot... Todos sabíamos esa respuesta. Pero ella tenía algo más que marihuana en su sistema. Diablos, no me sorprendió; ella era rica gracias a la pensión que Josué le daba y aunque ahora iba a quedarse sin nada, había usado mucho de ese dinero para drogarse.

—¡No, esto no es justo!—, gritó.

Su pelo estaba revuelto y su lenguaje corporal era extraño.

—Sra. Crawford- no, Srta. Murray, ya que está divorciada, las pruebas muestran que no sólo la tiene en su sistema, sino que actualmente está drogada. La cantidad de cocaína en su organismo ahora mismo la deja inhabilitada para cualquier acto, por ende, no debería tener el cuidado de su hija. El Sr. Crawford tiene la custodia completa de Ariel Crawford y esto concluye acá...

—Gracias, Su Señoría— Exclamó Josué contento y se volteo para sonreírme.

Dios, ni siquiera tuvimos que utilizar el resto de pruebas que teníamos. No hubo que pagar nada a nadie, ella se había vuelto a hundir.

Las cosas estaban cayendo en su lugar por fin. Al salir de la sala, Josué llamó a su personal para congelar todas las cuentas a las que Margot tenía acceso, además de sumarme a mi a la orden de alejamiento. Por lo tanto, ella tenía prohibición de acercarse a la casa, al edificio de trabajo y/o a cada uno de nosotros, incluido mi bebe, a cierta distancia. Nos abrazamos por fin, felices de que todo estuviera en orden en nuestras vida. Fue como que solo faltaba sintonizarnos en la misma frecuencia y decidir estar juntos para que las cosas se encausaran. Josué me sostuvo en sus brazos y mis pies quedaron en el aire, así me sentía, en las nubes. Me miro y nos besamos. Sin miedo, asumiendo nuestro amor. Fue un beso dulce, alegre y esperanzador. Era el

comienzo de nuestra vida juntos. No había nada que se pudiera interponer. Ahora seríamos una familia.



Fuimos a la primera ecografía y descubrimos que el bebé sería una niña. Sí, iba a ser capaz de engalanar a mis dos hijas con los conjuntos más bonitos. Una lagrima se juntaba en mis ojos, pero era de emoción por ver a mi pequeña hija en el monitor.

—¿No te parece perfecta? Ariel estará feliz con su hermanita nueva— le dije. Pero él soltó mi mano y para cuando miré con preocupación por su reacción lo vi arrodillado a mi lado.

Aun tenía gel en mi vientre, pero la matrona ya no estaba pasado el ultrasonido, estaba con su mano en el pecho tan emocionada como sorprendida.

—¿Quieres casarte conmigo?— Preguntó Josué, abriendo la pequeña caja de terciopelo azul oscuro. El anillo de diamantes más grande, enmarcado con ópalos, estaba enclavado en su interior.

—¡Josué! ¡Sí, oh sí!— Me levanté sin que me importara haber estado en la camilla. La matrona con su ayudante aplaudieron mientras él se levantó y deslizó el anillo sobre mi dedo.

—Es lo más romántico que he visto— dijo una de las chicas y ambos reímos y nos besamos.

Me volví a recostar, ahora con la mano de mi hombre envuelta en la mía y un anillo brillando en mi dedo, listos para ver a nuestra pequeña en la pantalla nuevamente.

Cuando la doctora volvió a pasar el ultrasonido, nuestra bebé se dejó ver con su dedito en la boca. Disfrutamos ese momento felices. Nada era más maravilloso que esta sensación de plenitud y felicidad.

La visión de una nueva vida con toda mi familia estaba ante mí.

Hablando de un final feliz.

Josué

Nuestra historia aún no había terminado. Porque cuando llegamos a casa, fue cuando ocurrió la verdadera magia. Llevé a Mila a nuestro dormitorio, a pesar de sus protestas de que podía caminar ella sola.

—No voy a dejarte caer—, le dije, abrazándola en mis brazos. —Pero voy a hacer el amor con mi increíble prometida.

La hice girar mientras le quitaba la ropa. Luego agarré sus perfectas nalgas y le abrí su culo y vagina de par en par.

—Así es exactamente como quería verte—, le dije.

Le metí el dedo en su vagina, que estaba empapada para mí, como siempre. —Déjame poner mi pene aquí—, le dije.

—Sí, hazme todo lo que quieras.

Se inclinó, con las manos sobre la cama. Me desnudé rápidamente y luego puse la punta de mi miembro en la entrada de su sexo tembloroso.

—¿Recuerdas cuando te quité la virginidad?— Le pregunté.

—Por supuesto—, contestó.

Entré lentamente, reviviendo ese día de nuevo.

—Te amo—, le dije, mientras me acercaba a jugar con su clítoris y me empujaba más dentro de ella. —Siempre serás mi la tentación de mi vida, para el resto de mis días.

—Oh. Te amo tanto Josué— Ella soltó un suave gemido y yo agarré sus caderas con mi mano libre mientras continuaba masajeando su clítoris con la otra.

Nuestra relación hasta ahora se había centrado en el drama de todos los demás. Estaba tan contento de que pudiéramos ser sólo nosotros ahora, disfrutando el uno del otro.

Mi pene empezó a latir cuando lo empujé dentro y fuera de ella. Se retorció de placer durante un rato

—Me voy —, dijo, jadeando.

Agarré sus pezones -todavía tan rosados y perfectos como el día que la conocí, aunque más pronunciados ahora con el embarazo, resaltando sus pechos más grandes- y los pellizqué en mis dedos.

Ella giró y rebotó en mi pene mientras se tocaba por todas partes. La sensación fue increíble, suavemente agarré su cabello y le mordí el cuello mientras sentía que la base de mis pelotas se tensaba.

—Eres mía— le dije, empujando dentro y fuera de ella unas cuantas veces más mientras gemía, —Y no te quiero perder nunca.

Nuestros cuerpos formaron una maraña caliente de sensualidad y entre orgasmos, nos besamos mientras yo le disparaba mi semen. Finalmente, me aferré a ella mientras nos desplomábamos en la cama, mi brazo la rodeó y acaricié su vientre.

Así era exactamente como debían ser las cosas: Mila y yo juntos para siempre, con una hija en su vientre y la otra jugando.

Felices.



Nos casaríamos por que estábamos profundamente enamorados. Eso era una bendición, muchos matrimonios se logran por conveniencia, el nuestro sería distinto. Tenía en mis manos a una mujer increíble. En tan poco tiempo habíamos crecido, había descubierto que no todo lo compra el dinero y que estaba incluso dispuesto a perder todo lo que había ganado por mantener a mi familia, así que eso me demostraba cuales eran mis reales prioridades. No necesitaba de lujos, ni de cosas caras para mantener la felicidad en mi vida, solo necesitaba a mis chicas.

Pero Mila también había cambiado. Se había re inventado. La chica tímida, que conocí se había revelado, era mucho mas fuerte, valiente y segura. Ahora sabía que no dependía de nadie, que sus miedos solo la debían impulsar y no frenar. Que su fe la hacia capaz de resistir en el lugar correcto y no abandonar. Eso lo admiraba en ella. Su luz se expandió y solo me podía enamorar mas de la mujer que se alimentaba de las situaciones difíciles y se hacia mas poderosa.

Y ambos habíamos aprendido que los malos nunca triunfan y se arruinan solos. Que nuestra felicidad depende de cuan fuerte nos abracemos y de cuanto nos apoyemos. Nuestra fuerza éramos nosotros mismos. Si estos valores se los podíamos transmitir a nuestras hijas, no tenia duda que formaríamos mujeres exitosas, con almas nobles y espíritus guerreros.

Yo amaba a Mila, con todas mis fuerzas y no quería absolutamente nada mas

que su felicidad y la de mis hijas. Podíamos estar seguros de que la vida nos pondría dificultades, pero también teníamos la certeza de que pasaríamos todas las barreras que se pusieran en el camino.

Julián, estaba recuperándose paulatinamente de su accidente, volver a fortalecer su musculatura no había sido fácil, su columna estaba resentida por el accidente, pero él era optimista y estaba feliz de ser tío, por partida doble. Estaba con tratamientos psicológicos, para superar el trauma y los espacios en blanco en su memoria, pero las historias de antes del accidente eran las favoritas de Ariel. Y se esforzaba para cumplir con sacarla a dar un paseo en el Lambo cuando estuviera bien del todo.

Los padres de Mila poco a poco estaban aceptando la idea de que lo nuestro había sido intenso y rápido pero real y honesto. Estaban emocionados con Ariel y su carisma angelical y también con la bebé que venía en camino. Serían unos abuelos increíbles. Yo también me sentía cada vez más acogido en su casa.

Nuestra historia era algo loco de contar, pero nuestros sentimientos eran reales y sólidos, sabíamos que nuestro momento de ser felices había llegado y lo íbamos a disfrutar. Cada situación y decisión nos llevó a este momento y todo esto no tiene precio. Así que solo me quedaba esperar que llegaran las aventuras que teníamos por vivir. Junto a Mila y a mis dos hijas todo era perfecto.

Fin